MEXICO, D. F., JULIO 1949

AÑO I - NUM. 1

NUESTRO Tiempo

REVISTA ESPAÑOLA DE CULTURA

SUMARIO

EDITORIAL

LA GUERRA, EL GRAN OBSTACULO DEL PROGRESO HUMANO
Informe de apertura del Congreso
por FREDERIC JOLIOT-CURIE, Presidente

LA PAZ, LA CULTURA Y EL PUEBLO
Discurso pronunciado en la Conferencia Científica y Cultural de Paz de Nueva York
por DIMITRI SHOSTAKOVICH

LA LUCHA POR LA PAZ Y LA LIBERACION DE ESPAÑA
por WENCESLAO ROCES

EL INTELECTUAL EN LA ENCRUCIJADA
por GEORG LUKACS

ABSTRACCION Y REALISMO
Comentarios sobre la ideología en las artes plásticas
por JOSE RENAU

HUMANISMO CONTRA GUERRA
Discurso de ALEXANDER FADEEV
Presidente de la Delegación Soviética

DOS TIEMPOS DE LLANTO
Al morir el poeta
MIGUEL HERNANDEZ
por JUAN REJANO

LA ESCUELA ESPAÑOLA ENCADENADA POR EL FRANQUISMO
Comentarios a la llamada Ley de Educación Primaria
por ANTONIO BALLESTEROS USANO

MANIFIESTO *del Congreso Mundial de Partidarios de la Paz* — RESOLUCION *sobre la organización y la acción del Comité Mundial de Partidarios de la Paz* — MOCION PRESENTADA POR LAS DELEGACIONES ESPAÑOLAS. LA REVISTA "ESPRIT" Y LA VERDAD SOBRE ESPAÑA, *por Juan Vicens* — EL TESORO ARTISTICO ESPAÑOL EN PELIGRO DE SER HIPOTECADO POR FRANCO — COMISION REPUBLICANA ESPAÑOLA PARA LA DEFENSA DE LA PAZ

AÑO I - NUM. 1

MEXICO, D. F., JULIO 1949

NUESTRO Tiempo

REVISTA ESPAÑOLA DE CULTURA

Editor: JUAN VICENS

Comité de Redacción: ANTONIO BALLESTEROS, RAFAEL DE BUEN, JOSE I. MANTECON, MIGUEL PRIETO, JOSE RENAU, WENCESLAO ROCES. Secretario de Redacción: JULIO LUELMO

Administrador-gerente:
FRANCISCO
ALVAREZ IRAOLA

Dirección: "NUESTRO TIEMPO", EDISON 11, DEPTO. 502. MEXICO, D. F.

SOLICITADO REGISTRO COMO ARTICULO DE 2a. CLASE EN LA ADMINISTRACION DE CORREOS DE MEXICO

LA REVISTA "NUESTRO TIEMPO"

ACOMETEMOS CON ESTA revista, un empeño de cultura. De la cultura del hombre de hoy, y muy concretamente, del español de hoy. De la cultura de este español que se hace fuerte en lo mejor de nuestra tradición cultural con el patriotismo de nuestro tiempo: recreándolo sobre la realidad presente y viva, para aquilatar, con el aliento y la lucha de las grandes fuerzas de nuestro pueblo y las del progreso del mundo, la cultura de mañana en la España democrática, soberana y libre de mañana.

Ese español de hoy, ¿cuál puede ser sino el español republicano, antifranquista, el que quiere "una España española" y pelea por ella, no sólo contra Franco, sino también contra las fuerzas que dentro lo sustentan y —sobre todo, ahora— contra las que desde fuera lo apadrinan, buscando y encontrando en él fácil pasto para la hipoteca del suelo y la sangre de España?

Luchar por la cultura española viva, la de ayer, la de hoy y la de mañana es, en la hora presente, por encima de todo, luchar contra esos poderes que, representando la negación de España, representan también la de su cultura.

Pero, en el mundo de hoy —el mundo de la victoria de los pueblos sobre el fascismo, en que al nuestro le corresponde, junto a las grandes fuerzas de vanguardia, un lugar de honor—, los horizontes de liberación de la humanidad aparecen cada día más despejados por la acción de los poderes de signo positivo. Con la lucha de estos poderes tiene que sentirse también solidarizada la lucha por España y por su cultura. Pues la liberación de España, condición inexcusable para el rescate y el engrandecimiento de la cultura española, si tiene en nuestro pueblo y en su lucha la garantía fundamental de la victoria, no puede volverse de espaldas a las fuerzas victoriosas de la democracia mundial.

La cultura, para nosotros, es la expresión de la vida misma de un pueblo; función de sus afanes y de sus luchas; arma y resultado, a la par, del combate decisivo de cada pueblo en nuestro tiempo. Y si el combate de España que hoy lo condiciona y lo decide todo es el de su liberación, la cultura de España deberá ser concebida, hoy, por encima de todo, en función de ese objetivo cardinal. Con este primordial criterio, el de la liberación de España y el de su futuro democrático y libre, nos esforzaremos nosotros en abordar los problemas de la cultura española. Buscando siempre por debajo del caparazón fetichista de las formas el tuétano de lo humano y lo social, que las crea y las vivifica.

La liberación de España y de su cultura es, para nosotros, mucho más que un anhelo o una nostalgia. Es una decisión y una lucha. Por eso nos colocamos invariablemente al lado de las únicas fuerzas que garantizan su resultado victorioso: el pueblo y lo que constituye la espina dorsal de los pueblos de hoy: su clase obrera. Ahí está el baluarte de todos los combates por la libertad de nuestra patria y por el futuro de España y de su cultura.

Será la nuestra una revista de intelectuales y de españoles militantes, no espectadores de las luchas decisivas de nuestro tiempo, sino plenamente entregados a ellas. De intelectuales no dedicados a la búsqueda más o menos original de teorías, sino conscientemente identificados con la que está transformando el universo, con la única que ha sido refrendada por la gran prueba decisiva de una teoría social: la transformación de la realidad, la liberación de la sociedad y del hombre.

Nos declaramos, por ello, desde los umbrales mismos de nuestra revista, firmemente compenetrados con esa gran concepción victoriosa, hecha pujante realidad en la Unión Soviética y cauce de las más fecundas aspiraciones y de las grandes fuerzas de progreso del mundo de hoy, que tiene por fundadores a Marx y Engels y por sus grandes maestros y continuadores a Lenin y Stalin.

Nos esforzaremos en compartir esta teoría como únicamente lo admite ella:

aplicándola a los hechos reales de la vida de hoy y, muy concretamente, a la gran empresa de la liberación de España y de su cultura.

Desde estas posiciones, para nosotros inconmovibles, buscaremos en todo momento el diálogo cordial y, sobre todo, la compenetración en la lucha con quienes, no pensando como nosotros, son, sin embargo, hermanos nuestros por la comunidad de afanes y la comunidad de enemigos.

Aspiramos a librar una incesante batalla ideológica contra el falangismo y la reacción y contra quienes, deliberada o neciamente, les sostienen el estribo en el campo de la cultura.

Al derrotismo y a la deserción, al egocentrismo y al marginalismo de ciertas corrientes intelectuales, opondremos nosotros —en este sector de lo español, del que nos sentimos corresponsables— la firmeza en la identificación con una lucha que es indivisible. Al confusionismo, a la deformación y a la mixtificación, el esclarecimiento ideológico. Al griterío desaforado de la mentira, tan dado a ponerse, hoy, la etiqueta de la "cultura" y de los llamados "valores del espíritu", la voz clara de la verdad. A la agresiva voracidad del imperialismo, la defensa apasionada de los intereses, la integridad y el futuro de nuestra patria. A la maquinación monstruosa de la guerra contra el socialismo, la democracia y los pueblos, que hoy permite cotizar sus servicios a los verdugos de ellos, como Franco, la serena, pero firme lucha ideológica por la paz democrática, fermento de creación, de vida, de cultura.

Proclamamos, por último, nuestra fe en el hombre de hoy, en el hombre de nuestro tiempo, consciente de sus deberes de lucha y enlazado con las grandes fuerzas que garantizan su victoria. Y en el español de hoy, en el español de nuestro pueblo, que, enlazado a las grandes fuerzas de la democracia del mundo, es el gran defensor y constructor de la cultura de España, a la que nosotros nos proponemos servir.

EXPLICACION AL LECTOR

Hemos considerado necesario dedicar gran parte de este primer número de nuestra revista a la difusión de algunos documentos de la lucha por la paz, con motivo del reciente Congreso de Partidarios de la Paz, celebrado en París, por estimarlos de fundamental interés para la causa de la liberación de España y los problemas vivos de su cultura. Unido esto a nuestra forzosa limitación de espacio, nos vemos en la necesidad de aplazar para el número siguiente la publicación de trabajos de redacción y colaboración ya preparados y la de secciones que, en lo sucesivo, formarán, regularmente, el cuerpo de esta revista (crónicas, notas de libros, etc).

LA GUERRA, EL GRAN OBSTACULO DEL PROGRESO HUMANO

Informe de Apertura del Congreso

por FREDERIC JOLIOT-CURIE, Presidente

SEÑORAS Y SEÑORES; AMIGOS:

Tengo la gran satisfacción de daros la bienvenida, en nombre del Comité de organización de este Congreso, que me hizo, el 18 de marzo, el gran honor de designarme su Presidente.

Mi saludo va dirigido, no solamente en nombre del Comité de organización, sino también —estoy seguro de ello— en nombre de los millones de franceses que se sienten orgullosos y felices de que su capital haya sido elegida como la sede de quienes desean defender de un modo efectivo ese supremo bien de todos los pueblos que es la paz.

Habeis venido aquí en gran número de todas las partes del mundo, y estoy persuadido de que expreso vuestros sentimientos al saludar de un modo muy especial a los delegados de la China democrática, de la España republicana, de la Grecia democrática, del Viet-Nam y de la República indonesia.

Permitidme que, en nombre del Comité de organización, dé las gracias a las organizaciones democráticas francesas que, de un modo tan activo y eficiente contribuyeron a hacer realidad la idea hoy plasmada en este gran Congreso.

A despecho de las promesas que nos habían sido hechas, el Gobierno francés ha negado los visados de entrada al país a numerosas delegaciones. Ello ha impedido a muchos delegados estar presentes en nuestro Congreso. Esta arbitraria decisión, tan contraria a las tradiciones de la Francia republicana, provoca el estupor y la indignación de millones de hombres y mujeres de todo el mundo, cuyas firmes esperanzas están puestas en la gran acción humana de este Congreso mundial de Partidarios de la Paz. Estamos seguros de que no vereis en esta lamentable decisión la actitud del pueblo de Francia. Nuestro Gobierno, al seguir tal conducta, calcada sobre la que recientemente adoptó el Departamento de Estado de Washington, manifiesta sus reflejos de miedo y debilidad. Miedo a la verdad. Pero, "la verdad viaja por el mundo sin necesidad de visados".

Y la verdad que vosotros pondreis de manifiesto a lo largo de este Congreso será escuchada, os lo aseguro, a través del mundo: abrirá los ojos a quienes aún no ven los peligros que amenazan a la paz. Desenmascarará a los instigadores de la guerra o impulsará a la inmensa mayoría de hombres y mujeres del mundo a actuar serena y resueltamente para cerrarles el paso.

Si afrontamos conscientemente las responsabilidades de nuestra misión —pues no es ésta, desgraciadamente, la primera vez que los hombres se congregan para salir al paso de la guerra—, adquiriremos la firme conciencia de que podemos salir victoriosos del empeño, pues sabremos encontrar y poner en práctica métodos nuevos y eficaces. No nos contentaremos con contemplar a los malhechores en actitud reprobatoria y a sus víctimas con pena. No nos hemos reunido aquí para pedir la paz, sino para imponerla a quienes trabajan por la guerra.

LAS FUERZAS DE LA GUERRA

MUY pocos años han pasado, sin embargo, desde los días en que luchábamos juntos contra el fascismo, unos abiertamente, otros bajo las sombras de la ocupación. ¿Recordais nuestras esperanzas de aquellos días? ¿Recordais la Carta del Atlántico, los acuerdos de Yalta y Potsdam y lo que estaba llamado a ser el remate y coronación de todo aquello, la Organización de las Naciones Unidas?

Grandes esperanzas florecieron de aquellos acuerdos elaborados durante la guerra entre

aliados de diferentes ideologías, pero unidos entonces con la mira de asegurar una paz duradera después de conquistada la victoria.

Los pueblos, que tanto habían sufrido durante la guerra, estaban sedientos de paz. Abrigaban esperanzas de seguridad y bienestar y un ardiente deseo de laborar por la reconstrucción de sus países. Un entusiasmo maravilloso inspiraba entonces a todos.

Pero, ya por aquel entonces maquinaban entre las sombras gentes viles y siniestras, especialmente en los círculos industriales y financieros, gentes que temblaban sobre todo al ver a numerosas naciones liberándose a sí mismas y emprendiendo su rumbo hacia la sociedad socialista. Aprovechaban cuantas ocasiones se les brindaban para sembrar la división y seguían una política implacablemente reaccionaria, sin otra mira que la de acumular ganancias para ellos, aunque fuese a costa de desencadenar una nueva guerra.

No olvidemos aquellas palabras escritas por el general Negrier, el 1º de agosto de 1910, para la *Revue des Deux Mondes:* "Las corporaciones financieras entienden que los gobiernos, si cumplen con su misión, tienen el deber de sostener guerras".

En 1949, el capitalismo, "que lleva en su entraña la guerra como el trueno la tempestad", no ha cambiado. No puede cambiar, según lo atestigua una revista norteamericana, cuando escribe: "Los norteamericanos no queremos la guerra ni queremos la crisis, pero, si hay que elegir, preferimos a la crisis la guerra".

Y así poco a poco, primero solapadamente y después de un modo cínico y descarado, han ido desencadenando su propaganda, que no es sino un eco de las ideas de Rosenberg y Goebbels, el intento de levantar un nuevo espantajo soviético.

Los más activos factores de esta propaganda han sido los especuladores, las gentes de negocios, los antiguos colaboradores, en los países ocupados. Lograron arrastrar con ellos a una gran parte de la prensa y tomar en sus manos el control de diversos partidos políticos. Pero, estos elementos son solamente la vanguardia de un sector mucho más extenso, de un sector indolente e irresponsable, propenso a la vida fácil y que no se atreve, en su cobardía, a hacer frente abiertamente a quienes le aseguran su nivel de vida por medio del privilegio y la explotación.

Los gobiernos llevados al poder, en algunos países, por estos cobardes maniobreros pudieron, gracias a ello, pasar a la ofensiva en los frentes diplomático, económico y militar.

Para mencionar solamente los aspectos más importantes, ello permitió suministrar ayuda a los monárquicos griegos, al sojuzgamiento de Turquía, a las guerras sostenidas en Viet-Nam e Indonesia, apuntalar a Franco, sin perjuicio de pretextar enemistad hacia él.

Dentro de las Naciones Unidas, cuya formación debiera haber significado el fin del imperialismo, vemos, así, a una mayoría de naciones que, avasalladas por el sojuzgamiento económico y la feroz propaganda, actúan cada día más descaradamente al servicio de un solo imperialismo, del imperialismo norteamericano.

Todas las propuestas de desarme han sido rechazadas. Y han sido rechazadas también, del mismo modo, todas las propuestas hechas para poner inmediatamente fuera de la ley las armas atómicas.

Si a esto añadimos la creación de bases militares y los pactos militares de agresión recientemente concertados, tales como el de Bruselas y el del Atlántico, tenemos que llegar necesariamente a la conclusión de que la guerra a que se nos está empujando "para defender la paz" es, pura y simplemente, una guerra antisoviética. Es una guerra maquinada, abierta y solapadamente, por las fuerzas sociales reaccionarias desde el año 1917.

Quieren llevarnos de nuevo a los tiempos de las campañas de Wrangel y Denikin, de Weygand y de Hitler, intentando hacernos creer que esas campañas son necesarias ahora (¡que ironía!) en nombre de la democracia y la libertad. Y, creyéndose protegidos por el omnipotente átomo, sueñan con destruir un régimen que ha cometido el crimen imperdonable de abolir la explotación del hombre por el hombre.

Frente a estas amenazas de guerra, más claras, más directas y más apremiantes cada día que pasa, era ya hora de que, acelerando los esfuerzos para reunir este Congreso, coordinásemos la acción de todas las fuerzas favorables al progreso y a la paz. Era necesario que desencadenásemos una formidable

ofensiva de paz contra todas las fuerzas de la guerra. Una ofensiva, repetimos, en favor de la paz, por oposición a quienes se proclaman descaradamente dispuestos a asegurar la paz del mundo arrojando a él bombas atómicas.

No queremos que ningún poeta futuro pueda escribir, parodiando a Víctor Hugo:

¡Oh, muertos! El césped crece silencioso sobre vuestras tumbas.
Dormid tranquilos en vuestros ataúdes, permaneced mudos en la fosa,
¡Truman es la paz!

LAS FUERZAS DE LA PAZ

ERA de una necesidad urgente unir todas las fuerzas de progreso y de paz en una gran batalla que pusiese en práctica la decisión del Comité Internacional de Enlace de los Intelectuales y del Comité Ejecutivo de la Federación Democrática Internacional de Mujeres en el sentido de celebrar en París un Congreso mundial de Partidarios de la Paz. Es éste el resultado natural y lógico del Congreso de Wroslaw y del Congreso de Budapest, celebrados, respectivamente, en agosto y septiembre del pasado año.

Pero, mientras que el de Wroslaw había sido un Congreso mundial de Intelectuales y el de Budapest un Congreso femenino, el Congreso mundial de Partidarios de la Paz, que hoy se inaugura, encuadra a todos los grupos sociales sin distinción.

El 25 de febrero último, fué lanzado un llamamiento para la organización de este Congreso. Llevaba por título "Por un Congreso mundial de Partidarios de la Paz", y al pie las firmas del Buró Internacional de Intelectuales, de la Federación Democrática Internacional de Mujeres y de un gran número de personalidades de diecisiete países.

Asisten a este Congreso, además de prestigiosas personalidades, representantes de amplias organizaciones democráticas nacionales, de organizaciones sindicales, de asociaciones corporativas, de entidades intelectuales, científicas, periodísticas, de agrupaciones campesinas, femeninas, juveniles, etc. Poderosas organizaciones internacionales, tales como la Federación Sindical Mundial, la Federación Mundial de la Juventud Democracia, la Federación Internacional de los Antiguos Prisioneros de Guerra, y la Federación Mundial de Trabajadores Científicos, se adhirieron enseguida al Comité iniciador del Congreso.

Nuestro llamamiento fué escuchado y recogido también por el mundo religioso, que tiene en este Congreso una importante participación.

En Hungría, se han adherido al Congreso de la Paz doscientos sacerdotes católicos. Asimismo están representadas en él las dos Iglesias protestantes de ese país, la luterana y la calvinista.

En Checoeslovaquia, se han sumado también a la iniciativa del Congreso mundial todas las Iglesias, la católica, la protestante y la ortodoxa.

En Albania, contamos con la adhesión de la Iglesia ortodoxa, etc.

Tenemos en el Congreso al abate Boulier, de Francia, al patriarca Alexei, de Moscú metropólita de todas las Iglesias de Rusia, al Dr. Emery Shipler, director de la más importante revista de las Iglesias Protestantes de los EE.UU., al obispo Arthur Moulton, quien es, además, miembro de la presidencia del Comité Norteamericano pro Congreso Mundial de Paz. Asimismo están con nosotros el Dr. Hewlett Johnson, deán de Canterbury, al obispo Wienken, de Alemania, miembro del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal de Fulda, etc.

Entre las prestigiosas personalidades que asisten al Congreso, podríamos mencionar los nombres de muchos destacados hombres de ciencia, escritores, artistas y estadistas.

Y a estos nombres, demasiado numerosos para hacer mención de ellos, hay que añadir las masas innumerables de hombres y mujeres que anhelan la paz y que diariamente se suman a nuestro movimiento.

Es, indudablemente, la primera vez que una unidad de voluntades tan extensa y poderosa se manifiesta. En pocas semanas, se han adherido al Congreso más de seiscientos millones de seres, pertenecientes a 63 países. Nuestras esperanzas, con ser muy halagüeñas, han sido rebasadas, y ello se debe, evidentemente, a que nuestra voz expresa las más profundas aspiraciones de las grandes masas.

El Comité de Organización, sin pretender

prejuzgar en lo más mínimo las decisiones que vosotros tomeis, sugiere que el Orden del Día de nuestro Congreso considere, fundamentalmente, los siguientes puntos:

1º La condenación de la carrera de armamentos.
2º La misión de las Naciones Unidas en defensa de la paz.
3º La denuncia y condenación de la propaganda de la guerra.
4º La proclamación del respeto a la soberanía e independencia nacional de los pueblos.
5º El estudio de las relaciones económicas entre las naciones.
6º La participación de la mujer en el movimiento de la paz.
7º La formación de organismos eficaces para la defensa de la paz en todos los países.

Sugerimos, asimismo, la discusión de los problemas relacionados con la defensa de la cultura, con las guerras coloniales y con la misión de la juventud en nuestra acción.

QUIENES INTENTAN AVASALLAR AL MUNDO

Los gobiernos que hace algunos días se aliaron en el llamado "Pacto para la defensa del Atlántico" han empeñado a sus países en un vasto programa de rearme; saltando por encima de anteriores promesas y de la seguridad de sus vecinos, entre ellos Francia, no han vacilado en poner a la Alemania occidental en condiciones de incorporarse, tarde o temprano, a esa alianza. No en vano el Plan Marshall preveía y preconizaba la "pronta recuperación de Alemania".

Esta política de rearme intensivo, a la par que brinda fáciles y abundantes ganancias a ciertos grupos bancarios e industriales, acelera el peligro de guerra, como la experiencia nos lo ha enseñado repetidas veces en el curso de los últimos cien años.

Es cierto, como recientemente escribía el gran banquero norteamericano Alexander de Saint-Phalle, que "en tiempos de preparación intensiva de guerra, no cabe pensar en la posibilidad de ninguna clase de crisis económica". Es así como estos elementos confían en aplazar por algunos años la crisis económica innata al régimen capitalista, sin preocuparse en lo más mínimo de las catástrofes que se están gestando.

Los dirigentes capitalistas tiemblan ante esta crisis, tanto más cuanto que, hace aproximadamente treinta y dos años, existe y se desarrolla y fortalece, pese a todos sus ataques y sus guerras —calientes y frías— un régimen socialista, en el que no se conocen las depresiones ni las crisis.

No les hace ninguna gracia que puedan establecerse comparaciones. Si realmente tuvieran confianza en su propia ideología, no se esforzarían en destruir por la fuerza el país ante el que sienten un verdadero complejo de inferioridad.

Si se tratase, simplemente, de un problema de diferencia de ideas, de un cotejo sincero de experiencias, no tendrían por qué recurrir a este despliegue de fuerzas armadas ni a la amenaza de emplear la bomba atómica. Se trata, en realidad, para ellos, de dar largas a la inminente crisis económica, que asoma ya la cabeza con la acentuación del paro forzoso, y de asegurar (en beneficio de una reducida minoría), en la Europa occidental, las posibilidades de expansión definitivamente perdidas en el Lejano Oriente. Para todo esto, es necesario poner un alto al desarrollo de las ideas progresivas en el mundo. El programa de estas gentes no ofrece lugar a dudas. Y sólo la firme voluntad de los pueblos de todas las naciones cerrará el paso a su ejecución.

En países como el nuestro, es posible apreciar ya las funestas consecuencias que esta política de preparación de guerra acarrea, en sus variados aspectos: la ayuda económica, el rearme intensivo, la propaganda antisoviética.

Pese a las negativas oficiales, es claro para todos que la ayuda económica menoscaba el derecho de libre determinación de quienes nos gobiernan. Y cuanto más se desarrolla esta "ayuda", cuanto más va acostumbrándose a ella nuestra voluntad económica, más y más difícil resulta dejar de plegarse a los deseos de un "benefactor" que puede, en todo momento, cerrar el chorro de sus abastecimientos, cuando le parezca oportuno.

Ha sido un conservador tan significado como lord Beaverbrook, de la Gran Bretaña,

quien ha dicho que "tratan de comprar nuestra soberanía nacional por una tortilla de huevos en polvo".

La dominación económica y la tutela política son ya hoy, yugos reales que pesan sobre diversas naciones, entre ellas Francia.

Los países del Plan Marshall y del Pacto del Atlántico no se hallan en libertad para mantener relaciones de intercambio económico con los países de la Europa oriental. Pesan sobre ellos listas más o menos secretas de restricciones para coartar la exportación de diversos materiales, listas establecidas a instancias o por consejos de los EE. UU. El pretexto invocado para ello es el privar a un Estado marcado como enemigo, de aquellos productos que podrían servir para impulsar la guerra. Y, como todo puede ser, en realidad, empleado con este fin, está imponiéndose, actualmente, un bloqueo efectivo con respecto a aquel país.

Ello pone en grave peligro a algunos de nuestros productos encuadrados especialmente dentro de nuestras posibilidades, al igual que a nuestro equipo. Y lo mismo podemos decir de la producción de alimentos y de materias primas situados fuera de la órbita del dólar. Todo lo cual traerá como inevitable resultado el estancamiento de nuestra industria y una oleada de paro forzoso.

¿Acaso no tenemos la mejor prueba de ello en nuestra vecina Bélgica, sujeta desde la liberación a un verdadero vasallaje económico y que, tras una transitoria recuperación, pasa ahora por una profunda e intensa crisis?

El paro forzoso, además, tiende generalmente a fortalecer en proporciones aún mayores la dependencia con respecto al extranjero, que lo engendra. Los técnicos, sobre todo, por ejemplo los ingenieros, al ver bloqueadas sus actividades creadoras, cambian de profesión o abandonan el país. Y ello hace que sus países, carentes de personal calificado, se hundan todavía en el abismo de la sujeción a la técnica extranjera y se limiten a copiar o distribuir, en vez de crear. Cuando estas condiciones se den, los países en que tal ocurra estarán maduros para la colonización durante un largo período.

Estos graves y vitales problemas relacionados con el respeto a la soberanía y a la independencia de los pueblos deberán ser objeto de especial atención en el curso de vuestros debates.

Sabemos perfectamente que el nacionalismo a la vieja usanza y el temor exagerado a atentar contra la soberanía de las naciones han sido causa de numerosas guerras, y nos hacemos cargo de que estos principios no deben ser interpretados demasiado al pie de la letra.

La trayectoria normal y deseable del mundo apunta, evidentemente, hacia la desaparición de la tradicional soberanía, tanto más cuanto que la ciencia tiende a entrelazar cada vez más los intereses de todas las naciones.

Pero, las concesiones que esto implica no pueden, en modo alguno, ser consentidas de un modo irracional y en beneficio de una nación avasalladora. Ello sólo serviría para hacer el juego del imperialismo y ayudar a éste en su obra de colonización del mundo.

No es el mejor camino para laborar por el progreso el de pedir la "dirección moral del mundo", como hace algunos días la demandaba el Vicepresidente de los EE.UU. Mr. Barkley, en Oak Ridge, que es, dicho sea de paso, un gran centro de producción de plutonio, elemento fundamental para la fabricación de bombas atómicas.

Por lo que a Francia se refiere, nos preguntamos: ¿estará nuestro Gobierno en condiciones de hacer frente a exigencias cada día más ambiciosas y que conducen a tan funestos resultados?

¿No es aleccionador para nosotros el ejemplo de Bélgica, que, siendo el más importante productor de uranio en el mundo, no puede disponer ni siquiera de una cantidad mínima de este metal para los fines de investigación científica de la energía atómica?

El pueblo francés acaba de sufrir un doloroso ultraje a su soberanía. Los ciudadanos norteamericanos pueden entrar libremente en nuestro país sin necesidad de visar sus pasaportes. Pero, hemos de consignar, con pena, que no es éste, ni mucho menos, el trato que a nosotros se nos concede para la entrada en los EE.UU.

El gobierno de un país que se lucra exclusivamente con la pérdida de la soberanía de otras naciones corre el riesgo de creerse lo suficientemente fuerte para emprender una guerra contra quienes se resisten a la suerte de los países colonizados. Por eso, estas

concesiones no hacen otra cosa que acelerar el peligro y la amenaza de la guerra.

Mi colega Etienne Gilson, del Colegio de Francia, lo decía no hace mucho con palabras certeras: "No cabe duda: se trata, una vez más, de nuestra sangre".

Y este temor de Etienne Gilson vióse confirmado hace no más que una semana, con claridad todavía mayor, por la declaración que Mr. Clarence Cannon, presidente del Comité Financiero, hubo de hacer ante la Cámara de Representantes de Washington, al hablar de las bases para la proyección de bombas situadas en nuestro continente y del equipo de nuestros soldados, a quienes se trata de lanzar a la matanza. Ello permitiría, gracias al Pacto del Atlántico y a la bomba atómica, desencadenar la guerra salvando vidas norteamericanas.

Estoy firmemente convencido de que decenas de millones de norteamericanos sienten un deseo fervoroso de paz y condenan semejantes especulaciones.

Sabemos que cincuenta millones de protestantes de aquel país, divididos en diversas sectas, han sostenido durante varios meses una enérgica lucha por el mantenimiento de la paz.

Y aún está presente en nuestro espíritu el magnífico Congreso Científico y Cultural por la Paz celebrando en Nueva York hace algunas semanas bajo la presidencia del eminente hombre de ciencia Harlow Shapley.

Estos honrados y valerosos hombres y mujeres tienen una difícil misión que cumplir, pues es lo cierto que la gran mayoría de los medios de publicidad (la prensa, la radio, etc.) se hallan en manos de quienes empujan hacia la guerra, sacudidos por un histerismo a veces verdaderamente increíble.

Viven sujetos a una incesante propaganda emanada de las mismas fuentes que tienden a ocultar y desacreditar el hecho de que los pueblos de la Europa occidental luchan contra la guerra y no la quieren.

Debemos probar claramente, con nuestra obra y con nuestras resoluciones, que tal es la realidad.

Facilitaremos la tarea de aquellos defensores de la paz, haciendo comprender a sus conciudadanos que quienes tratan de explotar su generosidad y sus sentimientos de libertad y fraternidad para arrastrarlos a una empresa imperialista, los engañan miserablemente.

Pese a lo que piensen o inventen acerca de las posibilidades de una *blitzkrieg* en que el arma atómica les confiera una ilusoria superioridad, no debemos ni debe nadie perder de vista que esa guerra sería terrible, sangrienta para todos, incluyendo a quienes la desencadenasen.

Las fatales consecuencias de esta política de preparación de la guerra son ya una realidad sensible. El rearme en masa, el reclutamiento y el pertrecho de numerosos ejércitos, impone tremendos sacrificios a la renta de las naciones. Estos sacrificios hacen estériles todos los esfuerzos realizados para elevar el nivel de bienestar, de disfrute, de salud y prosperidad de los pueblos, en una palabra, todos los progresos de la civilzación.

LA CIENCIA Y EL PROGRESO HUMANO

HUELGA recordar aquí todo lo que la civilización debe a la investigación científica, todos los grandes cambios operados en nuestras condiciones de vida y el desarrollo del pensamiento humano debidos a esta clase de investigaciones. Como gustaba de decir Paul Langevin, "la ciencia permite la liberación material del hombre, condición indispensable para su liberación moral y espiritual". No cabe duda de que los pueblos llegarán a vivir venturosamente mediante el armónico desarrollo de la literatura, el arte y la ciencia; que una nación justifica su independencia en el seno de la familia de las naciones al expandir su pensamiento y difundir sus creaciones originales, en la medida en que sean provechosas para los demás. Pero, también el cumplimiento de una misión tan digna como ésta se torna prácticamente imposible cuando el esfuerzo principal de un país tiene que dedicarse a adquirir y fabricar armas, a sostener cuarteles para decenas de millones de jóvenes, a quienes se mantiene ociosos, desplazándolos de la producción de recursos para el bienestar del pueblo.

Es muy interesante, a este respecto, el estudio de los presupuestos de guerra de aquellos países que, so pretexto de defensa nacional, preparan y organizan la guerra. Se

ve, entonces, cómo las partidas consignadas para la educación nacional y la higiene pública, para la ciencia y la técnica, para el trabajo de reconstrucción, etc., para cuanto puede impulsar la civilización, representan solamente una parte mínima en los desembolsos de esos Estados.

No me cansaré de recordar lo siguiente: con lo que cuesta un solo acorazado podrían construirse y mantenerse en funcionamiento durante más de un siglo diez institutos científicos dedicados a la investigación, para vencer el terrible azote del cáncer y la tuberculosis.

Lo que cuesta sostener a cien soldados y a sus cuadros de oficialidad bastaría para financiar un gran laboratorio con cuarenta hombres de ciencia a sueldo y todos sus elementos materiales y gastos de investigación asegurados.

Ya constituye una importante merma de la investigación científica el hecho de reducir sus posibilidades de acción pacífica. Pero, aún menoscaba mucho más gravemente sus posibilidades el desviar su aplicación hacia la guerra. Una de las más espectaculares desviaciones de la ciencia es la bomba atómica, debida a su uso como arma de destrucción en masa. Y, aunque sea evidente que, pese a sus posibilidades destructivas, la bomba atómica no sería decisiva en un conflicto mundial, estamos firmemente convencidos de que el pacífico empleo de la energía atómica sí sería decisivo, en cambio, para el bienestar del hombre. Los elementos radio-artificiales producidos en grandes cantidades en pilas de uranio son indispensables para el descubrimiento de los profundos mecanismos de numerosos fenómenos, tanto en biología como en química, en física y en la industria técnica.

Tendremos en ellos, con el tiempo, eficaces medios de combatir graves enfermedades. Su empleo como indicadores radioactivos nos enseñará, probablemente, a fabricar en masa síntesis de sustancias tales como la clorofila de las plantas, que, por la acción de la radiación solar, transforma el ácido carbónico en precioso carbono, residuo hoy estéril de la combustión del carbón.

De este modo, podríamos construir nuevas fuentes de energía irradiada por el sol, sin necesidad de consumir materias primas.

Hasta el empleo de la energía atómica puede ser concebida para fines pacíficos. La explosión de una bomba en torno a la cual se acumulasen diversas sustancias químicas, situadas en medio de una montaña aislada, permitiría, probablemente, la obtención de una serie de materiales de asombrosas y preciosas cualidades para el hombre.

¿Acaso no podemos imaginar científicamente la formación de inmensas capas de nubes haciendo explotar una bomba atómica en altas latitudes, ricas en vapor sobresaturado? Podemos darnos una idea de la importancia que tendría la aplicación de este método para combatir las sequías, sabiendo que ya hoy las nubes pueden hacerse precipitar artificialmente, con tan beneficioso resultado.

Finalmente, y es ésta, sin duda, una de las más seguras aplicaciones que la paz reserva a la energía atómica, las pilas de uranio podrían convertirse en fuentes poderosas de energía, de una energía tan indispensable para el bienestar de las masas y el progreso de la civilización.

Los hombres de ciencia hacen cuanto está de su parte por construir centrales de energía atómica que, en vez de ser ruinosas, produzcan ingresos. Y no cabe duda de que sus esfuerzos se verán coronados por el éxito.

En un país como Francia, 20 centrales de energía atómica de 200,000 kilowatios cada una suministrarían el mismo volumen de electricidad que actualmente se produce, y lo que es aún más extraordinario, para alimentar esas 20 centrales bastaría con un solo tren de materias primas al año.

El estado actual de nuestros conocimientos no nos permite imaginar aún las inmensas posibilidades de aplicación que la energía atómica encierra.

Estamos todavía en los umbrales de la era atómica, sobre poco más o menos, relativamente, en la situación en que se hallaba el hombre cuando descubrió el modo de producir el fuego. Cuando el hombre primitivo empleaba el fuego simplemente para calentarse, para alumbrarse y para cocinar, cuando sus conocimientos no le permitían aún ni siquiera imaginar la máquina de vapor, la locomotora, la turbina, etc.

En estas condiciones, ¡cuán doloroso es tener que decir que, si los inmensos esfuerzos concentrados en la producción y el empleo de bombas atómicas para fines de destrucción se hubiesen consagrado a fines de

paz, estaríamos ya en condiciones de beneficiarnos con este formidable descubrimiento.

Tenemos el deber de denunciar desde aquí estos abusos criminales, de la desviación de la ciencia y de unir nuestros esfuerzos a los de quienes luchan por la proscripción de la bomba atómica dentro del marco general de un plan de desarme.

Otra gravísima consecuencia del empleo de los descubrimientos científicos para fines homicidas es la introducción del secreto en el campo de la ciencia.

El secreto, introducido y mantenido en un campo especial de la ciencia, no tardará en extenderse a los demás campos, ya que toda ciencia puede, en un plazo más o menos largo, suministrar técnicas de interés económico y militar. Y así, cada nuevo descubrimiento llevará aparejado el secreto de su empleo, por miedo a que se traduzca en un nuevo método de fabricación o en un mecanismo más eficiente de destrucción y de matanza. La solidaridad del mundo científico, rota ya en un punto, no tardará, por este camino, en desaparecer totalmente.

Ahora bien, ¿no es la ciencia el factor fundamental de unificación entre los hombres dispersos a lo largo del mundo? La observación de las leyes naturales, el rápido intercambio de los resultados experimentales y el cotejo de las especulaciones teóricas, ¿no crean un espíritu común entre los hombres, encarrilándolos hacia la investigación colectiva de la verdad?

Matando este clima de mutua comprensión y recíproca confianza, no se hará otra cosa que frenar y entorpecer el desarrollo de la ciencia y, a la par, como es lógico, la marcha del progreso.

Con ello, se impulsa y estimula, al mismo tiempo, la carrera de los armamentos.

Los hombres de ciencia, enfrentándose con sus responsabilidades, no pueden permanecer cruzados de brazos. Piensan, y con razón, que es posible hacer frente a la perversión de la ciencia, y son ya muchos los que actúan en este sentido. Así lo hacen, en especial, quienes militan en la Federación Mundial de Trabajadores Científicos, que tengo el honor de presidir y que se ha adherido con todo entusiasmo a este Congreso.

Estos hombres de ciencia no quieren ser cómplices de aquellos a quienes un mal sistema social permite explotar los resultados de su trabajo para fines infames y egoistas.

Los científicos no pueden erigirse en una aristocracia situada al margen de las contingencias prácticas. Al igual que los miembros de la gran comunidad de los obreros, no pueden desinteresarse del uso a que se destinen sus descubrimientos. Quieren que la ciencia sea puesta al servicio del pueblo y no se desvíe de sus verdaderos fines.

EL PACTO DEL ATLANTICO

Me refería anteriormente al Pacto del Atlántico y a la justificada ansiedad que su firma ha provocado en cuantos desean que la paz sea mantenida.

Ese pacto es contrario a la letra y al espíritu de la Carta de las Naciones Unidas, en la que tantas esperanzas han cifrado y siguen cifrando los pueblos, en su deseo de que se prevenga una nueva guerra mundial.

La cláusula de unanimidad de los Cinco Grandes, más conocida por el nombre de derecho de veto e introducida en la Carta por iniciativa del Presidente Roosevelt en la Conferencia de Yalta, constituye una de las garantías más importantes en cuanto a la eficacia de las Naciones Unidas. Esta cláusula presupone, claro está, un sentimiento de confianza entre los miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

Sin esta confianza mutua, el nombre mismo de "Naciones Unidas" sería una frase vacía de contenido. Por eso, en los períodos de incomprensión, es necesario hacer todos los esfuerzos encaminados a permitir las negociaciones que restauren aquella confianza.

La O.N.U. es una institución concebida para transformar profundamente las relaciones entre los pueblos. Y sólo podrá cumplir su misión al cabo de cierto tiempo y a costa de un esfuerzo paciente y sostenido.

La defensa de la O.N.U. deberá constituir uno de los objetivos predominantes de nuestro Congreso.

LA MUJER Y LA JUVENTUD

Entre las organizaciones que nos han ayudado a poner en pie este Congreso, figura la Federación Demo-

crática Internacional de Mujeres, con sus decenas de millones de afiliadas. Se han adherido también a él gran número de organizaciones femeninas de diversos países.

Deseo subrayar la extraordinaria importancia de este apoyo. No debemos olvidar que las mujeres constituyen la mitad de la humanidad y que la trayectoria de nuestra civilización confiere a la mujer un papel activo y creciente en la sociedad. Ya se trate de laborar por la paz o de cumplir faenas de guerra, la mujer está siempre en la brecha y aporta sus esfuerzos, casi siempre en un pie de igualdad con el hombre.

Durante la pasada guerra, los sufrimientos de la mujer excedieron a los del hombre, pues además de los suyos propios, compartieron profundamente los de sus hijos.

La mujer conoce por instinto muchas cosas que el hombre tiene que aprender, sobre todo el horror de la matanza y la destrucción. Sabe mejor que nadie lo que cuesta crear y mantener la vida.

Además, cuando la mujer ha tomado una decisión sobre cualquier asunto de importancia, podemos estar seguros de su perseverancia, de su tenacidad. Tiene el don de la organización, y su acción en la batalla por la paz será, a no dudarlo, valiosísima y efectiva. Baste recordar, para estar seguros de ello, entre otros hechos históricos, la heroica actitud de las mujeres durante la peligrosa batalla clandestina contra el fascismo. Y sabemos también, pues nos lo recordaba recientemente Louis Saillant, "cuánto pueden contribuir a la construcción de la paz, dando a la vida toda su belleza y todo su sentido".

La juventud es siempre la primera sacrificada en todas las guerras, cuando se abre apenas ante ella la vida; esa vida que tan ardientemente desea la juventud, una vida sonriente y bella. Y los que sobreviven a la matanza, ven casi siempre truncada su formación profesional, sufriendo choques casi siempre fatales para su existencia. De ello tenemos ejemplos sobrados en los dos últimos conflictos.

Todos deseamos librar a la juventud de esta terrible prueba; por eso nos produce gran satisfacción verla aquí, a nuestro lado, y sentir el contacto del entusiasmo, y la sinceridad que de ella emana.

UNA BATALLA PERMANENTE

En el seno del Comité de Organización de nuestro Congreso, nos dimos clara cuenta de que no hacía falta, en el transcurso de las tareas, estimular nuestro ardor de combatientes, que es lo que nosotros somos.

El Congreso no deberá limitarse a una labor de información y propaganda. Es cierto que hay que desenmascarar los actos de los instigadores de la guerra e ilustrar a la opinión pública todavía indecisa e ignorante. Pero, este Congreso deberá ser, sobre todo, el punto de partida para una movilización concreta y efectiva de las fuerzas de la paz. Agrupar estas fuerzas, ponerlas en condiciones de crear en todos los países organizaciones activas para la defensa de la paz: tales deberán ser las bases para nuestra acción futura. Estas organizaciones nacionales de paz reforzarán la obra del Frente Mundial de Partidarios de la Paz, que tendrá por misión seguir desarrollando y llevar a la práctica la acción definida por el Congreso como un objetivo permanente.

Y no debemos perder de vista que, al lado de la guerra general que nos amenaza, la guerra es ya una realidad en Grecia y en Viet-Nam, y que a cada minuto caen hombres.

¡Cerrar el paso a la guerra que se aproxima! ¡Hacer cesar las guerras que se están librando! ¡Construir, organizar la paz!: he aquí nuestros objetivos.

Ninguna nación por separado, ningún individuo aislado pueden montar la guardia contra la guerra. Sólo la acción común de los pueblos de todas las naciones nos permitirá alcanzar esta gran meta.

Cada individuo que forme parte de los millones de seres amenazados por la guerra debe estar convencido de que el problema de la guerra y la paz es un problema personal suyo, un problema que le atañe directamente, al que no puede sustraerse. No debe sentirse solo y desamparado, sino seguro de que, en aquel mismo momento y en todas las latitudes, millones de hombres como él buscan solución al mismo angustioso problema, trabajan y luchan por la paz, suman sus esfuerzos al suyo propio.

Muchos hombres contrarios a la guerra se

han unido, sobre la faz de la tierra, a movimientos en pro de la paz. Su sinceridad no puede ser puesta en duda, pero, a veces, no es posible ver el lado constructivo de su acción. Nuestro deseo de paz no se traduce, no puede traducirse en una forma pasiva de pacifismo.

A quienes aún no disciernen los peligros de guerra, se los explicaremos;

a quienes desean, como nosotros, defender la paz, les brindaremos los medios para hacerlo;

a quienes saben lo que urden y desean la guerra, les diremos, serena pero resueltamente: ¡tendreis que contar con nosotros!

Llamamos a todas las gentes de bien a salir al paso de ese terrible azote que es la guerra. Todos juntos, conscientes de nuestra fuerza, nos empeñaremos en esta batalla, con la certeza de la victoria.

MANIFIESTO

del Congreso Mundial de Partidarios de la Paz

NOSOTROS, DELEGADOS de los pueblos de setenta y dos países de la tierra;

mujeres y hombres de todas las civilizaciones, de todas las creencias, de todas las filosofías, de todos los colores,

hemos cobrado plena conciencia del terrible peligro que aún amenaza al mundo: *el peligro de la guerra.*

Cuatro años después de la tragedia mundial, se empuja a los pueblos a una peligrosa carrera de armamentos.

La ciencia, que debiera asegurar la felicidad humana, es desviada de su misión y encadenada a objetivos de guerra.

En diversos lugares del mundo, arden aún focos de guerra, encendidos y alimentados por la intervención de Estados extranjeros y por la acción directa de sus fuerzas armadas.

Reunidos en este inmenso Congreso mundial de Partidarios de la Paz, proclamamos solemnemente que hemos mantenido libre nuestro pensamiento y que las propagandas de guerra no han alterado en lo más mínimo nuestra razón.

Sabemos quién es el que desgarra actualmente la Carta de las Naciones Unidas.

Sabemos que el que considera como papeles mojados los tratados destinados a mantener la paz entre los pueblos, el que rechaza toda propuesta de negociación y toda oferta de desarme, el que se arma hasta los dientes, se denuncia a sí mismo como agresor.

La bomba atómica no es un arma defensiva.

Nos negamos a hacer el juego a quienes tratan de oponer un bloque de Estados a otro bloque de Estados.

Somos contrarios a la política de las alianzas militares, que ha hecho pasar a la humanidad ya por terribles pruebas.

Condenamos el colonialismo, fuente constante de conflictos armados y que amenaza con encender una nueva guerra mundial.

Denunciamos el rearme de la Alemania occidental y el del Japón, donde los verdugos del pueblo vuelven a empuñar las armas.

La ruptura económica, buscada, provocada y organizada entre grupos de países presenta ya, hoy, el carácter de un bloqueo de guerra.

Los promotores de la "guerra fría", de la intimidación y el chantaje han pasado ya a la preparación abierta de la guerra.

Pero, el Congreso Mundial de Partidarios de la Paz evidencia pública e irrefutablemente que los pueblos, abandonando la pasividad, están resueltos a tomar una parte activa y constructiva en los acontecimientos.

Estos pueblos, representados en nuestro Congreso mundial de Partidarios de la Paz, proclaman:

Su voluntad de que la Carta de las Naciones Unidas prevalezca contra todas las alianzas militares que atentan contra ella y conducen a la guerra.

Su voluntad de que se ponga fin a las aplastantes cargas militares, culpables de la miseria de los pueblos.

Su voluntad de que se decrete la proscripción de las armas atómicas y de cualesquiera otros medios de destrucción en masa de seres humanos, de que se limiten las fuerzas armadas de las grandes potencias y se establezca un control internacional efectivo para el empleo de la bomba atómica con fines exclusivamente pacíficos y en bien de la humanidad.

Luchamos por la independencia nacional y la colaboración pacífica de todos los pueblos y por el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, como condiciones esenciales de paz y de libertad.

Nos levantamos contra toda acción que, para abrir paso a la guerra, coarte las libertades democráticas, con la mira de suprimirlas enseguida por completo.

Nos constituímos en frente universal por la defensa de la verdad y la razón, y lucharemos por reducir a la impotencia la propaganda enderezada a preparar a la opinión pública para la guerra.

Condenamos el belicismo histérico, la predicación de los odios raciales y de la enemistad entre los pueblos. Los órganos de prensa, las producciones literarias y cinematográficas, las personalidades y organizaciones dedicadas a propagar la nueva guerra, deben ser denunciadas y boicoteadas.

Habiendo sellado, en nuestro Congreso, la unión de los pueblos de la tierra, lanzaremos nuestras fuerzas, unánime y resueltamente, en la balanza de la Paz. Decididos a permanecer vigilantes, constituímos un Comité internacional de los hombres de la cultura y de las organizaciones democráticas en defensa de la Paz en el mundo. Sobre los que quieren la guerra pesará en cada fase de su complot, la amenaza permanente de las fuerzas populares, capaces de imponer la paz.

Mujeres y madres, portadoras de la esperanza del mundo: ¡sabed que consideramos como un deber sagrado la defensa de la vida de vuestros hijos y de la seguridad de vuestros hogares! Jóvenes: ¡escuchadnos, y uníos, sin distinción de ideas políticas ni creencias religiosas, para barrer de las rutas luminosas del porvenir la amenaza de la matanza colectiva.

El Congreso mundial de Partidarios de la Paz proclama solemnemente que, desde hoy, la defensa de la paz, es la causa de todos los pueblos.

En nombre de los seiscientos millones de mujeres y hombres en él representados, el Congreso mundial de Partidarios de la Paz, lanza su mensaje a los pueblos de la tierra, y les grita: *¡Audacia, audacia, audacia!*

¡Hemos sabido unirnos!

¡Hemos sabido comprendernos!

Estamos preparados y decididos a ganar la batalla de la Paz, que es la batalla de la Vida.

COMITE MUNDIAL DE PARTIDARIOS DE LA PAZ

El Congreso de París, al clausurarse, ha elegido un Comité mundial permanente, formado por ciento cuarenta miembros. Forman parte de él, en nombre de España, el ex-Presidente del Consejo de Ministros don José Giral y el arquitecto Manual Sánchez Arcas.

La composición del Buró elegido por el Comité mundial en su primera reunión, es la siguiente:

Presidente, Frédéric Joliot-Curie,Premio Nobel, Miembro del Instituto de Francia; *Vicepresidentes,* Eugénie Cotton, Presidenta de la Federación Internacional Democrática de Mujeres; Louis Saillant, Secretario general de la Federación Sindical Mundial; Louis Aragón, Escritor; Pietro Nenni, diputado, ex-Subsecretario de Estado; J. D. Bernal, profesor; Alexander Fadeiev, escritor; O. John Rogge, Abogado del Foro de los EE. UU.; Gabriel d'Arboussier, Secretario General de la Unión Democrática Africana; Kuo Mo Jo, escritor chino; General Lázaro Cárdenas; Guy de Boysson, Presidente de la Federación mundial de la Juventud Democrática; *Secretario general,* Jean Laffitte, escritor.

La sede permanente del Comité, según acuerdo tomado, será la ciudad de París.

PREMIOS INTERNACIONALES DE LA PAZ

El Congreso mundial de París queriendo estimular a los intelectuales a crear obras beneficiosas para la gran causa que lo congregó, ha instituído tres Premios internacionales de la Paz *de cinco millones de francos cada uno, que se adjudicarán a las mejores producciones artísticas o literarias y a las más bellas películas concebidas con la mira de fomentar y consolidar la paz entre los pueblos. Dichos premios se adjudicarán anualmente por el Comité del Congreso mundial de Partidarios de la Paz.*

La iniciativa de la institución de estos premios partió de la Delegación polaca al Congreso de París y fué presentada y apoyada por Pablo Picasso. "Estoy seguro —dijo Picasso, al saludar la feliz iniciativa de los polacos— de que esta propuesta contribuirá poderosamente a fortalecer la causa de la Paz y fomentará, al mismo tiempo, la creación de nuevas riquezas artísticas, de grandes y provechosas obras de cultura que se incorporarán al patrimonio de todos los pueblos".

RESOLUCION

sobre la organización y la acción del Comité Mundial de Partidarios de la Paz

EL CONGRESO MUNDIAL de Partidarios de la Paz, deseoso de intensificar todavía más la potente movilización de las fuerzas de la paz, que ha hecho posible la celebración de este magno Congreso; apreciando que contingentes cada día mayores y mujeres vienen a agruparse bajo la bandera de los Partidarios de la Paz, decide que la acción iniciada por la formidable asamblea de París, sea continuada por un *Comité permanente del Congreso mundial de Partidarios de la Paz.*

Este Comité consagrará todos sus esfuerzos a salvaguardar la paz y a fortalecer la lucha contra todas las agresiones y contra la propaganda y las tentativas de los enemigos de los pueblos encaminadas a provocar una tercera guerra mundial.

A este efecto, el Comité fomentará la unión entre todas las organizaciones internacionales, nacionales o locales interesadas en la defensa de la paz, así como entre todos los hombres y mujeres deseosos de su mantenimiento. Se prestará particular atención a la acción de los Comités de Defensa de la Paz creados o que puedan constituirse en ciudades y pueblos, en fábricas, empresas y universidades, así como a los Comités nacionales de Defensa de la Paz, donde quiera que se crearen.

Los adheridos colectivos o individuales contribuirán, en la medida de sus posibilidades, a sostener materialmente la acción del Comité mundial de Partidarios de la Paz, cuyas tareas esenciales serán las siguientes:

a) Dar a conocer al mundo entero, lo más rápida y extensamente que sea posible, los trabajos y decisiones del Congreso de París, utilizando para ello los medios de propaganda adecuados (informes sobre el Congreso, reuniones y asambleas, edición de los informes y acuerdos, exposiciones, distribución de películas cinematográficas, etc.)

b) Difundir todas las informaciones acerca de las actividades emprendidas para la defensa de la Paz y desarrollar, en este aspecto, intercambios de experiencias entre los diversos países. Estimular las campañas en pro de la paz por todos los medios adecuados: envío de delegaciones internacionales, convocatoria de Congresos nacionales, etc.

c) Denunciar todas las maniobras dirigidas contra la paz y coordinar la acción de estas fuerzas contra los promotores de guerra y su propaganda. Movilizar nuestras fuerzas para poner fin a las agresiones en curso contra la independencia nacional de los pueblos y las libertades democráticas. Favorecer la ayuda a las víctimas de la guerra y la opresión.

d) Alentar todas las actividades colectivas o individuales favorables a la paz en el campo de la cultura, principalmente mediante la institución de premios destinados a recompensar las mejores producciones literarias y artísticas beneficiosas a la causa de la paz.

e) Preparar el próximo Congreso mundial de Partidarios de la Paz.

f) Desarrollar los medios de propaganda necesarios para la actuación del Comité y preparar, en especial, la edición de un órgano periódico de información, en varios idiomas.

Todas estas acciones deberán ser emprendidas con la preocupación constante de llegar a la más amplia unión posible con todas las fuerzas dispuestas a colaborar por la defensa de la Paz, para lo cual el Comité elegido por el Congreso de París queda expresamente autorizado para ampliarse mediante la designación de aquellos nuevos miembros que considere útiles para reforzar la unión de los Partidarios de la Paz.

MOCION PRESENTADA POR LAS DELEGACIONES ESPAÑOLAS

LAS DELEGACIONES ESPAÑOLAS, por unanimidad, expresan al Congreso su viva simpatía por los nobles fines y propósitos de paz que animan a los miles de delegados de todos los confines de la tierra, de todas las ideologías, de todas las razas, congregados en esta magna reunión.

Seguras las delegaciones españolas de que en el interior de España, donde la lucha contra el fascismo continúa, el pueblo, brutalmente oprimido por el régimen fascista, siente renovadas sus esperanzas de liberación ante la existencia de este Congreso; convencidas, estas delegaciones, de que los españoles, que ni un sólo instante, desde hace más de trece años, han cesado en su resistencia al fascismo imperialista, saben que este Congreso mundial de la paz, por la cantidad y calidad de las fuerzas democráticas que lo integran, adoptará resoluciones que serán normas obedecidas, decisiones firmemente defendidas y actos que, si fuese necesario, serían impuestos a los enemigos de la paz, se creen en el deber de presentar una propuesta a la resolución del Congreso.

Antes de formularla hemos de afirmar que el pueblo español, que sufre desde hace trece años las dramáticas consecuencias de una política internacional de cinismo y traición a la verdadera democracia, no sólo ansía la paz, y quiere liberarse para obtenerla, sino que no habrá fuerza capaz en el mundo de hacerle empuñar las armas contra aquellas ideologías y aquellos países que son los que, no sólo reconocen la justicia de nuestra causa, sino que han estado, están y estarán a nuestro lado y frente al régimen que todavía preside el primer Quisling que hizo su aparición en una Europa, que entonces quiso hacer creer a los pueblos que el Pacto de no intervención era un convenio para defender la paz de todos y la democracia republicana española. Los españoles denunciamos entonces que el pacto era la guerra en el mundo y el hundimiento de la democrática República española. Esto, nuestro pueblo, martirizado como ningún otro, no lo olvida, y por ello se equivocan quienes pretenden que en la guerra que los imperialistas preparan, los españoles han de marchar unidos a sus verdugos de dentro y a los que desde el exterior han hecho posible la supervivencia del régimen que Hitler y Mussolini, con la vergonzosa complicidad de las llamadas democracias liberales, implantaron en España.

Al pueblo español no hay que invitarle a que dirija sus armas contra los imperialistas que friamente preparan la guerra, porque sin necesidad de excitaciones está dispuesto a no luchar contra quienes por ser auténticamente demócratas defienden la paz. Por ello, proponemos que el Congreso adopte la siguiente moción:

1. El Congreso hace suya la declaración de la Asamblea de las Naciones Unidas que definió como totalitario y fascista el régimen que preside el general Franco, criminal de guerra.

2. El Congreso declara que el plazo prudencial que las Naciones Unidas se impusieron para dar comienzo a una acción consecuente con los principios por ellos adoptados, está agotado y que la acción ha de ser inmediata y ha de tener el alcance preciso para que resulte eficaz para la liberación del pueblo español, que no ha cesado de luchar por conquistarla.

3. El Congreso denuncia ante la opinión democrática de todos los países, no sólo la vergonzosa pasividad de los gobiernos, que, llamándose democráticos, prorrogan interesadamente, el régimen fascista español, sino las actividades ejercidas por esos gobiernos, o por ellos consentidas, cuando no sugeridas y estimuladas, para que, a través de conductos subterráneos lleguen empréstitos a las finanzas fascistas, Estados Mayores a la España de Franco para revalorizar al ejército fascista; material de guerra para las fuerzas que oprimen a todo un pueblo; animando con ello al último heredero de Hitler y

Mussolini, no sólo a reforzar su pretensión de tener un asiento en la Asamblea de las Naciones Unidas, sino a que proponga un Pacto Mediterráneo, que refuerce el del Atlántico del Norte, y en los cuales cree, y quizá con razón, que nadie tiene títulos mejores que los suyos para ser uno de los principales rectores.

4. El Congreso de la Paz afirma que todo Gobierno que colabore, directa o indirectamente, por acción u omisión, con el régimen español, da una prueba evidente de preferir la guerra a la paz, de preparar aquélla, y de ver en el fascismo un aliado deseable para combatir y someter a todos los pueblos al imperialismo que ha fraguado el Pacto del Altántico.

5. El Congreso de la Paz acuerda que una Comisión integrada por delegados de todos los países quede encargada de organizar el Día de la Democracia Española, para que en la fecha que se decida, en todo el mundo, se manifiesten los defensores de la paz en favor de la liberación del pueblo español y de la desaparición del régimen fascista de España.

Paris, 22 de abril de 1949.

POR LAS DELEGACIONES ESPAÑOLAS:

Manuel Sánchez Arcas; Manuel Martínez Risco; Salvador Bacarisse; José Quiroga Plá; Antonio Mije; Ignacio Hidalgo de Cisneros; Amaro Rosal; Daniel Anguiano; Federico Melchor; José Serrán; Luis Delage; Rafael Vidiella; Elisa Uriz; Angel Galarza; A. Otero Seco; J. Antonio Ramírez; Cecilio Palomares; Manuel Núñez Arenas; Enrique Lister; Luis Fernández; Margarita Abril; Anita Martínez; María González, F. Olmo de Lada; Bertrand Reis; Luis Azcárate; José Moix; José Fontbernat; Armand Obiols; Elfidio Alonso; María Román; Leonor Bornau.

MENSAJE DE SALUDO AL CONGRESO DE PARIS

Como españoles, como demócratas, como amantes de la humanidad, nos adherimos fervorosamente al Congreso Mundial de defensores de la paz, convocado en París por prestigiosos organismos y eminentes personalidades de diversos países, y recogemos la apelación que en su llamamiento se hace al deber de todos los hombres honrados y de todas las organizaciones democráticas de erguirse con resuelto espíritu y firme voluntad en defensa de la paz entre los pueblos.

Lo hacemos, especialmente, como españoles republicanos, con la mirada puesta en el destino de nuestra patria, convencidos como estamos de que el régimen franquista que la avasalla, sostenido y alentando como factor de guerra, ante la amenaza de ésta, no podría mantenerse en pie, falto de apoyo interior y exterior, en un mundo basado sobre la paz y la convivencia democrática de las naciones.

México, D. F., Abril 1949

José Giral, Honorato de Castro, Manuel Márquez, Wenceslao Roces, Mariano Ruiz Funes, Felipe M. Arconada, Tomás Bilbao, Adolfo Vázquez Humasqué, Pedro Carrasco, Arturo Mori, Moreno Villa, Ricardo Castellote, Arturo Souto, Bernardo Pizarro, Luis García Lago, Joaquín Arderius, Arturo Cortés, Urbano Barnés, Bibiano Ossorio Tafall, Trinidad Arroyo, Antonio Ramos Espinós, Manuel de Rivas Cherif, Manuel García Becerra, Antonio Pacheco, Víctor Basauri, José Carbó, Enrique Vega Trápaga, Rafael Guerra, Juan Rejano, León Felipe, Max Aub, Antonio Rodríguez Luna, José María Francés, Alfonso Pazos, Luis Salvadores, Emilia Elías, Navarro Costabella, José Diéguez, Rafael Trueta, Vicente Judez, Ricardo Vinós, Pedro Tomás Llinares, Francisco Matz, Félix Templado, Juan José Lastra, Antonio Espinosa, Antonio Ballesteros, Amalia Martín, Miguel Rengel, José Ignacio Mantecón, Julio Bejarano, Veneranda G. Manzano, Antonio Rallo, José Muni, Antonio Iturrioz, Juan Pedret, Gabriel Morón, Victoriano Rico, José Renau, Eduardo Serrano, Pedro Garfias, Vda. de Bagaría, Vicente Gaspar, Dionisio Nieto, (siguen las firmas hasta 2,700).

LA PAZ, LA CULTURA Y EL PUEBLO

Discurso pronunciado en la Conferencia Científica y Cultural de Paz de Nueva York

por DIMITRI SHOSTAKOVICH

HEMOS VENIDO AQUI de todo los puntos de la tierra, para unir nuestros esfuerzos en la lucha contra los instigadores de una nueva guerra, que amenaza a los pueblos con horrores sin cuento y envuelve el mayor de los peligros para todas las conquistas del pensamiento y la acción humanos, para la cultura, la civilización, la ciencia y el arte. Debemos levantar nuestra voz en defensa de la paz. Es evidente, para nosotros, que la lucha por la paz es la lucha por el progreso, por el trabajo creador, por la democracia, por el porvenir de la humandiad.

Millones de seres, en el mundo entero, siguen atentamente, animados por un doble sentimiento de alarma y esperanza, congresos como este a que asitimos. Con un sentimiento de alarma, ya que los manejos del puñado de enemigos del género humano que sistemáticamente maquinan una nueva guerra, son demasiado descarados, demasiado agresivos, para que nadie deje de percibirlos. Y con un sentimiento, al mismo tiempo, de esperanza, pues de nosotros, los intelectuales, los sabios, los artistas, los hombres públicos, depende en buena parte el que se cierre el paso a la guera, denunciando las fuerzas de agresión y asegurando la paz. Hay que reconocer, sin embargo, que, hasta hoy, no hemos sabido, ni mucho menos, desplegar nuestras fuerzas en la medida necesaria. Y el hacerlo es nuestro deber sagrado ante la humanidad y ante la historia.

Y no cabe duda de que nuestras fuerzas potenciales son gigantescas, ilimitadas, ya que la aplastante mayoría de la humanidad, todos los que trabajan y crean, sin distinción de sexo, edad, creencias, color o nacionalidad, están en contra de la guerra, quieren la paz.

Nuestra misión de intelectuales es, en la hora actual, importantísima. Debemos, con todas nuestras fuerzas, levantar la voz en pro de la causa de la paz, de la verdad y de la humanidad, por el porvenir de los pueblos. No tenemos, en estos momentos decisivos para la historia, derecho a permanecer al margen, dejándonos mecer por la engañosa ilusión de que estamos por encima de la vida, por encima de la lucha. Debemos, por el contrario, sumergirnos en la vida, única manera de poder influir en ella, de poder contribuir a marcarle rumbos. Debemos marchar al unísono con las fuerzas de progreso del mundo, en las primeras filas de los combatientes por la paz. Debemos participar en esta lucha con nuestro arte, con su contenido, con sus ideas, con sus imágenes, con todo lo que pueda el arte envolver de propósito, de orientación.

Los enemigos de la amistad entre los pueblos intentan por todos los medios dividirnos, sembrar entre nosotros la desconfianza y el recelo. Hay que oponer resuelta y enérgicamente a esta táctica, tan vieja como el mundo, la firme voluntad de unir las fuerzas de todos los intelectuales progresivos, de los cultivadores de las artes en el mundo entero. Es necesario que conozcamos la verdad los unos con respecto a los otros, para marchar juntos en defensa de la paz y de la democracia y asestar a los instigadores de la guerra golpes de los que no puedan rehacerse.

Considero como un deber hacer, ante este congreso de intelectuales progresivos, de representantes avanzados de las ciencias y las artes, un relato verídico y sincero de lo que es nuestra cultura soviética, de lo que es el arte de mi partia. Es indispensable hacerlo, para disipar las mentiras que los enemigos de la democracia difunden en torno al país del socialismo. Y es indispensable también para que nuestros amigos y colegas en el cultivo del arte sepan cuáles son los ideales creadores que guían a los músicos soviéticos en la lucha por la paz, por el progreso y la democracia.

Desde el 7 de noviembre de 1917, en que mi patria abrazó la senda de la edificación del socialismo, las artes en general, y en especial la música, han sufrido, en Rusia, grandes y profundas transformaciones. Por primera vez en la historia de la humanidad, asumía el Estado la responsabilidad en cuanto al desarrollo de la cultura musical del pueblo. Al frente de esta obra de edificación figuran las divisas del arte popular y democratico, dotado de gran fuerza social, llamado a educar a las masas, a elevar su nivel de cultura, su confianza, su capacidad creadora. El programa soviético de la edificación musical se inspira en la famosa declaración de Lenin: "El arte pertenece al pueblo. Sus raíces deben penetrar profundamente en la entraña misma de las masas trabajadoras. Debe ser comprendido y amado por estas masas. Debe unir y elevar el sentimiento, el pensamiento y la voluntad de estas masas. Debe despertar a los artistas que en ellas viven en potencia, y ayudar a desarrollarlos". Por este camino, la cultura musical ha alcanzado, en la Unión Sovitéica, un auge y una amplitud sin precedentes.

En el campo del arte moderno, y en particular en el de la música, se libra una reñida lucha entre dos concepciones artísticas del mundo. Una de ellas, la concepción realista, nace de una concepción armónica, veraz y optimista del mundo. Es ésta una concepción progresiva, que enriquece a la humanidad en valores espirituales. La otra es la concepción formalista. Damos este nombre a un arte que no se inspira en el amor al pueblo, que sólo se apasiona por la forma, que niega el contenido, un arte engendrado por una concepción patológicamente fal-

seada, pesimista, de la realidad, por la carencia de fe en las fuerzas y los ideales del hombre. Es una concepción del mundo reaccionaria y nihilista, que niega a la música su función de arma espiritual de la humanidad, y se traduce, de hecho, en la degeneración y la pérdida de la música, como categoría estética de lo bello. En esta negación por la música formalista moderna de las aspiraciones del gran público, en su desdén por todo lo nacional, asoman esos repelentes rasgos del cosmopolitismo indiferente a la suerte de su pueblo y de toda la humanidad, esa degeneración y ese vacío propios de una seudocultura privada de sustancia popular y nacional.

He aquí por qué llamamos a los músicos progresivos del mundo a unirse a las posiciones del realismo fuente del arte democrático, la única capaz de restaurar los derechos del arte como cantera de creación de obras valiosas desde el punto de vista estético, que sean al propio tiempo, útiles, veraces y nobles para la sociedad.

Millones de hombres, y con ellos los músicos progresivos del mundo, se pronunciarán en contra del formalismo, a poco que se paren a meditar acerca de los problemas y los deberes del músico moderno. La lucha contra el formalismo es la lucha por la verdadera emancipación de las fuerzas musicales creadoras, por un nuevo florecimiento de la música.

Continuando y desarrollando las tradiciones de los clásicos, el arte realista moderno llegará a ser todavía más variado y más rico que lo fué el arte realista de épocas anteriores.

No me gustaría que se viera ni siquiera un asomo de infatuación en las ideas que voy a expresar acerca de mi propia obra, de mis intentos y aspiraciones. Si en el pasado he podido obtener algunos éxitos con ciertas obras mías, estoy persuadido de que ha sido por haber sabido mantener en ellas el contacto interior con la vida de mi pueblo. Puedo aseguraros, desde luego, que me he esforzado por plasmar, en esas obras mías, grandes ideas humanas, progresivas, basadas en la afirmación de la vida, por encontrar un lenguaje cuya fuerza expresiva tenga un significado universal.

Por el contrario, cuando me apartaba de los grandes temas y las grandes imágenes de los tiempos modernos, como lo he hecho, principalmente, en mis obras posteriores a la guerra, perdía el contacto con el pueblo y me hundía en el fracaso; creaba obras que sólo encontraban eco en un reducido círculo de músicos refinados y ante ellas permanecían indiferentes los grandes sectores del pueblo.

¿Podía el pueblo contemplar sin preocupación cómo los artistas de quienes esperaba grandes y fecundas obras, grandes victorias creadoras, se hundían en un mundo de sentimientos mediocres, mezquinamente subjetivos, individualistas? Todos recordais la célebre resolución del Comité Central del Partido Comunista de la U. R. S. S. sobre los problemas de la música, en la que se condenan las manifestaciones de formalismo en la música soviética y se invita a los compositores a luchar por el realismo, por la profundidad del contenido, por el contacto con el pueblo, por la riqueza y la claridad de las formas. Esa resolución ha sido el fruto y la expresión de las preocupaciones del pueblo. Para mí, como para la mayoría de los compositores, esa llamada de atención del pueblo ha representado una etapa extraordinariamente importante en el desarrollo de mi obra. Y confío en que mis esfuerzos para encontrar grandes temas y un lenguaje musical sin errores se harán sentir en mis próximas obras. El éxito de la música compuesta por mí para la película titulada *La Joven Guardia*, me ha llenado de satisfacción.

Debo deciros también que, en el curso del año pasado, en que las posiciones del realismo de la música soviética y de su contacto con el pueblo se han afianzado, los compositores de mi país han obtenido ya importantes éxitos. Se han revelado nombres nuevos de jóvenes de talento, pletóricos de vida en sus exploraciones, Nuevas obras sinfónicas, cantatas y oratorios, obras nuevas de música de cámara anuncian ya los primeros éxitos en la plasmación de nuevos e importantes temas, temas vivos, sacados del humanismo de la vida moderna, y en la creación de un nuevo lenguaje musical, rico, claro y melodioso.

El campo de los luchadores del realismo en la música crecerá y se fortalecerá de día en día, podéis estar seguros de ello. Los músicos debemos, con todas las fuerzas de que seamos capaces, estimular en el pueblo la fe en la razón y en las luces, en la belleza y la grandeza del hombre. Debemos enfrentar un arte humanista de vanguardia a los manejos de la reacción, que trata de sembrar el veneno de la discordia en las filas del género humano, que calumnia al hombre, que presenta el mundo como un páramo y al hombre como una bestia impulsada por los resortes de la ferocidad y el odio.

Fortalezcamos nuestra amistad, la amistad de los intelectuales progresivos. Unidos, seremos invencibles. Sabremos cumplir con nuestro deber cívico y poner en pie la conciencia de las masas populares contra la guerra y el bárbaro fanatismo. Debemos obligar a los instigadores de guerras a batirse en retirada, a renunciar a sus planes. Los pueblos no les seguirán jamás.

¡Unamos a las voces animosas de los pueblos la hermosa y potente voz de nuestro arte, por la paz y por la democracia!

Sin olvidar un solo instante el peligro de guerra, denunciaremos con perseverancia a las fuerzas que atizan los odios entre el género humano, poniéndonos por todos los medios al servicio de la paz y del progreso. Nuestra lucha por la paz, la vida y la dignidad humana, contra la guerra, la muerte y la barbarie, debe aglutinar y consolidar nuestras fuerzas, sirviendo con ello a la causa del auténtico renacimiento y florecimiento del arte musical de nuestra época.

LA LUCHA POR LA PAZ Y LA LIBERACION DE ESPAÑA

por WENCESLAO ROCES

NO CREEMOS QUE PUEDA haber para los intelectuales y los hombres de la cultura atentos a los destinos del mundo, como, en general, para el hombre de hoy, deber más apremiante que el de la lucha de los pueblos por la paz contra las fuerzas imperialistas, maquinadoras de una guerra de agresión. Del desenlace victorioso de esta lucha, ya empeñada a fondo, dependen, con la vida y la suerte enteras de la humanidad, las de su cultura.

Dependen, ya desde hoy, la función de la cultura y de la ciencia y la misión del intelectual. Las potencias instigadoras de la guerra, en el campo del imperialismo gobernado por los grandes *trusts*, tienden sistemáticamente a colocar esas fuerzas creadoras al servicio de la guerra y de la propaganda de ella. Los intelectuales más conscientes y más progresivos se rebelan contra esta servidumbre, que representa la negación misma de la cultura y de su porvenir; unen certeramente, sus esfuerzos a la lucha de las fuerzas del socialismo, de la auténtica democracia y de los pueblos y a la de la cultura y la intelectualidad específicas de esas fuerzas.

La lucha por la paz no es, en el mundo de hoy, otra cosa que la continuación, bajo nuevas condiciones y modalidades, de la gigantesca batalla sostenida por la humanidad y sus fuerzas de progreso contra el fascismo y los poderes de la reacción internacional que lo auparon al poder y lo alentaron en su dominación. Quienes de mala gana, empujados sobre todo por el espectro de la concurrencia, aceptaron la guerra contra Hitler, toman ahora, desaforadamente, la iniciativa en la maquinaria de una pretendida guerra agresiva contra quienes garantizaron el aplastamiento del nazismo: contra la Unión Soviética, las nuevas democracias y los pueblos todos. La violación por los gobiernos yanqui-británico de los acuerdos de Yalta, Potsdam y San Francisco, que garantizaban la colaboración de las naciones después de la victoria sobre el fascismo, ha venido a rubricar la división del mundo en los dos grandes campos políticos de la democracia y el imperialismo, magistralmente señalada y analizada por Jdanov, en su informe de septiembre de 1947.

La previsión certera de este gran dirigente está viéndose confirmada por la realidad. Las fuerzas del campo democrático, cobran conciencia de su poderío; se organizan y luchan, seguras de que, poniendo en activo su gigantesco potencial, la victoria, garantizada por ellas, será de la humanidad.

Luchan las fuerzas del socialismo, de la democracia y de los pueblos por el gran objetivo que, hoy, lo condiciona y lo decide todo: la paz democrática, firmemente asentada sobre la victoria impuesta al fascismo. Y en esta lucha, de la que son espina dorsal, con la potencia invencible de la U.R.S.S. y el creciente poder de las nuevas democracias, la clase obrera y sus partidos y organizaciones, ocupan un lugar prominente los intelectuales progresivos de todos los países.

Quienes fueron a la guerra pasada, no para eliminar del mundo al fascismo, sino simplemente para desembarazarse de un peligroso competidor en las lides de intereses imperialistas, querrían que todos los sacrificios y sufrimientos de los pueblos hubiesen sido en vano o, mejor aún, puntales para afianzar su régimen tambaleante. Se consideran defraudados ante la marcha de las cosas. Sueñan, incluso, con restaurar sobre nuevas bases el régimen fascista, recogen cuidadosamente y tratan de ensamblar a su propio servicio los restos de su irremediable naufragio. Arropan y alientan a los generales, "caudillos", industriales y cabos de vara del fascismo arrojados por la tormenta a las playas del imperialismo y ansiosos de preparar la "revancha" bajo los nuevos amos. Se apropian descaradamente las des-

garradas banderas ideológicas de Hitler. Y agitan también sin el menor recato, escandalosamente, como arma de intimidación y de terror contra un mundo que apenas empieza a reponerse de la última matanza desencadenada por el fascismo, lo que es la *suprema ratio* de los grandes enemigos de la humanidad, cuando la crisis insuperable de su régimen les cierra los horizontes la amenaza, la maquinación y la sistemática preparación de una guerra de exterminio.

Pero, esta guerra, cuya psicosis atizan diariamente y en cuya preparación técnica laboran sin descanso los círculos imperialistas —¿para qué, si no, el llamado Bloque Occidental, para qué el Pacto del Atlántico?— no es solamente la más tremenda de las amenazas contra la vida misma de la humanidad: es ya, hoy, una pavorosa realidad, que pesa desastrosamente sobre la suerte del mundo. La política de guerra, criminalmente sostenida por el imperialismo representa ya, en la actualidad, una carga de desastres y de miseria para los pueblos encadenados a ella. Les impide consagrar sus mejores energías a las grandes tareas de reconstrucción, de progreso, de bienestar y de cultura planteadas por el triunfo sobre el fascismo. Representa para los grandes magnates monopolistas fabulosas ganancias, pero impone a las naciones situadas en el campo de la dominación imperialista o dentro de su zona de influencia el hambre, la mseria y la ruina. Y, en el terreno de las instituciones, atentados cada vez más descubiertos contra la soberanía y la independencia de los países débiles, convertidos en tributarios de la gran potencia imperialista, los "administradores" de cuya "ayuda" vienen a ocupar así, dentro de esos países sojuzgados por el hambre, la prepotente posición de los *gauleiters* o procónsules del fascismo.

Por eso, el camino de la lucha por la paz es hoy el camino de la lucha por la democracia y por los vitales intereses de los pueblos. Es la encrucijada de los grandes y decisivos caminos del mundo de hoy y hacia el mundo de mañana. Para las fuerzas criminales instigadoras de la guerra, la maquinación de ésta, el sostenimiento y la incubación de un clima de guerra por todos los medios de la propaganda sincronizada desde los grandes *trusts* y del terror policiaco de marchamo fascista, son el apuntalamiento de un régimen social que se derrumba. Para los pueblos y para todas las fuerzas de progreso de la humanidad, la defensa de la paz es la afirmación, de su seguridad combatiente y activa en el futuro.

Para nosotros, españoles, la lucha por la paz se halla indisolublemente unida, hoy, a la lucha por la liberación de España. Los poderes maquinadores de la guerra son los que apoyan y sostienen a Franco en el plano internacional y prolongan la vida de su régimen, irremisiblemente condenado dentro de España por su bancarrota, por sus crímenes, por su fracaso rotundo, y sobre todo por el odio y el heroismo inabatible del pueblo español. Las fuerzas de la paz son, por el contrario, las aliadas inquebrantables de nuestro pueblo, la fuente viva y fecunda de la solidaridad con su lucha.

El clima de guerra, sistemáticamente alentado por los instigadores de ella, es el oxígeno —materializado en vergonzantes dólares y vergonzosas ayudas efectivas— que alarga la irremediable agonía del franquismo, conservándole todavía una mortecina razón de vida como posible "División Azul" de una posible nueva "Reichswehr" nordatlántica contra la Unión Soviética, las nuevas democracias y los pueblos. La lucha por la paz, por una convivencia democrática entre los países acorrala al fascismo franquista como al apestado del mundo victorioso sobre el fascismo, cuya supervivencia hace que esta victoria no sea total, y mantiene, encendido, uno de los más peligrosos focos de guerra antidemocrática.

En la alentadora victoria que la causa de España ha logrado últimamente ante la Asamblea de las Naciones Unidas ha quedado bien patente, una vez más, quiénes son los amigos y quiénes los enemigos del pueblo español, los sostenedores y los adversarios de su liberación. Esta victoria de España, este nuevo y poderoso golpe asestado contra Franco, no ha sido precisamente la obra de los "abstencionistas", ni la de los capituladores prietistas y adláteres que, horas antes, lo daban todo por perdido y exaltaban —tan seguros de ello como el propio Franco— la consagración "definitiva" del fascismo español por la O.N.U.

Esta gran victoria es, en primer lugar, la del heroismo y la resistencia del pueblo español. Y, a la par con ello, la de los gran-

des, leales e inquebrantables adalides de su causa en el plano internacional: La Unión Soviética, Polonia y las nuevas democracias. "Las Naciones Unidas" —dijo Gromyko, en su memorable discurso de 7 de mayo— "tienen el deber de poner fin a la política de sostenimiento del régimen franquista en España" —política cuyos sostenedores, los círculos reaccionarios de EE.UU. e Inglaterra, denunciara "con la lógica irrefutable de los hechos" a lo largo de su discurso—. Pero, deben llegar a más, añadió: contribuir "a la victoria de la democracia en España y asegurar al pueblo español el puesto que le corresponde en la Organización de las Naciones Unidas". He ahí la voz y he ahí la acción que explican, fundamentalmente, este importante triunfo que la causa de la España republicana acaba de conseguir.

La voluntad de los pueblos cuenta —¿qué duda cabe?—, en el seno de la O.N.U. y en la marcha del mundo, a condición de que esa voluntad, que es poderosa, sepa hacerse valer. La voluntad de los pueblos, favorable a la causa de España, resplandece en la digna y consecuente actitud de gobiernos como los de México, Guatemala y otros países que en Lake Success nos apoyaron. Y en otros casos, como singularmente en el de Cuba, la vigorosa lucha del pueblo en favor de la República española ha servido para neutralizar la presión del imperialismo, mediante el expediente "táctico" de la ausencia a la hora de votar. En cuanto al hipócrita "abstencionismo" de los grandes corifeos imperialistas, a ningún republicano español se le puede ocultar que fueron ellos quienes entre bastidores llevaron la batuta del coro de gobiernos reaccionarios movilizados a favor de Franco obedientes, en esto como en todo, a las órdenes de sus amos.

El resultado de la asamblea de la O.N.U. es, para los republicanos españoles, una gran enseñanza y una gran apelación al deber. Para quienes aún no lo viesen claro, ha venido a demostrar una vez más, bien palmariamente, quiénes son los verdaderos fiadores internacionales de nuestra causa. Y plantea ante nosotros todos el requerimiento de reforzar sobre bases firmes nuestra unión en torno a las fuerzas que jamás flaquean en la ayuda a la liberación de España.

Por eso, los republicanos españoles no podemos estar, ni lo estamos, ausentes de la gran batalla que esas fuerzas tienen empeñada por la paz.

La lucha por la paz es, hoy, la lucha por la democracia del mundo. Es, por ello mismo, una de las formas más efectivas de lucha contra el régimen franquista, incompatible con el mundo que combate por esa paz, el cual sabe muy bien que jamás llegará a ser una realidad sin una España republicana, dueña de sus destinos y definitivamente recuperada para la democracia.

Las grandes victorias logradas en el camino de la lucha por la paz son también victorias del pueblo español, a las que éste ha contribuído en no pequeña parte con su inmenso caudal de heroismo desde el 18 de Julio hasta hoy y de las que mucho tiene que esperar para su liberación.

Desde que, en agosto del pasado año, empezó a organizarse, con el Congreso de Intelectuales celebrado en Wroclaw, el poderoso movimiento de los pueblos por la paz, la causa de España ha estado, en todo momento, presente en él, ocupando el plano primordial que le corresponde. Y, como españoles republicanos, como luchadores por la liberación y la democracia de España, debemos sentirnos esperanzados por los avances formidables de la gran lucha por la paz, tomada resueltamente en sus manos por los pueblos y por los gobiernos que representan genuinamente la voluntad de sus pueblos. Pues esa lucha es la nuestra, y sus victorias derrotas importantes asestadas al régimen franquista y a las fuerzas exteriores que lo apoyan.

El Congreso de Wroclaw, después de escuchar la voz autorizada del Dr. don José Giral aclamó la causa de la República española denunció al fascismo franquista como peligroso foco de guerra y acordó, por unanimidad, dirigirse a la O.N.U. exigiendo, como condición esencial para la defensa de la paz, "el aislamiento económico, cultural y moral del régimen franquista y una política consecuente y efectiva de ayuda para quienes luchan, en España, por la soberanía y la democracia para su patria y por las libertades del mundo". Y el acuerdo allí tomado fué prontamente cumplido por el Comité permanente elegido en el Congreso.

De Wroclaw para acá, el movimiento mundial de lucha por la paz cimentada sobre la democracia ha dado pasos gigantescos y co-

brado extraordinarias proporciones. El Congreso mundial de Partidarios de la Paz, celebrado en París en la última decena de abril, ha constituído la más formidable afirmación de la voluntad de los pueblos de asegurar la paz como camino para el afianzamiento de la democracia y para el porvenir de libertad y de progreso de la humanidad. Ha sido, bien puede afirmarse, una movilización de fuerzas sin precedente en la historia de las luchas de los pueblos, por su gigantesco volumen, por la claridad y firmeza de sus objetivos, por la claridad en la denuncia de las fuerzas que conspiran contra la paz y la democracia, por la inquebrantable decisión de luchar contra ellos y por las formas certeras y concretas encontradas para dar a esta lucha una base permanente y efectiva.

Dos mil quinientos delegados, representando a setenta y dos países y expresando la voluntad de seiscientos millones de seres de todas las latitudes y creencias, se congregaron en el Congreso de París y en la asamblea complementaria de la ciudad de Praga, donde la democracia popular checoslovaca ofreció hospitalidad a las delegaciones que vieron bloqueado su camino hacia Francia, por gobernantes tributarios del imperialismo.

Correspondió al Comité permanente surgido del Congreso de Intelectuales de Wroclaw el gran honor de convocar, juntamente con la Federación Democrática Internacional de Mujeres, la histórica asamblea de París. Pero ésta, a diferencia del Congreso de Wroclaw y recogiendo la gran idea allí proclamada, fué ya la afirmación de voluntad de los pueblos todos, en su conjunto, con la clase obrera y las más importantes organizaciones democráticas internacionales a la cabeza, y, en torno suyo, cuanto representa a la humanidad creadora, trabajadora y progresiva del mundo de hoy.

La firme decisión de los pueblos de luchar por el afianzamiento de la democracia y de no empuñar jamás las armas en una guerra contra los más firmes puntales de esta democracia, contra la Unión Soviética, los regímenes de voluntad popular cimentados en la victoria sobra el fascismo y contra los pueblos mismos, decisión expresada en meses anteriores por la voz de los más caracterizados representantes de la clase obrera y de sus Partidos Comunistas en diversos países, ha sido clamorosamente ratificada en el Congreso de París por la voluntad de las grandes masas.

Pero, el Congreso de París no se limitó a proclamar esta inequívoca voluntad. Expresó, con ella, su decisión inquebrantable de luchar por su realización y estableció las formas y los métodos necesarios para conseguirlo, combatiendo contra las fuerzas instigadoras de la guerra, con la clara conciencia de que la voluntad de los pueblos, organizándose y actuando, es más poderosa que el puñado de los grandes criminales contra la humanidad, por muy fuertes que éstos sean. Los mandatarios de los pueblos reunidos en París no se congregaron, como hubo de decir el Presidente del Congreso, al inaugurar sus tareas, "para suplicar la paz, sino para imponerla contra los promotores de la guerra".

Los grandes problemas de que hoy pende el destino de los pueblos y que llevan envuelta la amenaza de una nueva guerra aniquiladora y la realidad de la miseria y la servidumbre para muchos países, fueron certeramente planteados y resueltos en el Congreso de París, denunciados los factores contra los que los pueblos deben luchar, en coordinada acción, para desembarazar el camino de la independencia nacional, de la democracia y del progreso. El discurso inaugural de Frédéric Joliot-Curie, presidente del Congreso y uno de los más altos exponentes de la ciencia y la cultura de hoy, puestas al servicio de los pueblos, es un claro guión de los objetivos de esta gran lucha y, en no pequeña parte, un certero programa de las aspiraciones de los mejores intelectuales del mundo en su acción por una cultura libre dentro de una sociedad liberada.

La voz de los intelectuales soviéticos, adelantados de ese mundo de la cultura del mañana, que para ellos es ya una realidad de hoy, la llevó en el Congreso de París el escritor Alexander Fadeiev, como lo hiciera antes en Wroclaw, trazando un cuadro de problemas y de actividades valedero para los intelectuales progresivos todos. En este informe de París, como en el que antes pronunciara en el importante Congreso Científico y Cultural por la Paz, celebrado en Nueva York, Fadeiev llamó apremiantemente a los deberes de la intelectualidad identificada con su pueblo en la lucha por la paz

y por la democracia y, muy especialmente, al de salir al paso de quienes, sembrando concepciones de pesimismo sobre el destino del hombre, nacidas de la descomposición de una sociedad y una cultura en trance de muerte, alientan los más bajos instintos de la bestialidad y degradan, con ello, la elevada misión del espíritu, para convertirlo en un arma más de guerra y al servicio, casi siempre consciente y retribuido, de las potencias de la guerra.

En su manifiesto al mundo, el Congreso mundial de Partidarios de la Paz declara constituido "el frente universal por la defensa de la verdad y la razón, que luchará por reducir a la importancia la propaganda destinada a preparar a la opinión pública para la guerra". He aquí una gran tarea, una cantera grandiosa de trabajo y de creación, para los intelectuales conscientes de los deberes de su tiempo.

Ya el llamamiento final del Congreso de Wroclaw apelaba a la "grande y noble responsabilidad" de los intelectuales de todo el mundo y los exhortaba a hacer oír su voz "en defensa de la paz, del libre desarrollo cultural de los pueblos, de su independencia nacional y de su fraternal cooperación".

El manifiesto de París proclama que "el Congreso de la paz de partidarios de la Paz ha demostrado pública e irrefutablemente que los pueblos, abandonando actitudes pasivas, están resueltos a tomar una parte activa y constructiva en los acontecimientos". Declara que "la defensa de la paz es la causa de todos los pueblos", "decididos a ganar la batalla de la paz, que es la batalla de la vida".

Uno de los pueblos por cuya vida se ha librado una gran batalla victoriosa en el Congreso de París es el nuestro, el español. La paz que allí se ha jurado defender, la paz democrática de los pueblos, forjada con la sangre de éstos en la guerra y en la victoria contra el fascismo, la paz de la liberación de la humanidad, no es, para España, la lucha contra el peligro de una nueva guerra: es la lucha por el término victorioso de la guerra real y presente que el pueblo español viene sosteniendo sin tregua desde hace trece años. Para triunfar en ella necesita de la solidaridad de las grandes fuerzas de la democracia internacional. Las más conscientes de su deber jamás se la han regateado. Y el Congreso mundial de Partidarios de la Paz, con una clara visión de este problema como de todos, se ha juramentado para que este apoyo se acreciente y vigorice, en la etapa final de la liquidación de un enemigo que representa una amenaza para la democracia mundial entera.

La causa de España estuvo ampliamente representada en el Congreso de París. Dos mil setecientos españoles y treinta y cinco organizaciones republicanas de México enviaron al Congreso un mensaje de saludo y hacia él confluyeron decenas de millares de adhesiones de todos los países en que hay núcleos importantes de nuestra emigración. Un nutrido grupo de delegaciones de nuestros medios antifascistas más sensibles, llevó al Congreso de Partidarios de la Paz la voz viva y auténtica del pueblo español en lucha y encontró la identificación clamorosa de los pueblos todos del mundo con sus aspiraciones y la promesa decidida de sostenerlas y apoyarlas.

La moción presentada por las delegaciones españolas y unánimemente aprobada por el Congreso proclama de un modo certero la voluntad del pueblo español, cuando expresa que "no habrá en el mundo fuerza capaz de hacerlo empuñar las armas contra aquellas ideologías y aquellos países que son los que, no sólo reconocen la justicia de nuestra causa, sino que han estado, están y estarán a nuestro lado y frente al régimen que todavía preside el primer Quisling" de Europa.

En su tercer punto, la citada moción —y, con ella, el Congreso, al hacerla suya— "denuncia ante la opinión democrática de todos los países, no sólo la vergonzosa pasividad de los gobiernos que, llamándose democráticos, prorrogan interesadamente la vida del régimen fascista español, sino las actividades de esos gobiernos, o por ellos consentidas, cuando no sugeridas y estimuladas, para que, a través de conductos subterráneos, lleguen empréstitos a las finanzas fascistas, Estados Mayores a la España de Franco para revalorizar al ejército fascista y material de guerra para las fuerzas que oprimen a todo un pueblo".

El Congreso de la Paz ha acordado, por iniciativa de las delegaciones españolas, organizar el Día de la Democracia Española, como jornada internacional de manifestación

de voluntad y de lucha de todos los pueblos del mundo por el derrocamiento del franquismo y la liberación de España.

Las delegaciones de los dieciseis países de América presentes en el Congreso de París —incluyendo las de Estados Unidos y el Canadá— suscribieron una declaración pública, condenando al régimen franquista como "evidente peligro de guerra", afirmando su "voluntad de alentar y movilizar la opinión de cada país" para "impedir la entrada de la representación franquista en la O.N.U." y "reiterando su solidaridad" a la lucha libertadora del pueblo español, considerada como heroica lucha en favor de la paz y en contra de los servidores del imperialismo, maquinador de la guerra.

El revés asestado en la última asamblea de la O.N.U. a las pretensiones de Franco y de sus padrinos revela que esa solidaridad de los pueblos con la lucha del pueblo español rinde sus frutos. Pero, al mismo tiempo, obliga a los dirigentes y organizaciones responsables de los pueblos, sobre todo en América, a redoblar sus esfuerzos de solidaridad con la España republicana. Del mismo modo que exhorta a los republicanos españoles —ya lo decíamos— a ponerse en mejores condiciones de reclamar y obtener esa preciosa solidaridad que a su pueblo le es debida.

El movimiento de lucha por la paz empieza a sentar también sus jalones de organización en el seno de la emigración republicana española, sobre las bases establecidas en el Congreso de París y en estrecha coordinación con la gran causa de la liberación de España.

La creación, en México, de la "Comisión Republicana Española para la Defensa de la Paz", presidida por don José Giral y formada por personas de la más diversa significación en el campo republicano, constituye un magnífico ejemplo y un gran paso en este camino. En su declaración de constitución, proclama la citada "Comisión Republicana", con todo acierto: "Las fuerzas de los pueblos organizadas en la lucha por la paz son la más firme garantía de solidaridad y ayuda, jamás desmentidas, hacia la causa de la República española. Del mismo modo que las fuerzas instigadoras de la guerra, contra las que esta lucha va enderezada, constituyen hoy el último intento de apuntalamiento del régimen de Franco".

Es así cómo la causa de la liberación, de España se sitúa certeramente dentro de la realidad en que está planteada la lucha entre los dos campos políticos del mundo de hoy, asegurando para el pueblo español el apoyo y la solidaridad de quienes son sus fieles aliados, los poderes de la paz y la democracia, y no reforzando, con vergonzosas maniobras entreguistas, con desmayos capituladores o con desorientaciones cada día menos justificadas, la acción de las fuerzas reaccionarias internacionales, cuya política no ha sido nunca ni es, hoy, otra que la de la ayuda, unas veces descarada y otras embozada, al fascismo franquista, en su odio y en su miedo contra la verdadera democracia y el futuro de los pueblos y de la humanidad.

EL INTELECTUAL EN LA ENCRUCIJADA

por GEORG LUKACS

MUCHOS ESPERABAN que, al terminarse la guerra, el aplastamiento del hitlerismo trajese como obligada consecuencia la extirpación de la ideología fascista. Pero el espectáculo a que asistimos, desde el final de la guerra, sobre todo en la Alemania occidental, demuestra que la reacción anglosajona está dispuesta a mantener y desarrollar incluso las bases económicas y políticas para la restauración del fascismo hitleriano. Y, como es natural, esto repercute sobre el campo ideológico. De aquí que la ideología del hitlerismo no se haya relegado todavía al plano de los problemas históricos, sino que siga siendo un problema actual.

Si nos remontamos a los orígenes de la ideología fascista, fácilmente nos daremos cuenta de cuán grande es la responsabilidad que a los intelectuales les cabe en el nacimiento de esa ideología. Desgraciadamente, las honrosas excepciones son muy contadas.

Sería bueno que los que se llaman gentes prácticas no desdeñasen los problemas ideológicos. Me limitaré a poner un ejemplo. Sabemos perfectamente bien que la política de Hitler tenía que conducir, de la mano de una férrea necesidad, a los horrores de Auschwitz, Maidanek, etc. Pero, no debe perderse de vista tampoco que, entre los factores sin los cuales no habrían sido posibles estas monstruosidades, desempeñó importante papel la campaña sistemática ejercida sobre los espíritus para minar la convicción de la *igualdad de todos los hombres*. No cabe duda de que a Hitler le habría sido mucho más difícil llevar a cabo su bestialidad organizada contra millones de seres si no hubiese conseguido hacer que arraigase en una parte muy considerable del pueblo alemán el convencimiento de que no debía considerarse, "en realidad", como tal hombre, como verdadero ser humano, a quien no fuese "racialmente puro".

Es solamente un ejemplo entre muchos. Hora es ya de que se comprenda que ninguna ideología reaccionaria, o simplemente antiprogresiva, puede considerarse *inocua*. Muchos de nosotros recordamos todavía muy bien aquellos ensayos académicos en que ciertas plumas "distinguidas" hacían la crítica de la creencia "vulgar" en la igualdad de los hombres o analizaban desdeñosamente los postulados del progreso, de la razón, de la democracia, etc. De un modo activo o en un plano receptivo, la mayoría de la intelectualidad tomó parte en este movimiento crítico. Al principio, vieron la luz unos cuantos libros esotéricos y una serie de ingeniosos ensayos acerca de este tema; poco a poco, los libros y los ensayos fueron convirtiéndose en una ofensiva de cientos de artículos de periódico, folletos, transmisiones de radio. Hasta que, por último, vino Hitler y extrajo del contenido reaccionario de estas charlas de café y de salón, de estos ensayos literarios y de estas conferencias universitarias, cuanto podía ser útil para su demagogia oratoria. Difícilmente encontraremos en Hitler una sola palabra que no fuese pronunciada antes, "con mayor altura", por Nietzsche o por Bergson, por Spengler o por Ortega y Gasset.

DE NIETZSCHE A HITLER, PASANDO POR HEIDEGGER

ES absolutamente necesario, por tanto, y los intelectuales progresivos tienen aquí una importante misión, desenmascarar toda esta ideología en sus representantes más "distinguidos"; demostrar cómo estas premisas tenían necesariamente que desembocar, por la fuerza de la necesidad histórica, en la ideología del fascismo. Demostrar que de Nietzsche a Hitler, pasando por Simmel, Spengler, Heidegger, etc., el camino es derecho y consecuente; y que también los Bergson y los Pareto, los pragmáticos y los románticos, los Berdiaev y los Ortega y Gasset, contribuyeron a crear la

atmósfera intelectual de la que había de nutrirse abundantemente la ideología fascista.

Por consiguiente, también en el campo ideológico, tenemos que destacar el papel dirigente de Alemania en el desarrollo de la ideología reaccionaria que tantos estragos ha causado hasta aquí; pero, esta lucha decisiva contra la ideología imperialista alemana no debe llevarnos a perder de vista o disculpar a los irracionalistas, a los enemigos del progreso, a los aristócratas ideológicos de otros países. Y conviene, asimismo, tener bien presente que la nueva reacción a cuyo desarrollo asistimos no sigue, incondicionalmente, la misma ruta que la pasada.

Huelga decir que la esencia general de toda reacción, en el período del imperialismo, es siempre la misma: las ambiciones de dominación del capital monopolista y el peligro constante de que conduzcan a dictaduras fascistas y a guerras mundiales (dirigidas con la misma brutalidad de opresión y destrucción, por lo menos, que las encabezadas por Hitler). Pero, de esto no se desprende, ni mucho menos, que el nuevo fascismo intente abrirse paso, necesariamente, sobre todo en el campo ideológico, sin más que copiar al pie de la letra los métodos hitlerianos. Ya la situación actual nos revela rasgos ideológicos no sólo distintos, sino incluso antagónicos. Téngase en cuenta que, mientras que la agresión pasada provenía de imperialismos que se consideraban postergados en el reparto del mundo, la amenaza de la nueva agresión tiene su foco en un poderoso imperialismo, ávido de redondear la dominación del mundo que, hoy, sólo ejerce a medias. Y su acción se ve secundada por otros imperialismos que, sintiendo amenazadas o puestas en tela de juicio sus esferas mundiales de dominación, marchan detrás de los EE.UU. en la esperanza —objetivamente fallida— de mantener, consolidar y, si posible fuere, desarrollar sus posiciones anteriores.

Los rasgos generales del imperialismo quedan en pie, naturalmente: sus aspiraciones siguen representando la negación de los intereses de su propio pueblo y la peor de las amenazas contra los pueblos amantes de su libertad. Y este antagonismo de intereses, la necesidad en que se hallan los imperialismos agresivos de oprimir conjuntamente a sus propios pueblos y a los extraños y de movilizar —demagógicamente— a las masas de sus propios pueblos para el nuevo reparto del mundo, para la nueva guerra mundial, ponen de manifiesto la necesidad intrínseca de la política fascista interior y exterior, cuyos contornos son ya hoy claramente visibles.

REACCION CON NOMBRE DE "DEMOCRACIA".

TODO parece indicar que esta nueva etapa de desarrollo del imperialismo no exhibirá, como la anterior, el nombre de "fascismo". Y tras la nueva nomenclatura se esconde un nuevo problema ideológico: el imperialismo "hambriento" de los alemanes condujo a un *cinismo nihilista* que rompía *abiertamente* con todas las tradiciones humanitarias. En cambio, las corrientes fascistas que se están gestando en los EE. UU. recurren al método de la *hipocresía nihilista:* destruyen la soberanía interior y exterior de los pueblos en nombre de la "democracia"; oprimen y explotan a las masas en nombre de la "humanidad" y de la "cultura".

Pongamos otro ejemplo. Para movilizar demagógicamente a sus masas por aplastamiento de la democracia y el progreso, del humanismo y la cultura, Hitler necesitó construir una teoría racial propia, apoyándose para ello en Gobineau y Chamberlain. La tarea de los imperialistas norteamericanos es más cómoda: a ellos les basta con *universalizar* y *sistematizar* su antigua práctica de discriminación racial con respecto a los negros. Y, como esta práctica, sigue haciéndose, hasta hoy, "compatible" con la ideología que presenta a los EE. UU. como los campeones de la democracia y el humanismo, estos dos factores, combinados, permiten crear la ideología de la hipocresía nihilista que hoy se despliega ampliamente, con ayuda de todos los recursos demagógicos. Quien siga atentamente las vicisitudes de la mejor intelectualidad progresiva en los EE. UU., puede darse clara cuenta de cuál es la rapidez con que avanza aquel proceso de universalización y sistematización de que hablamos. Por lo demás, ya un escritor tan moderado como

Sinclair Lewis había puesto de manifiesto hace mucho tiempo, en su novela *Elmer Gautry*, el desarrollo y la generalización de estos métodos.

Lo que aquí tenemos ante nosotros no es, naturalmente, más que la forma pura y abstracta del nuevo fascismo. Su desarrollo real discurre, a veces, por caminos más complicados, sobre todo en países como Francia e Inglaterra, donde es mucho más difícil la situación interior de la reacción imperialista. Pero, basta con fijarse —volviendo a los problemas ideológicos— en el existencialismo de Sartre, para darse cuenta de que el intento de poner el descarado nihilismo del prefascista Heidegger a tono con los problemas de hoy obliga a sustituir los métodos del cinismo por la tortuosa senda de la hipocresía.

O fijémonos en el caso de Toynbee. Su obra es el más sonado éxito de la filosofía de la historia, desde Spengler. Toynbee investiga el desarrollo y la decadencia de todas las culturas. Llega al resultado de que lo que influye en este proceso no es el dominio del hombre sobre las fuerzas naturales ni son tampoco las condiciones sociales. Se esfuerza, asimismo, en demostrar que todos los intentos que puedan hacerse para influir por la fuerza en la marcha del desarrollo histórico, es decir, todas las revoluciones, están de antemano condenados al fracaso. 21 culturas han perecido ya, según él. La única que se mantiene en pie es la de la Europa occidental, en los umbrales de cuyo gigantesco camino de renovación se alza la figura de Jesús. ¿Y hoy? Toynbee resume los seis tomos de su obra diciendo que —puesto que la naturaleza de Dios es tan constante como la del hombre— debemos orar humildemente para que ilumine ante nosotros el camino de la salvación.

¿Qué mejor cosa podrán apetecer los más fanáticos provocadores de la guerra atómica sino que los intelectuales progresivos del mundo se dedicasen a orar humildemente a Dios, mientras ellos se dedican a preparar la guerra de exterminio de los pueblos, sin que nadie les salga al paso?

Signos como esta tendencia fatalista y pasivista de Toynbee revelan, ciertamente, que nos encontramos aún en las fases iniciales del desarrollo ideológico de un nuevo fascismo. (El antecedente de esto nos lo ofrece el fatalismo spengleriano, comparado con el activismo cínico nihilista de Hitler). Pero, esta apreciación no disminuye, sino que, por el contrario, acrecienta la responsabilidad del intelectual: aún estamos a tiempo para imprimir nuevos rumbos al desarrollo ideológico de los pueblos a quienes incumbe la dirección de los destinos culturales del mundo o para intentar, al menos, poner coto a la nueva oleada de la cultura reaccionaria.

CLARIDAD CONTRA FETICHISMO

PARA ello, lo más necesario, es la claridad en el campo ideológico. Y al decir claridad, no nos referimos, naturalmente, a la forma de expresión de los pensamientos, a la perfección estilística. Se trata de que veamos, de que sepamos con claridad dónde estamos, hacia dónde marchan las cosas y qué podemos y debemos hacer los intelctuales para contribuir a que marchen por dónde deben marchar.

En este sentido, el panorama de la intelectualidad del período imperialista dista mucho de ser halagüeño. La inteligencia no puede nunca, objetivamente, sentirse dueña del terreno que pisa en todos los campos científicos: por eso, cada época coloca en el plano primordial del interés determinadas ciencias, determinadas ramas del saber, determinados autores, a quienes considera como clásicos. Así, vemos que en siglo XVIII la Física de Newton desempeñó un importante papel progresivo en el movimiento de emancipación de la intelectualidad francesa frente a las tradicionales barreras teológicas y, como consecuencia de ello, frente a la ideología monárquico-absolutista: la Física newtoniana fué, en la Francia de aquel siglo, un motor de preparación ideológica para la gran revolución.

Pues bien, ante los problemas que el mundo tiene planteados, el lugar predominante entre las ciencias debiera ocuparlo, hoy la *Economía política*. La realidad, sin embargo, dista mucho de ser ésa. La filosofía, la psicología, la historia, etc. del período imperialista se esfuerzan al unísono por desdeñar las concepciones económicas, por difamarlas, presentándolas como "superficiales", "ac-

cidentales", indignas de una ideología verdaderamente "profunda".

Y esto trae como consecuencia el que los intelectuales sean, cada vez más, víctimas del *fetichismo* de los problemas sociales y se vean convertidos en juguete de toda *demagogia social.*

Muchos ejemplos podrían ponerse de esto. Aduciremos solamente unos cuantos, los más importantes. Tenemos, en primer lugar, el *fetiche de la democracia.* Se habla mucho de "democracia", pero rara vez se entra a analizar *para quiénes* se predica la democracia, y en contra de quiénes. Es necesario pararse a investigar cuál es el contenido social y real de una democracia concreta. De otro modo, se agita una frase, se crea un fetiche encargado de allanar el camino al neofascismo que se está incubando.

También *el anhelo de paz de los pueblos* puede convertirse en un *fetiche,* presentándolo bajo la forma de un pacifismo abstracto, en que el anhelo de paz no sólo degenera en pasividad, sino que se convierte incluso en bandera de amnistía de los delincuentes fascistas de la guerra y, con ello, en elemento de preparación de otra.

Hay, asimismo, el *fetichismo de la nación.* Detrás de esta fachada fetichista se esfuman las diferencias entre los legítimos intereses nacionales de la vida de un pueblo y las tendencias agresivas del chovinismo imperialista. Recordemos con toda precisión cómo se desarrolló y a qué consecuencias condujo este fetichismo en la demagogia nacional de Hitler, que otros tratan de continuar hoy. Pero, al lado de ella, nos encontramos con otra corriente no menos peligrosa, que es, indirectamente, fruto del mismo fetichismo: nos referimos a la ideología de un llamado supernacionalismo, de un gobierno supernacional del mundo, al que aspiran fundamentalmente los EE. UU. Así como Hitler ambicionaba, como forma directa de esto, una *pax germanica* para el mundo, hoy se agita, como forma indirecta de lo mismo, la bandera de la *pax americana.* Tanto una como otra fórmula se traducirían, si pudieran llevarse a cabo, en la destrucción de toda soberanía nacional y de todo progreso social.

Finalmente, tenemos el *fetichismo de la cultura.* Desde Gobineau, Nietzsche y Spengler se ha puesto de moda el negar la unidad de la cultura humana. Hoy, se habla de la defensa de la cultura europea, partiendo de una escueta divisoria entre la cultura del occidente de Europa y la cultura rusa. Cuando se habla de defender la cultura europea occidental se habla, en realidad, de levantar una barrera frente a la cultura de Rusia. Basta echar una mirada, por muy superficial que sea, a la situación cultural de nuestros días, para comprender que esta teoría carece de todo fundamento, que la cultura europea occidental de nuestro tiempo se halla toda ella empapada de influencias ideológicas rusas, y principalmente en las obras de sus más grandes representantes. ¿Cómo concebir, para citar tan sólo unos pocos nombres, la literatura contemporánea, desde Bernhard Shaw hasta Roger Martin du Gard, desde Romain Rolland hasta Thomas Mann, sin la influencia de Tolstoy? Estas teorías se aprovechan demagógicamente del hecho de que la cultura rusa (y, principalmente, la soviética) se presente ante la intelectualidad europea, a primera vista, como una cultura extraña. Pero, cualquier conocedor de la literatura os dirá que la recepción de Shakespeare en Francia fué mucho más difícil que la de Tolstoy, sin que por ello se le ocurra a nadie levantar una muralla de la China entre la cultura francesa y la inglesa.

Pero, mucho más importante que esto es comprender claramente qué es lo que, desde el punto de vista social, hay detrás de estas teorías. El desarrollo cultural de Rusia —cuyo apogeo marca la cultura soviética— pone ante nosotros, hoy, el espejo del *porvenir* de nuestra propia cultura, lo mismo que lo hizo la cultura inglesa del siglo XVIII con respecto a la de Francia, lo mismo que la cultura francesa de 1793 sirvió de espejo a la cultura de todos los europeos progresivos del siglo XIX. El fetichismo de la cultura es, en este caso, la máscara con que los agonizantes cubren su protesta contra el mañana de la propia cultura. Estas teorías no son más que el intento de tender un "cordón sanitario" cultural en torno a la U.R.S.S.; quienes las sostienen actúan —consciente o inconsciente— como auxiliares en la obra de preparación ideológica de la guerra.

CAPACIDAD DE ORIENTACION SOCIAL

APARENTEMENTE, nos hemos desviado del tema de la Economía. Aparentemente, pues en realidad no hemos venido hablando de otra cosa. ¿Qué es, en rigor, el fetichismo? Es, sencillamente, el empeño por desprender los problemas históricos del fondo real, histórico y social sobre que se proyectan, por hacer que su concepto abstracto (y, por lo general, ni siquiera él, sino solamente unos cuantos rasgos de su fisonomía) se convierta en un fetiche, revestido de aparente existencia sustantiva, de propia sustantividad. La gran hazaña de la ciencia económica, cuando verdaderamente lo es, consiste precisamente en romper este fetichismo, en demostrar concretamente lo que un fenómeno histórico representa dentro del proceso total del desarrollo, cuál es su pasado y cuál su porvenir.

La burguesía reaccionaria sabe perfectamente bien por qué se esfuerza en difamar, por boca de sus ideólogos, a la verdadera ciencia económica, del mismo modo que la reacción eclesiástica de los siglos XVI a XVIII sabía por qué combatía tan sañudamente a la nueva Física. La burguesía imperialista se halla, hoy, vitalmente interesada en que no se abra paso la *capacidad de orientación histórico-social* de los intelectuales. Ya que no pueda convertir en servidores incondicionales de la reacción imperialista a una parte considerable de la intelectualidad, aspira, por lo menos, a que esos intelectuales vaguen, impotentes, sin capacidad propia de orientación, como sombras errantes en un mundo incomprendido.

Con vergüenza debemos confesar que esta maniobra de la burguesía reaccionaria no deja de dar sus frutos en amplios sectores de la intelectualidad. Muchos y buenos intelectuales se dejan seducir por ella. Se ha llegado, incluso —sirviendo así, inconscientemente, este designio de la reacción imperialista—, a crear una filosofía encargada de demostrar que es *filosóficamente imposible* orientarse en materia social. Esta línea filosófica va desde el agnosticismo social de un Max Weber hasta el existencialismo.

¿Acaso no es esto bien triste, para los intelectuales, e indigno de ellos y de su misión? ¿Es que el intelectual ha ido acumulando capacidad, saber, cultura espiritual y moral para que, al llegar este momento de profunda crisis en que se están decidiendo los destinos de la humanidad, en que se libra la batalla decisiva entre la libertad y la opresión del hombre, se lave las manos como Poncio Pilatos, preguntándose: ¿qué es la verdad? Y lo peor del caso, lo más triste, es que esta actitud de no saber, de no querer saber, se presente, hoy, como el verdadero secreto de la profundidad filosófica.

Parece que si para algo ha de servirle al intelectual, su saber, su cultura espiritual, es para llegar a comprender el mundo mejor que el hombre medio. Pero, la realidad demuestra lo contrario. Arnold Zweig pinta acertadamente un intelectual honrado, que, habiéndose dejado engañar años y años por la demagogia del del imperialismo alemán, se da cuenta un buen día de que los simples obreros han sabido ver certeramente la realidad mucho antes que él.

Muchos intelectuales perciben ya hoy, claramente, cuál es la verdadera amenaza con que se enfrentan la cultura y la libertad. Muchos se yerguen ya —incluso con gran pasión— contra las fuerzas del imperialismo, contra los instigadores de la guerra. Pero, nuestra dignidad de intelectuales exige de nosotros que ese sentimiento se convierta en certeza, en conciencia, en saber. Y eso sólo podrá lograrse por medio de la ciencia de la Economía política, por medio de la Economía del marxismo.

La intelectualidad de hoy se halla en la encrucijada. Dos caminos se abren ante ella. Uno la lleva, como a los intelectuales franceses del siglo XVII y a los intelectuales rusos del XIX, a preparar un mundo mejor y a luchar por él. Otro, a convertirse, como los intelectuales alemanes del siglo XX, en víctimas impotentes e involuntarios auxiliares de la barbarie y la reacción. No cabe duda de cuál de estas dos conductas es la que corresponde a la misión, a la cultura y a la responsabilidad del intelectual y cuál la indigna de él.

ABSTRACCION Y REALISMO

Comentarios sobre la ideología en las artes plásticas

por JOSE RENAU

EL BURO POLITICO del Partido Comunista de la U.R.S.S. y los artistas soviéticos, han puesto a la orden del día, por medio de diversas resoluciones oficiales y declaraciones colectivas e individuales de destacados representantes de la cultura del socialismo, la cuestión de la ideología del arte en todas sus manifestaciones.

Las apasionadas reacciones que, estas resoluciones, han producido en los círculos profesionales e intelectuales de todo el mundo, justifican plenamente la importancia capital de estos planteamientos y subrayan la oportunidad con que se han producido, en las inquietas circunstancias por que atraviesa el mundo de la cultura.

Para algunos, este replanteamiento de la vieja polémica no ha representado más que un pretexto para denigrar a la Unión Soviética, a su cultura y a todas las tendencias revolucionarias y progresivas del arte, o, en el mejor de los casos, un motivo más para inacabables especulaciones teóricas, estériles e intranscendentes.

Para nosotros, artistas revolucionarios, significa el santo y seña para la reanudación de la lucha, sobre nuevas bases críticas e ideológicas —más concretas y vivas que nunca—, contra el contenido reaccionario del arte capitalista y contra sus tendencias falsamente revolucionarias; por la realización de una profunda revisión de nuestros puntos de vista particulares, de una autocrítica de nuestros errores teóricos y prácticos, que nos permita encontrar una salida revolucionaria a la crisis ideológica por que hoy atraviesa el arte, de acuerdo con las condiciones políticas concretas en que se desarrolla nuestra lucha, tanto en el plano nacional —en lo que nos afecta como españoles antifranquistas—, como en el plano internacional, en cuanto decididos partidarios, que somos, de la paz y de la verdadera democracia de los pueblos libres,.

Con objeto de expresar críticamente mis puntos de vista personales sobre este conjunto de problemas, me propongo desarrollar el tema general a través de una serie de comentarios, reunidos en cuatro ensayos que, con el título común enunciado, se publicarán en estas mismas páginas con los siguientes subtítulos:

I. Significación de la obra de arte como objeto del mercado artístico.

II. La crisis ideológica en el arte de nuestros días.

III. Crítica y abstracción: tendencias formales del arte capitalista.

IV. Las corrientes del nuevo realismo en la pintura.

En este último ensayo, se considerará el problema del realismo bajo los siguientes aspectos concretos:

1. El realismo socialista en la pintura soviética.

2. El realismo nacional mexicano.

3. La tradición de la pintura realista española y sus posibles proyecciones sobre el nuevo realismo.

J. R.

I

SIGNIFICACION DE LA OBRA DE ARTE COMO OBJETO DEL MERCADO ARTISTICO

LA polémica entre el arte puro —antirrealista— y el arte realista de contenido social, no es más que el trasunto, en el terreno del arte, de la enconada antítesis entre la dialéctica materialista y las distintas tendencias del pensamiento idealista moderno.

El que nos sintamos como agobiados por un sentimiento de escepticismo cada vez que reanudemos la discusión, no quiere decir que el problema resuelva un dilema insoluble, que el asunto de nuestra polémica sea trivial o pasajero, o que, por el contrario, se trate como de los dos polos de una antítesis eterna. No siempre han discutido los artistas en términos tan excluyentes, ni siempre seguirán haciéndolo en el futuro.

El caracter manifiestamente transitorio de la realidad social e histórica de nuestro presente capitalista nos proporciona la base justa en que se desenvuelve el fenómeno: no se trata de un problema de especulación formal, ni de disquisición de modos o estilos artísticos, sino de un grave problema ideológico de nuestra época, propio de la actual etapa imperialista de la sociedad capitalista, cuyo contenido específico, involucrando elementos extraartísticos de profunda significación humana, no podrá jamás resolverse

dentro de sus propios términos; es decir, en un plano exclusivamente teórico. Y esto no puede tener otro significado que el de que los intereses que reflejan estas dos tendencias en pugna corresponden, en la vida misma, a las dos grandes fuerzas sociales que determinan la contradicción revolucionaria de nuestros tiempos, cuyo desenlace final no se ha consumado todavía.

En consecuencia, si tratamos de plantear el problema del arte en toda la vastedad de su alcance y en su primordial naturaleza de fenómeno social, no podremos describirlo, comprenderlo o criticarlo dentro de los términos del arte mismo. Tendremos que salir de los terrenos habituales de la crítica de arte al uso, para situarnos en el centro mismo de la sociedad humana, que es donde se gesta y desarrolla el fenómeno artístico. Tendremos que considerarlo, principalmente, a la luz de las leyes fundamentales que rigen la sociedad capitalista actual, ya que sería obvio sentar que, si la influencia de la estructura económica se manifiesta claramente en los dominios del pensamiento y de la cultura, siendo el arte una forma particular de ésta, no puede escapar a la acción general de estas leyes.

Si queremos comprender las contradicciones internas y las causas de esa promiscuidad ideológica en que se debate el arte burgués de nuestros tiempos, tendremos que poner en el primer plano de nuestras consideraciones una circunstancia objetiva de primer orden, a saber: la fisonomía particular que la obra de arte adquiere como objeto intermediario de relación entre los hombres, en la sociedad capitalista y el carácter que adquiere en el mercado artístico.

Un estudio metódico, sobre los distintos aspectos sociales de esta cuestión, nos daría una clara idea acerca del lugar que el arte ocupa en la escala de valoraciones de la sociedad burguesa de nuestros días. Si nos fuera posible, aquí, ahondar críticamente en el problema, nos daríamos cuenta exacta de las dimensiones de la crisis por que atraviesa la cultura burguesa, en esta etapa del imperialismo, de la degradación que los más altos valores espirituales del hombre han sufrido bajo el rigor extremo del determinismo social del régimen capitalista. Tendremos que conformarnos, sin embargo, para cumplir con el objeto generalizador de este ensayo, con unas cuantas referencias críticas a los aspectos más salientes de la cuestión.

El arte no es una cosa ni un objeto, sino un acto. Y un acto de comunicación, es decir, un medio de relación entre los hombres. La obra de arte, en las grandes épocas de plenitud y en el seno de las sociedades primitivas, ha jugado siempre un papel de máxima trascendencia, junto a la religión y a la filosofía, como precioso vehículo del pensamiento de los hombres. Gracias a la supervivencia de innumerables obras de este género, conocemos mejor nuestra propia historia: nuestros antepasados confirieron a la obra de arte el carácter de depositaria de las inquietudes de su dramática lucha con la naturaleza, de su conocimiento de la realidad, de sus mejores aspiraciones y de los más nobles impulsos humanos.

Pero he aquí que, después de muchos miles de años de experiencia humana, matizados por la abnegación de los hombres por preservar de la destrucción del tiempo los tesoros de la ciencia y del arte —ingentes testimonios de la creciente grandeza del conocimiento humano—, la cultura burguesa, en pleno siglo XX y desrvirtuando por la fuerza misma de las leyes del capitalismo su papel de heredera del llamado "Siglo de las Luces", ostenta con fruición una inquietante tendencia a desnaturalizar todos aquellos objetos que desempeñan el papel de intermediarios en las relaciones entre los hombres, vaciándolos de toda su significación humana, convirtiéndolos en *objetos* materiales, en verdaderos fetiches.

La tendencia principal de la cultura burguesa, en esta etapa del capitalismo imperialista, se apoya en la especulación formal, en el aspecto abstracto e *intrascendente* de la creación intelectual. La especulación es una actitud del espíritu que le impulsa a desarrollar una cosa en sí misma, hasta alcanzar ese climax en que la cosa pierde todas sus cualidades de relación, desgajándose brutalmente de la realidad. Así, el fetichismo es una consecuencia fatal que invade casi todas las esferas de la vida y es inherente a todas las manifestaciones ideológicas.

"L'art c'est la recherche de l'inutile", dijo ya Flaubert, en pleno apogeo de la cultura burguesa. La utilidad y la inutilidad, la materia y el espíritu, la libertad y la belleza, etc., se convierten en ideas-fetiches, en *cosas*

vacías de todo sentido concreto, rota su relación dialéctica con la realidad objetiva.

Como es natural, el arte no puede escapar a esta tendencia general. Antes bien, constituye, en su expresión pictórica sobre todo, la prueba más flagrante de esta monstruosa enagenación. Maurice Denis, uno de los primeros y más perspicaces teóricos del artepurismo, se adelantó, diciendo: "Hay que tener en cuenta que un cuadro —antes de representar una escena de batalla, una mujer desnuda o un anécdota cualquiera— es, esencialmente, una superficie plana, recubierta de colores, dispuestos en un cierto orden"... Exactamente. Igual que para el capitalista, cualquier objeto, antes de ser un coche, un libro, o un artículo de uso doméstico cualquiera, posee un elemento *substancial* más importante: su precio en el mercado. Ideológicamente, el paralelismo psíquico entre ambos procesos —que a primera vista pudiera parecer demagógico— es bastante exacto, sobre todo si tomamos en cuenta que los propósitos del capitalista son, *subjetivamente*, tan serios y trascendentes como los del pintor. El acto de destruir la unidad de la cosa, abstrayendo y convirtiendo en cualidades objetivas esenciales ciertos caracteres accidentalmente necesarios del producto industrial o de la obra artística —despojando al cuadro de su contenido histórico y humano, y al objeto de su condición de producto del trabajo del hombre— limpia el camino de toda reserva ética, para dejar a ambos —pintura y objeto— listos para el mercado, con una categoría común de *mercancía*.

Oigamos los juicios del crítico de arte Camille Mauclair, escritos a principios de siglo, cuando las tendencias de que hablamos no habían alcanzado todavía su plenitud: "Ha habido épocas, por ejemplo durante la Edad Media, en que se cambiaban solamente los artículos de reserva, es decir, las sobras de la producción con respecto al consumo... Posteriormente, la jurisdicción del comercio se hizo extensiva no sólo a las sobras, sino a todos los productos juntos, a toda la producción de la industria, pasando la producción a depender del cambio... Finalmente en una época ulterior, todo aquello que los hombres estaban acostumbrados a considerar como no enajenable, se convirtió en objeto de cambio y de comercio, se hizo enajenable. En dicha época, hasta las cosas que antes se transmitían de unos a otros, sin ser cambiadas, o eran regaladas sin ser vendidas, o eran adquiridas, pero no compradas: virtud, amor, convicción, ciencia conciencia, todo esto se hizo, por fin, objeto de venta. Es una época de total corrupción, de venalidad general, o, expresándose en el lenguaje de la Economía política, una época en que cada objeto material o abstracto se convierte en valor de cambio, se lanza al mercado para que encuentre allí su verdadero precio."

El *Manifiesto Comunista* lo expresaba más precisa y certeramente, hace ahora cien años: "La burguesía... no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas... La burguesía despojo de su halo de santidad a todo lo que antes se tenía por venerable y digno de piadoso acatamiento. Convirtió en sus servidores asalariados al médico, al jurista, al poeta, al sacerdote, al hombre de ciencia y también, por supuesto, al artista.

Con raras excepciones, los artistas parecen no darse cuenta cabal de las consecuencias que este triste destino físico de sus obras, impuesto por el régimen social en que viven, ejerce sobre su propia producción. Empecinados en su histérico individualismo, encerrados en una existencia replegada sobre sí misma, aislados de la realidad social, prefieren imitar al avestruz, refugiándose en su total pesimismo con respecto al mundo exterior. Sólo así pueden tomar contacto con el espejismo de su prepotencia creadora; sólo así les es posible realizar, dentro del precario e ilusorio margen de libertad que les permite dar vueltas y más vueltas en las interioridades de su yo, la revancha íntima al calor de sus fetiches particulares.

No somos nosotros, los marxistas, los únicos en relacionar el ángulo crematístico y material de la valoración burguesa del arte, con la crisis ideológica que sobrelleva la pintura actual, aunque seamos, eso sí, los único en trazar un camino certero para la solución del problema. No somos nosotros los únicos en reaccionar contra esa pasividad con que los pintores —pese a sus gestos de rebelión, siempre formales y subjetivos— pretenden encubrir la grave escisión operada en la unidad de sus vidas por las contradicciones inherentes al régimen en que vivimos; ni los únicos en luchar contra ese carácter *cosificado* e intransitivo que la socie-

dad capitalista confiere a la obra de arte. Haríamos inacabables estas líneas si tratáramos de reunir aquí tan sólo los casos de inconformidad más significativos por parte de intelectuales de las más diversas ideologías no revolucionarias. Bástenos con citar los juicios de Jean Giraudoux, un tanto anarquistas y caricaturizados, pero gráficos y expresivos:

"Desde que (el pintor) no maneja el pincel con las dos manos, como sus colegas cafres y románicos, el hecho de pintar con la paleta en la mano izquierda, inmóvil y tendida, se ha convertido en una especie de hemiplejía que le permite participar de todas las alegrías del hogar y de la tranquilidad propia de esta afección. Ligado profesionalmente al sol y a la luz, imagina estarlo también en virtud de algún parentesco real... La imponderabilidad de los materiales con que trabaja le hace creer en su propia eternidad... El pintor, lleno de confianza en el barniz y el cristal con que proteje sus obras, juega su destino al alza de la felicidad de la sociedad burguesa y de la universalidad de la calefacción central...

"...Puede decirse que, aparte de los pintores de paredes y de carruajes, todos estos pintores no han existido ni trabajado más que para un solo coleccionista, y para un coleccionista burgués. Contemplamos tranquilamente y sin el menor asomo de indignación, todas las Madonas, todos los San Sebastián, todos los Corot, todos los Degas, en propiedad de una única Mrs. Gardner o de un único Mr. Widener, todos en una misma e inmensa sala, con Mrs. Gardner o Mr. Widener sentados en el centro sobre un sillón giratorio, dando vueltas sin cesar; esta es, poco más o menos, la suerte de todas estas obras de arte, y este era su objeto."

Cualquier observador dotado de la común facultad de razonar y cuya capacidad lógica no estuviera mediatizada por los complejos irracionales de nuestra época quedaría perplejo al comprobar la incoherencia que domina en los procesos sociales de relación entre las intenciones subjetivas del artista y el destino objetivo de sus obras, entre la elevada misión metafísica que éste asigna a su actividad creadora, y el papel ideológico concreto que su arte juega dentro del cuadro de los intereses históricos del capitalismo.

A este hipotético espectador se le plantearía el dilema de inquietarse seriamente ante la incapacidad de reacción moral de los pintores, o bien tomar la cosa por el lado humorístico. El resorte psicológico de toda caricatura reside en la inesperada falta de relación lógica en los procesos de causa a efecto: un hombre que realiza sus impulsos subjetivos a través de actos que no encuentran correspondencia lógica o congruencia formal con el mundo que lo rodea, es el protagonista común de muchas situaciones cómicas. Pero la cosa se complica para nosotros cuando el protagonista de nuestro caso es, en primer lugar, un gran genio de la pintura y un hombre cabal en su conducta política, y cuando, por otra parte, su obra expresa, por sus mismas contradicciones, el drama capital de nuestro tiempo: la inmensa incongruencia en que están sumidas las vidas de muchos millones de proletarios, de pequeño burgueses y de intelectuales, bajo las implacables condiciones sociales de la realidad capitalista.

En este sentido, aunque en un plano distinto, Pablo Picasso, que es a quien nos referimos —aunque este gran artista ha sabido encontrar, en lo personal, y lo sigue con firmesa y consecuencia, el camino político justo—, se une a otro genio de nuestra época, Charlie Chaplin, en la expresión de esa sangrienta paradoja, tanto más trágica, tanto más cómica, por cuanto en intenciones más serias, humanas y trascendentes se manifiesta. Es precisamente en esos altos espacios intelectuales en que se desenvuelve el genio, donde se manifiestan con más extremado rigor y en su máxima tensión dramática, las contradicciones inherentes a nuestra forma de vida capitalista. Las palabras siempre desconcertantes de Picasso cuando nos habla de sus ideas y de su pintura, expresan muy significativamente esa alucinante incoherencia propia del intelectual típico de la cultura capitalista de nuestra época. Escogemos uno de sus más paradógicos conceptos: "No, la pintura no se hace para decorar los apartamentos. Es un instrumento de guerra ofensivo y defensivo contra el enemigo".

No, no se trata de reir, ni de llorar, sino de entender.

En primer lugar, ¿quien será ese "enemigo" a que se refiere el pintor? ¿Será, acaso, la estupidez y la estulticia espiritual de las clases burguesas?... ¿O la *gris imper-*

sonalidad de las masas proletarias?... ¿O quizá las corrientes realistas de la pintura?...

Estamos acostumbrados, en estos tiempos de paradojas vivientes, a oir expresiones revolucionarias que ocultan un contenido absolutamente reaccionario. En el mecanismo mental picassiano estos "enemigos" particulares no son más que concreciones de una categoría más general: la razón. Combatir a la razón, al conocimiento racional de la realidad; afirmar el descrédito sobre la noción del mundo exterior; mantener el arte en su aislamiento individualista, lejos de las fuentes vitales de la realidad social... Y, con todo ello, preparar el advenimiento del caos instintivo e irracional, que sirva a las clases burguesas de río revuelto para perpetuar su dominio, para enmascarar los verdaderos fines históricos de su sistema de explotación. Tal es la inconsciente misión, que, a repelo de su posición revolucionaria en el terreno político cumple la pintura de Picasso y cumple el "picassianismo" —a despecho, lo repito, de la ejemplar actitud política personal del Picasso de hoy— como instrumento de una ciega necesidad histórica, en provecho de uno de los objetivos ideológicos más caros para el imperialismo capitalista en decadencia. La burguesía reaccionaria teme seriamente al camino de la razón, porque conduce a su propia negación, a la solución socialista de sus contradicciones.

En segundo lugar, sería obvia la comprobación de que el verdadero destino de las obras de Picasso y de todos los pintores modernos "revolucionadores de las formas plásticas", está, justa y exactamente, en los apartamentos. Y en los apartamentos y residencias de las gentes ricas, de esos nuevos señores feudales de la cultura, que, con el dominio del mercado artístico, han hecho subir los precios hasta niveles astronómicos.

Y, de todos estos grandes señores propietarios de la cultura, los más poderosos en el mundo capitalista de hoy, son los norteamericanos.

El inusitado incremento en los EE. UU. de la postguerra de las tendencias puristas, abstractas y surrealistas de la pintura europea, no se debe a la casualidad, ni constituye un hecho normal dentro del fenómeno de interrelación cultural. No se trata de la voluntad de consustanciación de dos culturas, ni de un intercambio de experiencias artísticas, sino de un hecho económico y político de carácter imperialista, en el que la naturaleza particular y *física* de la obra de arte juega un papel de gran importancia. Y la importancia de la obra de arte, en este sentido, está determinada por dos cualidades; por el carácter de *mercancía* que la sociedad burguesa le ha conferido, como objeto de un mercado con una técnica de propaganda y venta sumamente especializada, y por la *idoneidad* de su naturaleza psíquica con respecto a las actuales tendencias irracionales del capitalismo imperialista.

Pero, para darnos cuenta cabal de un hecho tan singular en la historia del arte, debemos retroceder unos pasos.

Allá por 1935, se sentía ya en los círculos artísticos de París —centro internacional del arte moderno— un hondo desasosiego producido, no solamente por la descomposición ideológica de los "ismos", sino también a causa de una progresiva depresión en el mercado artístico. La situación era de aplanamiento, de calma chicha. La crisis política había consumado ya la destrucción de la unidad ideológica del grupo surrealista, último animador de los cenáculos intelectuales y artísticos. Picasso mismo expresaba metafóricamente esta situación de cansancio y de desaliento, representando en sus pinturas mujeres dormidas, figuras en actitudes de descanso, en la etapa más banal de su expresión formal y cromática.

La guerra de España significó una tremenda sacudida en esta soporífera situación de la pintura. La gran producción picassiana "La destrucción de Guernica" puso a la orden del día, una vez más, la cuestión de la ideología en el arte. Volvió a discutirse apasionadamente sobre el contenido y la forma, sobre la misión política y social de la pintura.

Pero, la cosa no pasó de ahí. No podía haberse producido ningún cambio importante en la actitud de los artistas. La crisis ideológica siguió su camino, y la situación del mercado artístico no daba señales de mejorar. Por entonces, los clientes de este mercado —grandes comerciantes, industriales, financieros y viejas fortunas nobiliarias— estaban demasiado pendientes de las reuniones de Munich, demasiado absortos en la or-

ganización de las quintas columnas, demasiado ocupados en los negocios armamentistas, para poder dedicar algo de atención y de dinero a sus aficiones artísticas...

Con la súbita agresión fascista y la vertiginosa generalización de la segunda guerra mundial, era lógico esperar que la tremenda conflagración que conmovió las más hondas raíces de los pueblos, daría el golpe de gracia a unas tendencias artísticas ya en avanzado proceso de descomposición; que la noción de la existencia independiente del mundo exterior, tan brutalmente puesta en evidencia por la lucha contra el fascismo, acabaría con todos los solipsismos intelectuales, dando a la crisis artística una salida realmente revolucionaria.

Pese a las bien fundadas premisas en que se basaban estas previsiones, no se ha producido el hecho en la media esperada. Por el contrario, la vida artística de los países capitalista, en estos años de postguerra, se caracteriza por una agudización de las tendencias individualistas en el arte; por una creciente aceptación, por parte de las clases dominantes, de la producción de los pintores antirrealistas; por un movimiento inusitado en el mercado artístico, con marcada tendencia hacia los obras abstractas y surrealistas, y, en fin, por una formidable difusión de estos valores plásticos, con la consiguiente influencia en amplias esferas de la sociedad. Un hecho tal, manifiesta todas las características formales de un verdadero renacimiento artístico.

¿Qué ha sucedido, pues? ¿Habrán encontrado estas tendencias artísticas en la misma guerra o en el seno de los movimientos populares de resistencia nuevos elementos ideológicos, nuevas energías vitales con que apuntalar el tambaleante equilibrio de sus especulaciones?... ¿Se habrá realizado alguna revisión o refundición de las teorías abstraccionistas y subjetivistas que permita y justifique la supervivencia de las tendencias pictóricas de anteguerra?

No contamos con pruebas concretas que nos permitan atribuir a alguna de estas causas el aparente renacimiento operado en el arte capitalista: ningún elemento nuevo podemos discernir en el fondo del movimiento pictórico, aparte de esa persistente inercia estilística, más formalista que nunca, que nos permite afirmar que el artista que hoy vende sus cuadros a los nuevos ricos de la guerra, está viviendo, artísticamente hablando, épocas de mayor impulso creador. Creemos, sin embargo, estar en condiciones de demostrar —multitud de hechos lo prueban— que este auge se debe a causas ajenas al arte mismo, menos nobles y honrosas: a la fuerza del dinero.

Es el dólar norteamericano quien ha operado el milagro. El hecho de que formas artísticas genuinamente europeas y que todavía tienen en Europa sus centros de producción, encuentren una revalorización precisamente en los EE. UU., el país capitalista más poderoso del mundo, nos da la clave del fenómeno.

Si los capitalistas nortemaricanos han tropezado con grandes resistencias en las masas populares europeas frente a sus designios imperialistas, es lo cierto que las clases intelectuales, salvo ciertas minorías bien orientadas, no han hecho los debidos honores al gesto viril de sus pueblos, Y, si bien es verdad que la ideología supercapitalista de los invasores norteamericanos no podía proporcionar a los artistas europeos base alguna para una nueva orientación de su arte, sí traían los elementos materiales necesarios para contener las consecuencias revolucionarias de su profunda crisis ideológica. Esto quiere decir que la radicalización de las masas populares de los pueblos europeos, que su voluntad revolucionaria de abrir el camino a la nueva democracia socialista como salida a la crisis provocada por la guerra, no ha sido compartida, hasta ahora, en la medida necesaria, por los sectores intelectuales. Muchos de éstos, carentes del impulso o de la conciencia que sitúan a los mejores al lado de las fuerzas de la nueva cultura, han preferido alinearse al lado de las viejas fuerzas de la reacción. En el mercado americano de arte, abierto de par en par, el artista europeo de tendencias idealistas ha encontrado una compensación *material*, que le ha ayudado a matenerse firme en los intereses creados de su ideología decadente y reaccionaria.

Hay hechos tan sumamente complejos, que no pueden interpretarse por un solo lado —aunque este lado sea el que convenga a nuestra tesis— sin correr al riesgo de desvirtuar el razonamiento con un planteamiento unilateral y antidialéctico. Y cuando estos

hechos pertenecen a la superestructura de la vida social —la cultura—, es más intrincada la tarea y mayor el peligro. En la concatenación dialéctica de las leyes sociales, la relativa lejanía entre los términos de causa a efecto, enriquece la complejidad del último, haciendo su significado, en apariencia, más independiente de las causas determinantes. Si bien estas reflexiones deben prevenir cualquier interpretación de los hechos desligada del conjunto, no es menos cierto que el sentido multilateral que asumen los fenómenos culturales no puede despistarnos por laberintos fenomenológicos, haciéndonos perder de vista la tendencia general de estos hechos, el lugar que ocupan en el tiempo y en el espacio en que se manifiestan, y el papel que juegan dentro del proceso dialéctico de transformación de las condiciones históricas y sociales.

Así, pues, los hechos que anteriormente hemos aducido para asignar las causas de este aparente renacimiento de las tendencias antirrealistas de la pintura a la intervención de la plutocracia norteamericana, no bastan para situar el hecho dentro de sus términos correctos. En estrecha relación política con las evidentes consecuencias de esta intervención, el fenómeno de supervivencia de estas tendencias pictóricas, contiene una razón interna, que corresponde exactamente al proceso de resistencias ideológicas que la desintegración de las bases sociales e históricas del sistema capitalista opone al creciente desarrollo de las fuerzas del socialismo. Pero este ángulo de la cuestión podremos abordarlo con mayor amplitud en la parte que en esta serie de ensayos dedicaremos a la ideología de los movimientos pictóricos actuales.

Es indudable, asimismo, que el objetivo de desviar la crisis ideológica de la pintura no es más que un objetivo limitado que no puede colmar el significado especial y las perspectivas que el arte antirrealista tiene para el capitalismo imperialista en general, como auxiliar ideológico para afirmar su dominio sobre las masas populares. Sin considerar este lado de la cuestión, nuestros razonamientos anteriores se quedarían en el aire y no explicarían la creciente influencia que estas tendencias pictóricas están adquiriendo en la vida cultural de los EE. UU.

La inteligencia específica de la burguesía, en esta etapa de los trusts y de los monopolios, manifiesta a través de todos sus actos, un creciente interés vital por la totalidad indivisible de los valores que constituyen la razón misma de su existencia histórica. Y cuando más avanza el proceso imperialista de concentración económica y las consecuencias sociales y políticas de este proceso se manifiestan con mayor agudización revolucionaria, la consciencia del peligro exacerba esta tendencia instintiva, haciéndose menos frecuentes en los individuos los actos inconexos, tendiendo a imprimir a estos actos el sentido general de sus intereses de clase.

El capitalista tiene sus gustos artísticos y literarios. Lee libros y adquiere pinturas. Pero si estos libros y estas pinturas expresan ideas contrarias a sus intereses, ni los lee ni los compra. Porque sus gustos individuales no son gratuitos ni desinteresados. El burgués clásico de hace cien años, se delectaba y hasta llegaba a apasionarse con creaciones del espíritu contrarías a sus propios intereses: su capacidad de reacción humana era más fresca y más espontánea, estaba menos mediatizada por sus intereses de clase. En el capitalista de hoy —salvo muy raras excepciones— encontramos un sagaz instinto que, por encima de sus inclinaciones personales, le impulsa a controlar sus propios gustos y preferencias y a identificarlos con sus intereses de clase.

Por eso, cuando no son solamente Mrs. Gardner o Mr. Widener, sino todo un conjunto de potentados capitalistas que coinciden en sus preferencias por cierto tipo de arte, hay que considerar inmediatamente el posible fondo de este impulso colectivo a la luz de la naturaleza de las obras que lo han provocado. Porque, en estos tiempos, nunca se ha visto, ni se verá, a ningún grupo de capitalistas interesarse, por mera curiosidad artística, por las obras de los pintores o los escritores realmente revolucionarios.

Todas estas verdades de Perogrullo pueden ilustrarnos acerca de muchas cosas: acerca de las consecuencias apreciativas de esa firme coherecia entre los impulsos subjetivos y los intereses de clase del capitalista, y, sobre todo, con respecto al alcance político, nada equívoco para nosotros, de esa co-

rriente de favor que disfrutan hoy, entre los mecenas del gran mundo capitalista, las tendencias del arte antirrealista.

Aquello de "matar dos pájaros de un tiro", cuadra muy bien con este consecuente comportamiento psicológico de la sociedad capitalista. No dudamos, sin embargo, que, de primera intención, el burgués norteamericano, como todos los demás burgueses, cuelga en sus salones y en sus museos las obras de Miró y Picasso, de Dalí y de Max Ernst, por un afán snobista de vanidad, por hacer gala de sus gustos estéticos y de la capacidad de su fortuna. Pero la cosa no podría haber ido más allá de los límites de un diletantismo de "nouveaux riches", si, como decimos, el instinto político de la burguesía norteamericana no hubiera olfateado las posibilidades que la naturaleza antirrealista de estas tendencias artísticas brindaba a sus propios designios ideológicos.

En función de esta circunstancia, no ha sido empresa difícil para la prepotente economía capitalista norteamericana, la realización del más imponente trasiego de obras de arte que ha conocido la historia.

Detrás de los soldados norteamericanos, toda una legión de expertos europeos —*marchands*, promotores internacionales y profesores de la "Nueva Estética"— llegaron al país del dólar a reforzar a sus colegas indígenas en la tarea de convencer a los magnates de los trusts y de las grandes industrias, de las excelencias de los paraísos artificiales del Arte occidental, a deslumbrarlos con la "geometría pura del espíritu" de las creaciones cubistas o con "la belleza alucinante de los procesos de putrefacción, de locura y de muerte" del surrealismo.

No ha costado mucho a los estetas y a los críticos profesionales convencer a la parte más despierta del capitalismo norteamericano de *lo bien que armonizan* estas formas abstractas y esotéricas en el conjunto de las multitudes neuróticas de proletarios agobiados por el taylorismo; con los deshumanizados conjuntos de monstruos mecánicos y con la histeria colectiva provocada por el bluff de la "era atómica"...

Por esta causa, tales obras de arte no han quedado inoperantes en los muros de las residencias y en las salas de los museos. Por eso salen a la calle en libros, magazines y diarios, en exhibiciones minuciosamente preparadas con una técnica ultramoderna: para exaltar, con el prestigio de "los valores supremos del espíritu", ese siniestro orden por el que el hombre pulula como una pobre bestia aturdida y mutilada...

Fernand Léger, una de las figuras principales de la pintura cubista, trasponiendo en fríos aforismos estéticos los factores de este orden maquinista, ha llegado a decir: "Mientras el cuerpo humano sea considerado por la pintura como un valor sentimental y expresivo, no será posible evolución alguna... Pero si el personaje, la figura, el cuerpo humano, se transforman, a su vez, en objetos, una libertad considerable se abre ante el artista moderno..."

¿Se nos podrá tachar de demagogos si subrayamos el impresionante paralelismo objetivo entre las concepciones abstractas del pintor y las concepciones concretas del capitalista moderno?... También para éste, mientras el proletario sea un hombre, un ser *sentimental y expresivo*, no será posible evolución alguna... Pero si el hombre, a su vez, *pierde la conciencia de sí mismo*, se transforma en un objeto, en una pieza más de sus máquinas... entonces ¡una era de verdadera libertad se abrirá para el mundo de la explotación del hombre por el hombre!

¿Estamos equivocados si afirmamos, como conclusión, que a la *degradación* de la categoría humana de la obra de arte operada por el pensamiento burgués y por la práctica capitalista, responde el pintor, a su vez, *degradando* su contenido mismo...?

HUMANISMO CONTRA GUERRA

Discurso de ALEXANDER FADEEV
Presidente de la Delegación Soviética

HAY UNA PALABRA que circula mucho por el mundo, sobre todo en estos últimos tiempos, y que asusta cada vez más a la gente: la palabra *propaganda*. Mi discurso, debo decirlo, se dedicará a hacer la propaganda de la paz contra los incendiarios de la guerra. Escritor de profesión, preferiría, como muchos de mis colegas, escribir libros sobre la vida pacífica de los hombres, tanto más cuanto que el rasgo distintivo de la vida de los hombres de mi patria es el trabajo pacífico. La conciencia social que ha congregado en esta sala a gentes de más de sesenta nacionalidades, representantes del trabajo manual e intelectual, a hombres de diversas ideas políticas y credos religiosos; esta conciencia social, a pesar de los esfuerzos de los enemigos de la humanidad y para nuestra mayor dicha, eleva muy alto ante el mundo la voz de la verdad y me lleva con toda mi alma a sostener una causa justa.

No puedo decir que la guerra esté a la vuelta de la esquina. Pero si no está ahí, es porque los pueblos del mundo no la quieren y este grandioso Congreso en defensa de la paz así lo atestigua.

Permitidme que, en nombre de los trabajadores de la cultura y de los millones de hombres del trabajo manual de nuestra gran Patria Soviética, trasmita a todos nuestros queridos amigos y hermanos en la causa de la lucha por el fortalecimiento de la paz, un saludo de todo corazón.

Aprovecho esta feliz oportunidad, para trasmitir un saludo a la intelectualidad progresiva francesa y al pueblo francés, que tan preciosas iniciativas han aportado a esta gran causa de la paz, y a quienes debemos el buen recibimiento que se nos ha dispensado en esta tierra. Aquí, mejor que en parte alguna, se puede decir esto, pues es sabido que hay en Francia gentes que no tenían grandes deseos de vernos.

La guerra aún no está a la puerta de casa, pero constituye un verdadero peligro para el día de mañana. Hay cosas sencillas que conocen, no ya cualquier hombre consciente, sino incluso los niños que han alcanzado la edad escolar.

¿Quién no sabe, por ejemplo, que en una serie de países de la Europa occidental y de América se ha puesto en marcha, a pesar de los deseos de los pueblos, la carrera de los armamentos? Cifras y hechos demostrativos de ello han sido publicados muchas veces en periódicos y folletos del mundo entero. Pero habrían podido no ser publicados, y la población lo mismo lo notaría, por el aumento de los impuestos y la carestía de la vida.

¿Hay algo más fácil, al parecer, que ponerse de acuerdo para limitar el armamento de las grandes potencias, disminuir la miseria del pueblo y rechazar el peligro de la guerra?

De todos es sabido que el arma atómica no puede ser considerada como un arma defensiva, porque está destinada, primordialmente, a la destrucción de las ciudades y los valores culturales, a la matanza en masa de niños, mujeres y ancianos indefensos, y es, por ello, el arma más inhumana que hasta ahora haya sido creada contra el género humano.

¿Hay algo más sencillo, al parecer, que prohibir la fabricación de esta arma, utilizada para fines guerreros y establecer un control que ejecute esa decisión, tan clara y sencilla hasta para un niño?

Pero, en el mundo hay hombres y periódicos que consideran estas sencillas y claras proposiciones como actos de "propaganda", y con inverosímiles y embrollados conceptos, desprovistos de toda lógica y sin otro objetivo que acelerar la velocidad en la carrera de los armamentos y el empleo del arma atómica, declaran que sus propósitos son la más alta expresión de la "libertad" y la "democracia".

En todos los países del mundo se despliegan los mapas geográficos. Los insertan hasta los periódicos, y en ellos se puede ver el gigantesco anillo de las bases militares que pasan por Groenlandia, Islandia, Inglaterra, Portugal, España, Alemania y Grecia, los países del Cercano y Medio Oriente, las islas del Océano Pacífico, China, Japón. La enorme mayoría de esas bases se encuentran a miles de kilómetros de los países que las han establecido. Cualquier escolar puede comprender que esas bases no son, precisamente, bases de defensa para los países que las han creado. Nadie, absolutamente nadie, los amenaza, sino al contrario: el establecimiento de tales bases constituye el mayor peligro para la paz en el mundo entero.

Cualquier ciudadano que lea periódicos sabe que las fuerzas armadas de los gobiernos extranjeros que, a pesar de haber terminado la segunda guerra mundial, se encuentran en Grecia, Egipto, Trasjordania, Irán, Indonesia, Viet-Nam y otros países, contra la voluntad de estos pueblos, son de hecho focos de nueva guerra.

Y, apenas se expresa la verdad a propósito de estos hechos y otros análogos, cuando ya los que están interesados en su existencia han deformado en sus periódicos esas verdades que son claras hasta para los párvulos. Y se atreven a presentar sus brumosas y embusteras elucubraciones como las más altas expresiones de la libertad y la democracia.

Cuatro años tan sólo han transcurrido desde que grandes y pequeñas naciones salieron de la más sangrienta de las guerras. Salieron de ella, después de haber aniquilado, cooperando estrechamente, a las fuerzas que, al desencadenarla, habían soñado con imponer su hegemonía mundial. De esa estrecha alianza de los pueblos en la guerra por la justicia nació, de un modo natural y justo, la Organización de las Naciones Unidas.

¿No era, al parecer, la cosa más sencilla y lógica del mundo que las contradicciones surgidas entre las naciones se resolvieran en el seno de esta organización, nacida de la amistad de los pueblos? Pues no. En el mundo han aparecido fuerzas que necesitan la "Unión Occidental", y el llamado "Pacto Noratlántico", y hasta se vislumbra en el horizonte un "Bloque Mediterráneo".

Los pueblos de Europa aún no han tenido tiempo para olvidarse de las bestialidades de los nazis alemanes, y ya la llamada "comunidad atlántica", intenta abrir los brazos a la Alemania occidental, con su potencia militar y de producción sin desarmar, con sus cuadros nazis antropófagos paseándose libremente. Cualquier persona de pensamiento abierto ve claramente que estos bloques desgarran al mundo, enfrentando un grupo de países contra otro; que tienen un marcado carácter militar y que, desde el momento mismo de su creación, la guerra entra en una fase de preparación absolutamente real.

¿Qué motivos y argumentos aducen los "copleros" del armamento atómico y de los bloques militares, que colocan a los pueblos del mundo entero ante el peligro real de una nueva guerra? Uno de los argumentos más extendidos es que estos bloques han sido creados contra la "agresión", ya que la amenaza viene de la Unión Soviética. Pero, todos los pueblos conocen los anhelos pacíficos de la Unión Soviética, a la que ni siquiera se ha invitado a participar en los tales bloques. En cambio, los iniciadores han rechazado el pacto de la paz, propuesto por el gran dirigente del Estado Soviético, Stalin. Esgrimen tan extraño argumento, como si las gentes de esos países llamados de la "comunidad atlántica" tuvieran el "monopolio" de la cultura y el humanismo, y nosotros, gente soviética, descendientes de Pushkin y Tolstoy, de Mendeleev y Pavlov, que hemos construído con nuestras manos el primer Estado socialista del mundo, fuéramos los enemigos de la cultura "occidental" y "atlántica".

¿Puede, acaso, ningún verdadero luchador de la cultura y el humanismo concebir el desarrollo moral de la humanidad prescindiendo de la gran literatura, la ciencia y la música rusas? ¿Puede nadie justificar el desencadenamiento de la guerra más bestial, como la nueva guerra mundial llegaría a serlo, por no estar de acuerdo con el carácter y el desarrollo cultural que caracteriza la vida de doscientos millones de seres de los pueblos soviéticos, hace más de treinta años, y que ha unido en un haz a más de setenta nacionalidades? Se olvida que la nueva cultura socialista del pueblo soviético ha nacido y se ha desarrollado en el terreno cultivado por sus grandes antecesores. Se olvida que los treinta años de vida libre que

el pueblo soviético cuenta bajo el régimen del socialismo, no podían por menos de aportar al tesoro cultural de la humanidad una brigada de nuevos valores que, por lo menos, hace falta conocer, si de veras se aspira a la compresión mutua entre los pueblos.

Se afirma a veces, que el amor a sus tradiciones nacionales y a su suelo natal, estimulado por la nueva cultura soviética ha impedido a los hombres del país del socialismo llegar a comprender la llamada "cultura occidental". ¿Acaso la gran cultura de Francia, Inglaterra, Italia y los Estados Unidos no ha brotado toda ella de su suelo patrio? ¿No es precisamente por eso por lo que aparece tan grande y floreciente la verdadera cultura de toda la humanidad, como producto del desarrollo cultural de decenas y centenares de grandes y pequeños pueblos, que aportaron a la cultura algo nuevo y original? El amor al suelo nacional y nativo, la lucha contra diversas teorías extrañas a nuestro país, supone en nosotros el respeto y el amor a cuanto hay de avanzado y progresivo en la cultura de cada nación. ¿Quién no sabe que precisamente en el país soviético, más que en cualquier otro, se traducen y editan los autores clásicos y contemporáneos progresivos de muchísimos países; que la música mundial en nuestros conservatorios y en muchas escuelas musicales, de nuestro país se estudia y que la idea de solidaridad de todas las fuerzas progresivas contra la guerra, es una de las grandes ideas en las cuales se educa a nuestra juventud, junto con la sagrada idea del patriotismo?

Cabría preguntar, hablando claro: ¿de qué cultura se trata y qué unión es la que quieren los "copleros" del arma atómica y de los bloques militares?

En 1948, apareció en Nueva York un libro de William Vogt titulado *El camino de salvación*. William Vogt es el director de la defensa de las riquezas naturales de la Unión Panamericana. El prólogo de su libro fué escrito por el conocido político norteamericano Bernard Baruch. En sus llamadas investigaciones sobre el destino de la humanidad, William Vogt, se apoya en la teoría de Malthus. Como es sabido, para Malthus, la contradicción esencial de la existencia del género humano consiste en que los hombres se multiplican más aprisa que las posibilidades ofrecidas por la naturaleza para su sustento. En consecuencia, Malthus estima inevitable, y hasta deseable para la humanidad, la existencia de factores como la guerra, las epidemias, las enfermedades, la miseria y el hambre. Pero Vogt va aún más lejos que su maestro Malthus, intentando aplicar esta anticientífica teoría a la situación actual de pueblos y países.

En el capítulo que lleva por epígrafe "*Hay demasiados americanos*", afirma este autor que la población ideal, para los EE. UU., serían cien millones de habitantes, pues con lo que hoy tiene que sostener, este país está inevitablemente amenazado por un descenso del nivel de vida, ya que tiene un "exceso de población" de 45 millones de personas. Pero, la situación de los Estados Unidos no es tan terrible. De la misma manera que los fascistas alemanes justificaron su agresión por *falta de espacio vital*, Vogt la explica por la superpoblación de su país; de ahí la tendencia de ciertos círculos a apoderarse de las reservas y territorios de otros pueblos. Por ejemplo, escribe el citado autor: "*Nuestras reservas de minerales de estaño son limitadas; quizá necesitaríamos hacer la guerra para tener acceso a otros yacimientos*". Y, en otro lugar: "*En previsión del agotamiento de nuestras reservas de petróleo, enviamos nuestra flota al Mediterráneo, amenazamos a la Unión Soviética y exigimos el libre acceso a las riquezas petrolíferas de Asia*" (pág. 68).

Como veis, no es el carácter del desarrollo cultural el que pone en acción al apologista de una nueva guerra, William Vogt, apadrinado por su prologuista Bernard Baruch. Si realmente existen gentes lo bastante candorosas para suponer que la marshallización de toda una serie de países y el Pacto Noratlántico están inspirados en el deseo de mejorar la vida de las poblaciones de esos países, yo les recomiendo nuevamente que lean y relean a William Vogt. "*Desgraciadamente* —leemos allí— (e insisto de un modo especial en esta palabra: "desgraciadamente") —*a pesar de la guerra, de las atrocidades alemanas y del hambre, la población de Europa, sin contar a Rusia, ha experimentado, de 1936 a 1946, un aumento de 11 millones de hombres. Se calcula que en 1955 su población alcanzará a 404 millones de seres, es decir, que habrá aumentado*

un 10 por ciento en quince años. En lugar de los 370 millones de estómagos vacíos que es preciso llenar tres veces al día con productos del extranjero, habrá en Europa 404 millones de estómagos vacíos. El número de bocas hambrientas crece, pero la cantidad de tierra no aumenta". (págs. 199 y 200).

De aquí que William Vogt preconice como única salida a esta situación, la disminución de la población de Europa. Y, textualmente, escribe: "*Todo cuanto hacemos por obtener un acrecentamiento demográfico va en perjuicio de Europa y de nosotros mismos. La estabilización, seguida de la disminución del número de la población de Europa, constituiría nuestra mejor contribución a su florecimiento*". (pág. 211).

Quizás exista algún inglés lo bastante simplista para imaginarse que el arma atómica y el Pacto Noratlántico están destinados a defender la cultura inglesa y del viejo humanismo inglés. Pero la lectura de W. Vogt nos convence de que los creadores del arma atómica y del Pacto Noratlántico sienten el mayor de los desprecios hacia la nación inglesa, ni más ni menos que hacia las otras naciones del Viejo Continente. Para Vogt, el Nuevo Mundo ha nutrido siempre a Inglaterra y los cambios operados en este país no se habrían producido sin la ayuda de América. Y, en las condiciones actuales, dice: "*Si no queremos colocar a 50 millones de pies británicos bajo la mesa de nuestro comedor, veremos de nuevo cómo, por las calles de Londres, se reemprende la marcha del hambre*". (pág. 72).

Idéntica es la manera como concibe Vogt las relaciones con los demás pueblos. "*La más terrible tragedia para China sería el descenso de la mortalidad; el hambre en China, no solo es deseable, sino indispensable*". En la situación de China ve nuestro autor las siguientes cualidades: "*Una de las grandes ventajas, y hasta podríamos decir que la mayor, es la alta mortalidad de la población*". (pág. 186).

Según Vogt, la sabiduría de los antiguos griegos "*se revelaba en hechos que los historiadores raramente describen. Los griegos comprendían el peligro constante de la superpoblación y lucharon contra él, estimulando la prostitución, el infanticidio, la emigración y la colonización*". (pág. 58).

Pero, ¿a qué remontarnos a los antiguos griegos? El propio Vogt condena absolutamente la actividad de los médicos actuales. "*Los médicos* —prosigue— *concentran todos sus esfuerzos en una tarea: salvar a los hombres de la muerte... y mejorar la situación de la ayuda médica y de las condiciones sanitarias, pues tienen la responsabilidad de prolongar la vida de millones de menesterosos*". (pág. 48).

Es posible que los amigos de William Vogt me acusen de hacer "propaganda". Pero debo declarar sin ambarajes que quienes, como él, predican el oscurantismo y la nueva guerra, son, lisa y llanamente enemigos de la humanidad. Son, ante todo, enemigos del pueblo americano, que tampoco quiere la guerra y que, al igual que nosotros, no quiere el aniquilamiento de los seres del universo, sino, por el contrario, su felicidad y la elevación de su bienestar.

Fuí invitado, con otros hombres de la ciencia, del arte y la literatura soviéticos, a la Conferencia en Defensa de la Paz, organizada por los intelectuales de los Estados Unidos. Pudimos convencernos del sincero anhelo que los intelectuales progresivos de Norteamérica sienten de fortalecer la paz y la mutua comprensión entre los pueblos. A pesar del tono hostil de gran parte de la prensa, fuimos acogidos con afecto y cariño, en todos los sitios que visitamos. Esto explica, probablemente, la premura del Departamento de Estado y del Departamento de Justicia, en proponernos que nos "largásemos" cuanto antes del país. No sin extrañeza, hemos leído ciertas falsedades de la prensa que se llama "libre" en Norteamérica, como la de dar la noticia de haberse celebrado una manifestación de casi cien mil personas en contra de nuestra estancia en los Estados Unidos, cuando, con excepción de algunos grupitos de rompehuelgas, no hubo, que nosotros sepamos, manifestación alguna. Por todas partes, encontramos buena voluntad para escucharnos y comprendernos.

Estamos convencidos de que ninguna divergencia de ideas que pueda esistir en cualquier orden de la vida o la cultura, es bastante para impedir que las gentes honradas y objetivas de los diversos países se pongan de acuerdo contra aquéllos que atizan la psicosis de la guerra. Ningún hombre de la tierra que tenga conciencia, sea norteamericano o ruso, puede permanecer insensible

ante palabras como estas de Judin O'Neil: "*Ya es hora de que la raza humana desaparezca de la tierra, dando a las hormigas la posibilidad de hacer la tierra habitable para ellas*". O las explicaciones de Henri Miller: "*Tengo la esperanza, y abrigo la certeza de que el mundo civilizado será barrido de la tierra en los próximos cien años*". ¿Para quién no es claro que la profesión de tales puntos de vista es, simplemente, la continuación de las teorías racistas y antihumanas, encaminadas a azuzar en el hombre los más bajos y viles instintos, y a prestar un servicio a las gentes ávidas de dinero, afanosas de precipitar a la humanidad a una nueva guerra.

¿En qué parte de la tierra han venido al mundo semejantes seres, capaces de expresar tales opiniones? Donde quiera que hayan nacido, nosotros, hombres de diferentes nacionalidades, de diferentes horizontes políticos y credos religiosos tenemos perfecto derecho a llamarlos enemigos de la humanidad y, ante todo, de sus propios países.

Ya es hora de comprender que este nihilismo profesado con relación a la vida humana y a la existencia misma de la civilización, está pervirtiendo el alma de la juventud. Ya es hora de comprender que semejantes prédicas favorecen el desarrollo de la criminalidad y excitan los instintos más bestiales. La Oficina de Investigación Federal de los Estados Unidos ha reconocidos, el 14 de marzo, que el aumento de la criminalidad alcanza proporciones peligrosas, en aquel país. En el transcurso del año 1948, se cometió en los Estados Unidos un hecho oriminal cada 18,7 segundos. Se registra un promedio diario de 36 personas asesinadas y 255 mujeres violadas; cada 24 horas son robados 463 automóviles y se perpetran 2,762 crímenes de diversas clases. La cifra de delincuentes detenidos en 1948 rebasa todos los precedentes, habiéndose tomado las huellas digitales en ese año a 759,689 personas.

Lo más alarmante de los datos publicados por la Oficina Federal de los Estados Unidos es el hecho de que el índice de criminalidad, en 1948, haya crecido rapidísimamente en comparación a los años de anteguerra (1939-1941). Las violaciones de mujeres han aumentado el 49.9 %, los robos el 16.7 %, los asesinatos el 41.1 % y los saqueos el 8.9 %.

Es significativo que los diarios norteamericanos de todas las tendencias expliquen este aumento de criminalidad por el empleo abusivo de las bebidas alcohólicas y la corrupción de la juventud.

No tenemos derecho a pensar que esta corrupción, aunque sólo fuese de una parte de la juventud, la prepara para una próxima guerra, creando en su seno cuadros de malhechores, "Fuehrerillos" encanallados, semejantes a los que el fascismo alemán lanzó contra la humanidad en la pasada guerra.

Llamo desde aquí a todos los intelectuales, sin distinción de nacionalidad, raza, creencias políticas o religiosas, a elevar la gran voz del humanismo que nos ha sido legado por los mejores hombres de cada nación, contra los incendiarios de la guerra y sus apologistas, "copleros" y gentes de coro. Tenemos el deber de levantar la voz en defensa de los intereses de las madres y de nuestros hijos. Tenemos el deber de elevar más alta esta voz en defensa de nuestros hijos, porque de nosotros depende su propia existencia, su moral futura. Del alimento con que nutramos su cerebro y sus sentimientos dependerá el que el día de mañana, podamos hablar de ellos con orgullo, como continuadores del progreso humano o el que tengamos que llorar su esterilidad espiritual. Tenemos el deber de elevar de nuevo esta gran voz del humanismo, contra los incendiarios de la guerra, porque esto es lo que están esperando de nosotros millones de hombres sencillos de todo el mundo, que forman la mayoría de la humanidad, que llevan en sus corazones las mejores virtudes de cada nación y las mejores tradiciones del humanismo.

Este Congreso Mundial de la Paz es una prueba del poder invencible de los trabajadores de la cultura y confirma su fuerza cuando se unen a millones de trabajadores. Esta unión es la mejor prueba de la voluntad de todos los pueblos de fortalecer la paz. ¡Qué lo sepan los instigadores de una nueva guerra: los pueblos del mundo, exasperados, pueden darles su merecido!

¡Elevemos nuestras voces unidas todas en una sola, contra los instigadores y apologistas de la guerra, contra la excitación del odio racial y la enemistad nacional! La defensa de la paz, es deber de todos los pueblos del mundo.

¡Viva la amistad de los pueblos para la Paz!

¡Por la Paz, en el mundo entero!

DOS TIEMPOS
DE
LLANTO

Al morir el poeta Miguel Hernández

1942

I

Como un terrón que escapa del surco hacia los cielos,
cargado de asperezas y fragancias,
apareciste, hermano.
Contigo se elevaron la espiga y la paloma,
el íntimo perfume del romero,
el balido inocente de la oveja más tierna.

Te recuerdo invadido de rumores
como un olivar triste,
con la frente combada hacia la aurora
y un clavel horadándote las manos.
Te recuerdo de miel y espino seco.

En tus abarcas de pastor llevabas
todo el rocío virgen, todo el fuego
increado del alba;
en tu zamarra un áspero rumor de encinas graves,
y más adentro,
sobre tu corazón, la voz del río
donde, embriagado ruiseñor, creciste.

Oh, cantor milagroso de la ternura agreste,
un mastín te guardaba la osamenta
y a la puerta encrespada de tus venas
suspiraba una alondra.
Eras una raíz tan amorosa,
erguida con tal furia entre los hombres,

que se te oía correr la sangre hermosa
como un galope de caballos jóvenes
sujetos por un freno de alhelíes.

Un temblor de amapolas y trigales maduros
se asomaba a tus ojos
y una violenta sed te rodeaba,
una sed escondida
en los siglos de llanto,
en el hombre, en la piedra, en las retamas
que a nuestros campos dieron
su inmemorial tristeza.
Tierra tú mismo te nombraste, tierra,
y de la tierra fuiste a despertar al pueblo,
a ceñirle coronas,
a restañarle heridas
cuando la soledad y la agonía
como rosas de espanto a su sien se asomaban.
Ay, tu gloria fué entonces,
tus matinales nupcias con lo eterno.
Nadie puede decir cuándo morimos
para nacer al alba perdurable,
pero en aquella unión de sangre y tierra
te brotaron entrañas en la entraña,
alas crecieron de la pana honrada
que tu cuerpo vestía,
y tu canción se alzó sobre la muerte,
heroica, deslumbrante,
porque a la muerte misma se ofrendaba.

Solitario cabrero del verbo apasionado,
allí sigues viviendo, en ese instante
conmovido respiras,
sueñas,
cantas.
No has muerto, no pudieron
matarte los que a golpes de rencor te mataron.
La tierra no perece, y tú eres tierra,

toda la noble tierra de España que ahora cubre
tantos sueños tronchados.
Tú eres, niño de fuego, la esperanza.

II

Como un lucero herido que a la tierra desciende
después de dar su luz al mundo ciego,
partiste hacia las sombras.
Mírame aquí cantando con mis lágrimas
tu ausencia irreparable,
los enlutados ecos de tu canto.
Entre mis manos guardo su fulgor que no cesa;
España, tu gemido de fruta desangrada.

JUAN REJANO

LA ESCUELA ESPAÑOLA ENCADENADA POR EL FRANQUISMO

Comentarios a la llamada Ley de Educación Primaria

por ANTONIO BALLESTEROS USANO

EL FRANQUISMO, enemigo de la inteligencia y de la cultura popular, confirmando su esencial carácter contradictorio entre lo que de verdad es y lo que aparenta ser, ha promulgado, con gran estruendo exegético de sus panegiristas, una Ley de Educación Primaria. Elaborada en las celdas sombrías de las residencias ignacianas con la colaboración activa, aunque subordinada, de las jerarquías de Falange, ese engendro legislativo —sin padre conocido— fué presentado ante los procuradores franquistas de las llamadas Cortes, por un simple aparente respeto a fórmulas democráticas que desprecian y, en fin, sancionado con todas las de la ley —de la ley suya—, fabricada por él y para él, por el ungido por Hitler jefe del Estado azul español, Francisco Franco Bahamonde. La escuela española, la educación popular española fué, pues, regimentada por el régimen, para completar, de este modo, mediante la acción deformadora de las instituciones educativas, la opresión coactiva que las leyes de excepción, los tribunales especiales castrenses, la guardia civil, los guardias armados y el éjercito pretoriano realizan contra el pueblo que odia al régimen y lucha implacablemente contra él, intentando someterlo y esclavizarlo, por la fuerza.

Esta ley de educación, de mala educación, como veremos, rompe con las más valiosas tradiciones de la cultura popular española y aspira, con ignorancia de los más elementales principios de la dialéctica histórica, a someter la vida española, la sociedad española a principios vigentes en los más remotos siglos del feudalismo que tuvieron su justificación y, algunos de ellos, su valor creador en la época en que nacieron y se desarrollaron, pero que aplicados hoy representan bárbaros anacronismos que jamás podrán encarnar en nuestras costumbres y hábitos educativos.

Pocos pueblos, en efecto, con una cultura tan original, tan profunda, tan antigua como el nuestro. En él se cumple —acaso con más evidencia que en ningún otro— la ley del materialismo dialéctico que hace nacer de la entraña misma de las necesidades populares las grandes acciones históricas. El pueblo español ha sido, a lo largo de su vieja y dramática historia, siempre actor en las horas decisivas para su destino. Desde la lucha de ciudades y pueblos iberos contra las legiones pretorianas de Roma hasta la guerra de la Independencia y la batalla revolucionaria contra el fascismo internacional e interior, nuestro pueblo, con hondo sentido nacional, con clara conciencia de su responsabilidad histórica, frente a la pasividad temerosa o culpable de sus gobernantes y muchas veces contra ellos, ha tomado la iniciativa de las más altas empresas en defensa de su tierra, de las instituciones creadas por su esfuerzo, de sus derechos y de su independencia. Y la razón hay que buscarla en ese fondo ancestral de cultura auténtica, transmitida de generación en generación, que ha nacido de ignotas experiencias de siglos, de las duras luchas sociales emancipadoras, de la conciencia de clase cada día más despierta y aguda, del contacto con las más ricas y diversas formas de vida que han dejado su huella profunda en los hombres y en las cosas y cuyo producto es esa gracia, esa seguridad en sí mismo, ese señorío espontáneo de que hacen gala nuestras gentes. Con razón pudo exclamar un curioso viajero inglés después de conversar maravillado con hombres del campo andaluz, extremeño, castellano:

—¡Qué cultos son estos analfabetos...!

Contra este pueblo, contra los obreros y los campesinos, los pescadores y los pastores, los artesanos y los pequeños colonos dicta Franco su Ley de Educación, con la ambición de someterlos con el arma de la ignorancia y del faantismo. Igonora o pretende ignorar

que esos hombres cualquiera de ellos, puede darles, a su señoritos falangistas ignaros y a sus pedantes padres jesuítas, lecciones de sabiduría de tal profundidad que ni atisbos de su sentido humano podrán alcanzar ni adivinar siquiera.

Pero nos alejamos de nuestro propósito concreto, que no es sino comentar, en el tono y con la extensión debidos, esta Ley de Educación Primaria por la cual la escuela española queda encadenada con los grilletes de sus 7 títulos y sus 24 capítulos y con los eslabones negros y mohosos de su articulado, que llega hasta el número 115, más 17 disposiciones finales y complementarias.

Vamos, pues, a examinar este engendro legislativo del franquismo con la serenidad que nos permita la indignación irreprimible que en ocasiones, en muchas ocasiones, despertará en nosotros su lectura y su crítica.

TRADICIONALISMO ANTI-HISTORICO

El preámbulo justificativo de la ley es digna introducción a las arcaicas disposiciones de su articulado. Una primera declaración se refiere a la necesidad de anudar la "supervivencia del ser histórico" de España "maestra y educadora de pueblos" a "través —ese anudamiento— de sus generaciones fecundas de hoy que son infancia, niñez y juventud" con la tradición pedagógica nacional. No nos es posible comentar, aunque no por falta de ganas sino de espacio, esa clasificación arbitraria de las edades en la etapa evolutiva ni tampoco la calificación exclusiva de fecundidad para la infancia, la niñez, (que es infancia) y la juventud (que no es adolescencia). Otros menesteres nos reclaman. Y el más inmediato es la determinación que el texto hace de esa "tradición pedagógica nacional".

Se inicia esa tradición con Quintiliano, teórico español de la educación en la época imperial cuando, dice el texto, "España alumbraba Césares para Roma". Se olvidan los reverendos padres autores de la ley, del cordobés Séneca, autor de los Proverbios, en que se sientan principios pedagógicos fundamentales, y penetran en su terreno favorito que es la Epoca Feudal. Aquí la enumeración es prolija. Las obras de San Isidoro de Sevilla, las escuelas monacales, con la introducción del Salterio, la gran personalidad de Teodulfo consejero de Carlo Magno, la de Lulio y Nebrija y Vives son las raíces más ricas de esa tradición pedagógica netamente nacional. Y termina la enumeración, nada exhaustiva, como vemos, con los nombres de Ponce de León, de Pedro de Gante y de San José de Calasanz, convertido por el falangismo en inspirador y modelo de su doctrina y de sus prácticas pedagógicas.

La tradición pedagógica española muere en pleno siglo XVI, a creer a los exégetas del franquismo, ya que las alusiones que se hacen al Padre Manjón y a su asnilla y al eminente reformador de todas las *pedagógias* —como él decía— D. Faustino Rodríguez San Pedro, como ejemplares de la época actual, parecen formuladas sin demasiada convicción. Habría que discutir algunos de esos nombres, si mereciera la pena, como antecesores del franquismo. Si Luis Vives, por ejemplo, viviera hoy, seguramente habría tenido que refugiarse en Francia o en México, para librarse de ser *liquidado* por los franquistas. Su lucha contra la escolástica así lo hace sospechar. Pero, no nos detengamos en estos bizantinismos. Basta con reconocer que esas figuras, esas obras, esas instituciones características del dominio absoluto de la iglesia, como dirigente y propagadora de una cultura de clase y de dominio sobre el pueblo condenado inexorablemente a la más completa ignorancia, es la única tradición pedagógica con la que el franquismo pretende *anudar* la escuela y la educación de hoy, como método para lograr la *supervivencia del ser histórico* de España.

Todo lo demás, es decir, cuanto existe de renovador y de moderno, de positivo y popular en la educación española es calificado con las frases más despectivas por los autores de la ley. A partir del siglo XVI, en España no hay más que *materialismo ateo, obra anárquica del siglo XIX, influencias materialistas y desnacionalizadoras, radical subversión de valores.* Se niega así y pretende desconocerse —a pesar de que se conoce demasiado— lo más valioso y creador de nuestra actividad pedagógica que se inicia en Jovellanos y su reforma liberal; con la introducción en nuestro país de las ideas pestalozzianas por Amorós y otros de sus dis-

cípulos; por la creación de las primeras escuelas de párvulos, por Montesinos, inspirándose en los Kindergarten de Froebel; por la reforma de Moyano; por los esfuerzos del liberalismo español, en lucha con la iglesia y el carlismo, por fomentar la educación popular mediante la creación de escuelas y el fomento de las instituciones de enseñanza de diversos grados. Y a fines de ese siglo XIX, cuya obra se califica de anárquica, cuando España pierde los últimos vestigios de su vasto imperio colonial, un grupo de hombres de amplio espíritu liberal, Unamuno y Ganivet, Costa y Azcárate, y sobre todo D. Francisco Giner y D. Manuel Bartolomé Cossío, promueven un gran movimiento en favor de la educación, y convirtiendo a la Institución Libre de Enseñanza, en un foco de irradiación de cultura, se crean el Museo Pedagógico Nacional, la Escuela Normal Central, la Junta para Ampliación de Estudios, y se difunden las excursiones a la sierra, las colonias escolares de vacaciones, el amor por el arte, la exaltación del floklore nacional, la educación conjunta de niños y niñas y se celebran Congresos pedagógicos en que se discuten y se difunden las nuevas ideas, creándose de esta manera y con las numerosas publicaciones de temas pedagógicos, un ambiente nacional en favor de la cultura cuya trascendencia llega hasta nuestros días, neutralizando, aún hoy, cuanto de bárbaro y cerril pretenda imponer el franquismo. Esa es la tradición auténtica de nuestra Pedagogía que tiene su expresión cuando España se libera de la Monarquía y se proclama la República, en ese renacer de las aspiraciones populares, en la creación y construcción de millares de escuelas, en la aprobación del Presupuesto de Cultura, en la reforma de las Escuelas Normales y de la Inspección, en las Misiones Pedagógicas, en los cursillos y conferencias pedagógicas, en esa *Barraca* garcialorquina que sembró por los pueblos su gracia, su poesía y su ensueño. Esta sí es nuestra auténtica tradición, que llega a su máxima altura cuando en plena guerra de liberación, llevando en sus manos el Partido Comunista de España la dirección de la Educación Nacional, al par que se combate con arrojo y heroismo, se crean instituciones que aspiran a satisfacer las ansias liberadoras de nuestro pueblo. Los Institutos para obreros, la obra de Cultura Popular, con sus bibliotecas, sus rincones de lectura, sus exposiciones, su siembra de libros, las Milicias de la Cultura y las Brigadas contra el analfabetismo, la creación a millares de nuevas escuelas, el aumento de sueldo a los maestros, demostraron a nuestro pueblo quiénes eran los auténticos representantes de la tradición de nuestra pedagogía y de nuestra cultura.

Frente a esa obra luminosa y magnífica, que no puede destruir la rabia iconoclasta de los ignaros pedagogos del falangismo, la iglesia y las clases que apoyan al franquismo sólo pueden ofrecer esa figura desmedrada, bondadosa y simpática del padre Manjón, montado en su asnilla, recorriendo la gloria perfumada de los Cármenes granadinos y cuya máxima aportación pedagógica consistía en echar una *perra chica* en un lebrillo lleno de agua, no muy clara, para que los jitanillos del Sacro Monte tuvieran que sacarla con sus dientes y de esa manera se lavaran diariamente los *hocicos*.

UNA ESCUELA VATICANISTA

AL fundar la educación en esa pretérita tradición arcaica, la ley, consecuente con el criterio de quienes la engendraron, proclama como primero y más fundamental de sus principios, el religioso. ¿Cómo se intepreta y aplica este principio a la educación y a la escuela? Sus redactores, los redactores de la ley, no tienen empacho en proclamar que la letra y el espíritu de ella se acomoda y subordina fielmente a la Encíclica de Pío XI, *Divini illius Magistri*. Y se explica esa inspiración en esos principios romanos, porque el propio preámbulo de la ley reconoce, dando a esta declaración la máxima solemnidad, "el derecho preeminente e independiente de toda potestad terrena que tiene (la iglesia) sobre la educación por títulos de orden sobrenatural y la potestad que le compete, cumulativamente con el Estado, de fundar escuelas de cualquier grado". Y más adelante —ratificado tal criterio— añade que ese derecho nace de "la naturaleza jurídica de la iglesia como sociedad perfecta y soberana".

Al leer esta literatura, que tiene el regusto clásico de una traducción latina, nos parece sentirnos transportados a épocas en que la iglesia ejercía el poder soberano sobre los negocios eternos, y a la vez, sobre los más prosaicos y productivos de este mundo de condenación y penitencia. Ni siquiera en la propia Edad Media, especialmente en su última mitad, hubiera hecho el poder civil una entrega tan incondicional de sus derechos en favor del poder eclesiástico. Porque esa competencia *cumulativa* del Estado para fundar y dirigir escuelas, que se expone en la ley, más parece, y de hecho lo es, una concesión del poder *eterno y soberano* que un derecho indiscutible de la autoridad civil. Ello es posible y explicable sólo si tenemos en cuenta el origen ilegítimo de esa autoridad, su carácter impositivo y antipopular, lo exiguo y mediatizado de su propia existencia y esencia, que se volatilizarían si le faltaran los apoyos del alto clero, es decir de Roma, de la nobleza terrateniente y de las jerarquías militares que le sostienen y amparan. Ese es, pues, un reconocimiento desvergonzado de la dependencia incondicional del Estado franquista respecto de poderes extranjeros. Y eso lo realiza un régimen que clama a todos los vientos su espíritu nacionalista y su incontrastable patriotismo y que acusa todos los días de vendepatrias, de enemigos de España a sus oponentes.

La escuela española lanzada a un retroceso de muchos siglos, no es ya confesional, como lo fue —aunque con evidentes limitaciones— en las últimas épocas monárquicas, es una escuela al servicio de las organizaciones eclesiásticas, subordinada a los dictados de Roma para el cumplimiento de sus designios políticos, sociales y también económicos. Porque es evidente que este monopolio educativo de España, ejercido por el Vaticano, es un buen negocio, no sólo por abandonar en sus manos los colegios de máximos ingresos, sino por la acción dirigente que la posición de la iglesia dentro del Estado supone cerca de las clases más ricas e influyentes de la economía nacional.

Después de esa declaración de principios, parecerá superfluo que enumeremos las funciones que en el articulado de la ley se entregan directa o indirectamente a los poderes vaticanistas. Bastará copiar, a título de ejemplo, el texto del artículo 3º, que literalmente dice así:

"Se reconoce a la iglesia el derecho a la creación de escuelas primarias y de Escuelas del Magisterio, con la facultad de expedir títulos respectivos en la forma que se determina en esta ley.

"Se reconoce también a la iglesia el derecho de vigilancia e inspección de toda la enseñanza en los centros públicos y privados de este grado en cuanto tenga relación con la fe y las costumbres".

Si los preceptos de este artículo los ponemos en relación con los del artículo 25, cuyo párrafo segundo dispone que: "estas escuelas (las de la iglesia) tendrán plena libertad de organización en su régimen interno, didáctico, económico y administrativo", no habrá nadie que nos tache de sectarios al afirmar que la escuela española ha perdido su condición nacional para ser entregada, maniatada e inerme, a la omnímoda voluntad de Roma.

Esa dirección e influencia eclesiástica apenas está limitada o condicionada por el Estado, ya que al hablar de los derechos de éste, se dispone en el artículo 1º de la ley que:

"Corresponde al Estado proteger y promover la enseñanza primaria en el territorio nacional, crear y sostener las escuelas, que aparte de la iniciativa privada y de la iglesia, sean necesarias para la educación de todos los españoles. . ."

Incluso la creación de escuelas, deber esencial del Estado, se subordina a que "sean necesarias" "aparte de la iniciativa privada y de la iglesia". Estas iniciativas tienen prelación en derecho y deber a las del poder público, que renuncia así a una de las prerrogativas ya defendidas con tesón en el siglo XIII y XIV por los burgos nacientes, frente al dominio absorbente de Roma.

También el Movimiento nacional —o sea la Falange— tiene función directiva sobre la escuela, la enseñanza y los maestros a través del SEM (Servicio Español del Magisterio), a través del Frente de la Juventud y de la Sección Femenina de la Falange. Nuevos y más fuertes e irrompibles grilletes vienen así a esclavizar y marcan con divisa de fuego la institución encargada de la educación del pueblo y de la incorporación de las masas a la cultura.

Después de esos preceptos monopolizadores, nos parecen un sarcasmo aquellas manifestaciones del preámbulo y del texto de la ley que se refieren a los derechos de la familia —"derecho primordial e ineludible—" de educar a sus hijos y de "elegir a los educadores". Poco les queda donde elegir. Cualquier clase de escuelas —públicas o privadas primarias o de párvulos— todas han de subordinarse a los dictados de la iglesia, a las normas canónicas, a los preceptos y dogmas religiosos, a la inspección de los eclesiásticos cuyo poder es superior a la inspección del propio Ministerio. Pero por si hay algún padre que se decida a dar un sentido distinto al oficial a la educación de sus hijos, el artículo 1º les advierte que es su deber primordial e ineludible subordinar esa educación "al orden sobrenatural".

Cabría hacer aquí, si hubiera espacio, un estudio aleccionador acerca de la capacidad de adaptación de la iglesia al medio social y político. Porque mientras en países de un régimen en que triunfa un criterio laico y de exclusión del dogma de la enseñanza, reclama la iglesia, con campañas escandalosas, la libertad de educación y el respeto a la conciencia de los niños, en aquellos otros donde tienen la sarten por el mango, como en España, muestran su verdadera faz, anulan toda posibilidad de libertad, e imponen el más feroz monopolio de la educación en todos los grados y en todas las instituciones.

UNIDAD ESCLAVIZADORA

El texto de la ley tiene junto a ese imperativo más que religioso, clerical y fanático, otro principio rector de la educación primaria: el de la unidad nacional o con palabras de la propia ley "un espíritu nacional y único que instale en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la Patria, de acuerdo con las normas del Movimiento y de sus organismos". Podríamos multiplicar los textos en que se impone esa unidad, como doctrina básica española que persigue de manera obsesiva el pensamiento de los autores de la ley. Pero basta con las frases copiadas para dar idea del sentido y la orientación.

¿Por qué tan machacona insistencia en la proclamación de esa doctrina? Podría darse como explicación aquel adagio popular que afirma: *dime de lo que blasonas y te diré de lo que careces.* Porque el franquismo, que a diario pregona la conquista de la unanimidad o al menos de la mayoría de la opinión nacional, sabe, mejor que nadie, que si existe alguna unidad en la España de hoy consiste en la oposición y el odio al caudillo y a todos sus cómplices y colaboradores en la explotación del país. Por lo demás, nunca la lucha de clases —que intentó vanamente aplastar el movimiento de rebelión fascista— ha sido más aguda y violenta, a pesar del terror y de las leyes de excepción y persecución contra la clase obrera. Nunca los antagonismos entre las mismas fuerzas en que primeramente se apoyó el régimen, fueron más evidentes y las contradicciones —entre ellas— más furiosas e irreconciliables. El régimen se mantiene en pie por la ayuda exterior del imperialismo yanqui-británico y por el temor —muy fundado— de que cualquier cambio sea aprovechado por el pueblo para lanzarse a la conquista del poder para la República, arrasando cuanto se oponga a su legítima aspiración de libertad.

No hay unidad en la España "imperial". Pero es que esas doctrinas unitarias a base de aplastar implacablemente —o de intentarlo— las disidencias no podrán imponerse y triunfar jamás, porque contradicen radicalmente una de las más ricas características de la realidad nacional y de la cultura de nuestro pueblo.

España es, en cuanto a la cultura, un país esencialmente múltiple. Y justamente en esa variedad —que no contradice a la unidad política y social de nuestro pueblo de que habrá de ser exponente, después de la liberación, la unidad multinacional de nuestro Estado— está su riqueza cultural y su máxima originalidad. Es múltiple por haber confluído en su tierra la influencia y la acción de culturas y civilizaciones dispares y eminentes: como la griega y, sobre todo la romana, la musulmana y la judía. Y no sólo nuestro idioma, nuestras ciudades, nuestros monumentos riquísimos en su calidad y en su multiplicidad, nuestra literatura, nuestro arte, nuestros grandes filósofos desde Seneca y Quintiliano hasta Maimónides y Averroes, sino lo que es más profundo aún, nuestras

costumbres, nuestra mímica, nuestros sistemas de cultivo y de riego, estén impregnados de esas influencias dispares y magníficas en su variedad. Pretender anular ese transfondo de experiencias y de inspiración para lograr la unificación basada en lo cristiano y más aún en lo católico, sería tanto como pretender anular la más rica tradición española y la historia misma de nuestro país.

Esa multiplicidad fecunda se expresa en nuestras comarcas, en nuestros pueblos en nuestras nacionalidades, de tan alta historia y de realidad tan evidente. Matar esa floración de la tierra y de los hombres sería empobrecer España, aniquilar fuentes inagotables de creación y de riqueza. Pero nunca podrán matar esas personalidades nacionales, y la prueba es que hoy se hallen más fuertes en su conciencia despierta y activa, en la exigencia de sus derechos, en su sentido español apretadamente unido hoy, dentro de su multiplicidad, para la reconquista por el esfuerzo común, del ejercicio de la diversidad española.

He aquí por qué, reiteramos, esa ley de educación, entre otros caracteres que la hacen incompatible con nuestro pueblo, es fundamentalmente antiespañola.

DERECHOS CONTRA EL NIÑO

En el preámbulo y en diversos artículos de esta ley opresora y arcaica, se esfuerzan sus autores por demostrar una gran preocupación por la infancia. Ya hemos visto en las notas anteriores cómo su verdadera intención es, por el contrario, aplastar el desarrollo espontáneo y libre de la vida infantil. Pero sabemos que ya que no en otra cosa, los franquistas son maestros en el disimulo, en la mentira procaz y cínica. Y así sucede con esa aparente atención amorosa que fingen hacia el niño. En el título III, artículo 53 de la ley se dedica un apartado a lo que llaman pomposamente *Derechos educativos del niño* basados —afirman— en la Declaración de Ginebra, "encuadrados en el orden cristiano". Por cierto que en su afán de mentir, aseguran que esa inclusión es una novedad legislativa, cuando todo el mundo sabe que en el articulado de la Constitución de la República figura el reconocimiento de los derechos del niño de la Declaración de Ginebra, como ley del Estado.

Pero no es ese *lapsus* lo que despierta el asombro o la indignación, según el temperamento del lector. Lo monstruoso está en el texto de esos pretensos derechos de la infancia tan cínicamente exhibidos como básicos para la educación. Su simple enumeración bastará a nuestros propósitos. Los derechos franquistas del niño incluyen: "un hogar paternal donde sea tutelado amorosamente"; "protección sanitaria que desarrolle su contextura física"; una comunidad local que reconozca sus necesidades, le ampare, etc.; "instituciones escolares sanas, alegres, infantiles"; "alimentación sana y vestido en caso de necesidad"; "una cultura mínima"; "una formación de acuerdo con su aptitud"; "ser eximido de todo trabajo durante la edad escolar".

He aquí la farsa innoble de los derechos del niño franquismo. Porque justamente ese régimen sanguinario, de una ferocidad inhumana para el pueblo, se complace en aplastar, sin piedad, esos indeclinables derechos de la infancia. Las viviendas populares en ciudades y aldeas son hacinamientos monstruosos, donde la promiscuidad es su más leve defecto. Los niños mueren en proporciones aterradoras porque el hambre, la miseria y el abandono aniquilan sus vidas; por cientos se cuentan los niños que mendigan por las calles, harapientos, famélicos, consumidos por la anemia. No hay escuelas suficientes, por lo que está sin instrucción más de la mitad de la población escolar y crece de manera asombrosa el analfabetismo. Los escasos servicios de asistencia son lugares de explotación, que rebajan la dignidad de los que han de acogerse a ellos: Ese trato *paternal amoroso* tiene su expresión en una disciplina basada en la violencia y en los más bárbaros castigos físicos y morales. Y, sobre todo eso, una educación de clase separa a pobres y ricos, acentuando así el contraste entre los que nada tienen y los que todo les sobra. Mientras que el espectáculo de las persecuciones, del terror, de la matanza de sus padres, hermanos y madres siembra en la conciencia del niño un sedimiento de odio y de dolor que jamás podrá ser superado.

Esos son los derechos reales del niño bajo

Franco. Derechos contra el niño que alguna vez, en la España liberada, se volverán contra sus opresores y entonces esos niños explotados, doloridos y tristes de hoy pedirán cuentas, con una profunda mirada implacable, a los autores de esa burla sangrienta, de esa ficción que les ofrece una vida dichosa, cuando la intención y la acción son los de dar sin tasa el dolor y la muerte desesperada.

MAESTROS CATEQUISTAS

EL espacio y la paciencia del lector imponen un límite a estos comentarios. Tendríamos aún multitud de temas interesantes, que invitan a su examen. Los abandonamos con pesar. Sin embargo, vamos siquiera a aludir a dos aspectos más de la ley falangista: la condición de los maestros y la índole de la enseñanza.

La formación del maestro se entrega a las llamadas Escuelas del Magisterio que estarán, como las primarias "bajo la advocación de Jesús, maestro y modelo de educación". Su preparación, la de los maestros, se inspira en el propósito catequístico como esencial, ya que en ella se subraya la importancia de "la doctrina y práctica religiosa y la metodología teórica y aplicada de la enseñanza de la religión". Los estudios duran tres cursos, y además de esa preparación religiosa, deben basarse en los "principios que han inspirado la historia nacional", a fin de que se desarrolle en los maestros "un concepto claro de la unidad de destino de España". Hay además una preparación profesional de la que están excluídos los fundamentos filosóficos, sociales y psicológicos de la educación así como el estudio del niño, bases ineludibles hoy de toda preparación científica de los educadores.

Es verdad, que la misión que se les encomienda no requiere una gran preparación científica. Basta con su espíritu *nacional* y con la *teoría y la práctica religiosas*. Porque entre los derechos y deberes de los maestros figura el siguiente párrafo que no resistimos a la tentación de copiar literalmente para regocijo amargo de los lectores:

"El maestro debe cooperar con la familia, con la iglesia y con las organizaciones del Estado y del Movimiento" —dice el artículo 57— y añade: "Con la iglesia, mediante el respeto filial a la misma, la conducción de los niños a la misa de la parroquia los días de precepto y una perfecta inteligencia con el párraco, que permita su eficaz acción apostólica en los escolares feligreses y entre los niños, visitar las escuelas, tanto públicas como privadas, y explicar en ellas algún punto de doctrina cristiana..." Con el Frente de la Juventud y la Sección femenina de la Falange prestando eficaz colaboración a la obra que estas instituciones realizan".

LA LUCHA IMPLACABLE POR LA CULTURA

DESDE las páginas combativas de nuestra revista, que nace a la vida bajo el imperativo de la reconquista de nuestra patria para el ejercicio auténtico de la libertad y el disfrute de una vida en plenitud, denunciamos este atentado contra la cultura popular española, tan rica en manifestaciones magníficas, que representa esa infamante Ley de Educación Primaria. Si no supiéramos ya lo que es el franquismo, todo lo que representa de antiespañol, de antinacional y contrario a todos los más altos principios humanos, bastaría la lectura de ese estatuto para condenarlo como régimen enemigo del hombre y de la existencia misma independiente de nuestro pueblo. No es posible despreciar, con una política de avestruz, esa acción, pérfida y malintencionada con un gesto elegante de superioridad, que considera sin valor lo que le desagrada. Esa ley es el intento meticulosamente preparado de alterar la ruta histórica de nuestro pueblo, sembrando en la conciencia de las nuevas generaciones doctrinas que por lo pronto, producirán en ellas la confusión respecto de lo que han sido los más altos valores de nuestra cultura, y acaso, el desprecio hacia cuanto de digno y de noble tiene que defender el hombre de nuestro tiempo. Es verdad que no es posible hacer retroceder la cultura de un país, ni menos oponerse al curso progresivo de la Humanidad hacia formas más justas de organización. Pero es indudable también, que, neutralizar y vencer lo que

están sembrando los amos de la educación en España, costará a nuestro pueblo, no sólo un tiempo mayor y más duros e improbos esfuerzos, sino más dolor, más sangre, más víctimas robadas a la obra de reconstrucción.

Por eso la conclusión que sacamos de esta exposición no puede ser otra que la necesidad de que todos los españoles de conciencia y de verdadero patriotismo nos unamos estrechamente y nos lancemos a la única forma de evitar el crimen de lesa cultura que el franquismo está cometiendo; el combate, la ayuda a los que luchan, la implacable hostilidad contra los usurpadores del poder. Todos los esfuerzos son pocos. Los nuestros y los de los demás hombres y de los pueblos amigos. Franco, el franquismo, por sus crímenes, por su entrega a intereses extranjeros y por la perversión de las nuevas generaciones, es reo del delito más imperdonable y como tal debe ser tratado, como tal debe ser juzgado. En el acta de acusación, esa ley bárbara y anacrónica debe figurar como una de las pruebas más abrumadoras.

LA REVISTA "ESPRIT" Y LA VERDAD SOBRE ESPAÑA

por JUAN VICENS

NO HACE MUCHO, publicó *Excelsior* cuatro artículos del escritor católico frances Marius Gandilhon, traducidos de la revista *Esprit* (y no *Sprit*, como escribe *Excelsior*), con el título general *Detrás del silencio de España*, que no deben dejarse pasar sin comentarios.

Durante la guerra en España, seguí con alguna atención las alternativas que, con respecto a la lucha patriótica y liberadora de nuestro pueblo se manifestaban en la actitud de ciertos círculos católicos franceses, entre ellos el que publica esa revista. Por desgracia desde que estoy en México, no he tenido facilidades materiales para informarme acerca de la actual posición de dichos elementos. Por eso he leído con el mayor interés los artículos reproducidos por *Excelsior*. Si se los considera de modo superficial, podría parecer que responden a la misma actitud que la revista *Esprit* adoptó durante nuestra guerra. Pero si ello indujera a creer que esa actitud permanece geométricamente en el mismo punto que en aquel momento, eso quiere precisamente decir que, en su desarrollo dialéctico, la posición de hoy es cabalmente contraria a la de entonces. Creo, en efecto, que durante nuestra guerra, *Esprit* había llegado a ese punto *avanzando*, mientras que ahora llega a él *retrocediendo*.

La actitud mantenida en aquellos años por los colaboradores de *Esprit*, por lo menos los de mayor peso, podía ser considerada como de tipo positivo, y significaba que aquellos católicos, sumergidos en medios en los que se desarrollaba una desenfrenada propaganda contra nosotros, los republicanos, y contra el pueblo español en lucha frente al fascismo, se esforzaban en comprender y comprendían hasta cierto punto, la verdad y el sentido de los acontecimientos. De ahí su posición, que si bien no era francamente favorable a nosotros (salvo casos aislados), no hacía el juego al fascismo franquista, y es lo cierto que, a lo largo de la guerra, esa actitud fué haciéndose más y más comprensiva para la causa del pueblo español.

Pero, desde entonces, han ocurrido muchas cosas. Francia ha estado ocupada por los nazis. El fascismo internacional, ayudado por los grandes intereses en el seno de las llamadas democracias occidentales, ha desencadenado y sostenido una guerra atroz e inhumana contra la humanidad. Franco, entre tanto, lleva todos estos años asesinando y torturando a los mejores patriotas españoles y destrozando nuestra patria. No es posible que un observador francés inteligente y sinceramente antifascista regrese ahora de buena fe a aquella posición de esfuerzo por comprender, que tal vez algún día pudo ser explicable. Tales actitudes sólo pueden mantenerse hoy con la intención consciente y deliberada de ayudar al fascismo español.

En aquellos años, dada la cerrada conspiración del silencio que la gran prensa mundial sostenía en torno a los crímenes de Franco, cualquier observador honrado, como algunos colaboradores de *Esprit*, que rompiese esa conspiración para referir hechos desfavorables al franquismo, prestaba un servicio a la causa del pueblo español. Hoy, en cambio, es posible ayudar a Franco, y muchos como el señor Gandilhon lo hacen, admitiendo gran número de hechos desfavorables al régimen franquista que ya no son un secreto para nadie, ocultando algunos de los fundamentales y silenciando, sobre todo, sus verdaderas causas, para extraer de todo ello aviesas consecuencias.

Pero, si a cualquier observador francés inteligente le sobran elementos de juicio para comprender, el caso es todavía más grave en lo que se refiere, concretamente, al señor Gandilhon. Este, en sus artículos, muestra un conocimiento nada vulgar de las cosas de España. Los hechos que expone para describir la situación de nuestro país son, en general, exactos y aparecen recogidos con acierto, cosa a la que no estamos, en verdad, acostumbrados. No así en cuanto a los que silencia, la mayoría de ellos esenciales, y dado el conocimiento que de los demás demuestra, no es posible pensar que los ignore. Lo que el señor Gandilhon llama el *silencio de España* no es, en realidad otra cosa que su sordera voluntaria; la peor de las sorderas como dice el dicho, que no le permite oir el clamor de todo un pueblo oprimido, torturado y escarnecido.

Dada la larga y conocida historia de *Excelsior* en cuanto al problema español, el primer indicio del verdadero carácter e intención de esos artículos nos lo da ya su publicación en el mencionado periódico. Sería, en verdad, inexplicable que *Excelsior* brindara cabida en sus columnas nada menos que a una serie de artículos de una revista del tipo de *Esprit*, reputada como órgano de un grupo de católicos liberales, demócratas y progresivos. *Excelsior*, o quien se los haya proporcionado, ha juzgado, y no sin razón, que con la reproducción de tales artículos podría prestar, como de costumbre, un apreciable servicio a la causa del franquismo. (Sería curioso conocer de dónde salió la idea de publicar en México estas apreciaciones coincidiendo, por cierto, con la celebración del Congreso de *Pax Romana*, en el que tan importante papel han jugado los agentes del franquismo).

El segundo indicio nos lo ofrece la coyuntura en que esos artículos se han publicado; en el momento en que los padrinos y cómplices de Franco daban la batalla para que las potencias imperialistas hagan las paces *en la forma* (pues *en el fondo*, sus re-

laciones son, pese a ligeras rencillas, bastante cordiales) con la España franquista y sea ésta admitida en organismos de la O. N. U. Los artículos del señor Gandilhon, en forma hábil y sutil, son parte de esa campaña, o por lo menos, la sirven.

El señor Gandilhon se presenta como observador *objetivo* y *desapasionado*. El pueblo español conoce demasiado esa famosa *objetividad*, que se adujo como justificación vergonzosa de la *no intervención* y de todas las infamias cometidas contra nuestro país. En situaciones como la de España, la supuesta *objetividad*, el supuesto *desapasionamiento*, son criminales. Es evidente que todo ser humano honrado que presencie cómo una pandilla de bandidos roba y asesina a un hombre indefenso, no podrá guardar *objetividad* ni *desapasionamiento*, sino que obrará inmediatamente en favor de la víctima, y con el mayor partidismo y apasionamiento, encendido en humana indignación, se apresurará a oponerse a los criminales. No es preciso insistir, después de todo lo ocurrido y de lo que hoy ocurre en torno a la lucha de España, en que esa *objetividad* y ese *desapasionamiento* son siempre la máscara de la ayuda a los criminales en contra del pueblo español. El propio señor Gandilhon cita un caso de reacción humana y honrada ante España, al referirse, en su primer artículo, al escritor francés Jean Cassou.

Podrían comentarse detalladamente esos artículos, para mostrar las consecuencias falsas que en ellos se extraen de hechos a veces ciertos, apoyándose en la ocultación de otros de primordial importancia y de sus causas. Dada la limitación de espacio, pondré solamente algunos ejemplos.

Tras de describir con bastante justeza la base política del régimen franquista, el autor se refiere a la feroz represión ejercida contra el pueblo español, con frases tan versallescas como ésta: "La policía, al contrario, reorganizada según los métodos alemanes y encuadrada con elementos muy dinámicos, muestra con algo más de lógica y de rigor, mayor eficacia". Los centenares de miles de presos y de asesinados y torturados por ese *dinamismo* de la policía franquista podrían dar algunos detalles sobre él, no tan elegantes y asépticos como esa frase del señor Gandilhon. Recordemos los relatos que, en sus inolvidables cartas, hacían Gómez Gayoso y Seoane.

En su análisis, bastante bien informado, de la catastrófica situación económica de la España franquista y de la disminución constante de la producción agrícola e industrial, el señor Gandilhon calla lo principal; el pueblo español produce cada menos por su deplorable estado físico y por la falta de estímulo para trabajar y producir, ante la explotación feroz de que es víctima. Y, en cuanto a los campesinos, por la seguridad de que la pandilla de bandidos de la Fiscalía de Tasas y los estraperlistas del mercado negro les robarán cuanto produzcan. La sordera voluntaria del señor Gandilhon no le permite establecer el contraste en ese punto con la que ocurre en las nuevas democracias de Europa, donde el pueblo entero, sin la famosa *ayuda* del capitalismo imperialista, reconstruye su economía con increíble rapidez.

Se recurre una vez más, en esos artículos, para explicar la marcha de la política exterior del franquismo, a la *marrullería gallega* de Franco. Explicación que, evidentemente, cuadraría bien a una novela costumbrista, pero que es impropia de un análisis serio y profundo del asunto. Y es que, repitámoslo, la sordera voluntaria del autor de los artículos le hace ocultar la raíz de esa evolución. Franco sirve los intereses de un puñado de explotadores de su pueblo y por eso se alía, en cada momento, con quienes mejor pueden apoyar esos intereses, vendiendo la soberanía nacional al mejor postor. La supuesta *marrullería gallega* de Franco no es, pues, más que la infamia y falta de escrúpulos de los terratenientes y capitalistas españoles.

Según el señor Gandilhon, el pueblo español está cansado, desmoralizado y sumergido en una pereza a la que, según él, es propenso desde hace siglos. No quiere ni oír hablar de lucha ni de resistencia al franquismo, y mucho menos, de otra guerra civil, y es capaz de soportar —el señor Gandilhon no se aventura a decir hasta cuándo—, su miserable situación, por la famosa capacidad de sobriedad y resistencia de ese pueblo. Conocemos esa cantilena, que el propio régimen franquista entona y que un diario inglés repetía no hace mucho diciendo que el español es un gran soldado, o sea carne de cañón barata para el imperialismo, capaz de vivir días y días con un pedazo de pan y una lata de sardinas. Pero una cosa es ser capaz y otra no tener más remedio. Quiere el señor Gandilhon, por lo visto, que el pueblo español, frente al tremendo aparato policíaco y a la feroz represión que sobre él pesan, abandonado, escarnecido y traicionado por las llamadas democracias, desangrado e inerme, derribe de un manotazo el régimen franquista. Y como no puede hacer ese milagro, el señor Gandilhon, con lógica muy grata para *Excelsior*, decide que eso quiere decir que se resigna y acepta el franquismo. Aunque la sordera voluntaria del señor Gandilhon no le permite enterarse de ello, el pueblo español lucha heroicamente, en medida superior a sus posibilidades, y no se resigna, sino que, dirigido por el Partido que le infunde fuerza patriótica, conciencia combativa, unidad y organización, está firmemente decidido a derribar el franquismo y a reanudar su marcha hacia la verdadera democracia. Testigos ejemplares de ello, son los héroes que caen diariamente en esa lucha.

Salpicadas en los artículos en cuestión, encontramos algunas frases de vergonzosa defensa del franquismo. Aparte del sentido general que los inspira, según el cual, ese régimen fué, primeramente, un fascismo *dinámico*, que *golpeaba el hierro mientras estaba caliente* (el *hierro*, en la mala literatura del señor Gandilhon es la carne palpitante del pueblo español), pero luego ha adoptado una política *paternalista y oratoria*. Según el autor de esas monsergas, el Ministro francés Bidault cerró la frontera francoespañola, pura y simplemente *porque había oído decir* que Franco era tan abyecto como Mussolini, tan criminal como Hitler, tan hipócrita como Salazar, tan crapuloso (pésima traducción de la palabra *crapule)* como Laval y tan bestia (traducción igualmente pésima de la palabra francesa *bête)* como Pétain. Suponemos que el señor Gandilhon y sus amigos habrán tenido tiempo de *informar mejor* al señor Bidault. Dice también, en el primer artículo: "Será necesario tratar de ver el franquismo como cosa distinta de un simple epifoneme de la historia es-

pañola, injertada en ella por la voluntad de Hitler y Mussolini y sostenida maravillosamente por la de Truman... Y es que el franquismo hunde sus raíces en el pasado español". He ahí la filosofía de la historia de España del señor Gandilhon y la raíz de sus ocultaciones y *errores* de interpretación. Y no creo necesario citar más ejemplos.

Pero, no quiero terminar este artículo sin señalar un aspecto esencial del retroceso que la posición del señor Gandilhon supone con respecto a la actitud mantenida por la revista *Esprit* cuando la República española tenía un ejército en lucha. Al describir los apoyos fundamentales de que goza el régimen franquista, menciona a la Iglesia, y como de costumbre, cita gran número de hechos certeros y veraces. Y lo mismo al referirse a la influencia decisiva de la Iglesia en materia de lo que en la España franquista substituye a la educación. Se echan totalmente de menos, sin embargo, el análisis y la denuncia de las actividades políticas de la Iglesia española, de su apoyo incondicional al franquismo, de su aprobación a la feroz represión del régimen contra nuestro pueblo, de su alineamiento entre los enemigos de éste, y en general, de cuanto tiene de anticristiana la posición oficial de esa Iglesia. Eso sí que contrasta con la antigua actitud de *Esprit* y constituye una de las más graves ocultaciones voluntarias de estos artículos, imperdonable por lo que significa como intento de confundir, precisamente, las mentes de los lectores católicos de aquella revista.

Los artículos del señor Gandilhon, como vemos, lejos de ser *objetivos* y *desapasionados*, son una defensa solapada del régimen franquista, y quienes en México les han dado aire y amorosa acogida sabían lo que hacían, al apadrinarlos.

EL TESORO ARTISTICO ESPAÑOL EN PELIGRO DE SER HIPOTECADO POR FRANCO

RECIENTEMENTE, HA RECORRIDO la prensa mundial la noticia de que la pandilla franquista, fracasadas sus gestiones de obtener *oficial y abiertamente* un préstamo en Norteamérica, trata de obtener otro, probablemente de bancos privados, ofreciendo en prenda gran número de las obras maestras de arte que se guardan en el Museo del Prado. La operación se disfrazaría, naturalmente, enviando esos cuadros a los Estados Unidos con el pretexto de organizar allí una exposición. La exposición, caso de realizarse, se prolongaría, se trasladaría de unas a otras ciudades norteamericanas, y finalmente ese tesoro de arte se depositaría en algún lugar de los Estados Unidos para responder de los créditos abiertos a Franco.

Por esos mismos días, la radio de Madrid dió la noticia de haberse celebrado reuniones de técnicos norteamericanos y españoles para estudiar los detalles materiales del envío a Estados Unidos de cuadros del Museo del Prado.

Hay un detalle que aumenta la alarma de los buenos españoles. La iniciativa ha partido, según las agencias de prensa, de *grupos católicos y organizaciones religiosas*. La Iglesia española tiene, como es bien sabido, una larga historia en el saqueo del patrimonio artístico de nuestra patria.

Finalmente, conviene consignar que esa información de prensa no ha sido rectificada ni desmentida.

Al comenzar la guerra de España, cuando el Gobierno republicano, las Milicias y luego el Ejército Republicano y el pueblo en general, hacían heroicos y eficaces esfuerzos por defender y salvar el tesoro artístico frente a la barbarie fascista, ciertos sectores, en varios países, desencadenaron una campaña de alarma, dando por cierto que los republicanos, incapaces de custodiar ese tesoro, lo venderían o lo saquearían. Llegó a enviarse a la España republicana una comisión de expertos del British Museum, la cual hubo de reconocer que el tesoro artístico español estaba a salvo. Resulta curioso que la noticia que hemos mencionado no haya provocado la menor alarma en quienes entonces parecían preocuparse tanto por nuestro tesoro artístico.

Los españoles patriotas, en cambio, han leído con justificada prevención las informaciones a que nos referimos. La larga lista de las infamias y traiciones a la patria del régimen franquista abona sobradamente su capacidad para aumentarla con este nuevo acto de venta o hipoteca de los sagrados valores de España al imperialismo para tratar de salvar a Franco.

La Unión de intelectuales Españoles en México ha publicado el siguiente documento de protesta, dirigido a la O.N.U., a la U.N.E.S.C.O. y a otros organismos internacionales, que nos complacemos en reproducir.

DECLARACION DE LA UNION DE INTELECTUALES ESPAÑOLES EN MEXICO

EL Gobierno de la República Española creó el 23 de julio de 1936, es decir, seis días después de iniciarse la agresión militarista, la Junta de Protección del Tesoro Artístico Nacional.

Tuvo el Gobierno republicano, en aquellas horas difíciles, un limpio y claro sentido de su responsabilidad, defendiendo a la vez que el territorio nacional, el patrimonio espiritual del pueblo.

Ese patrimonio fué salvaguardado con un celo

y una eficacia que no han sido después superados; fué defendido de los inevitables riesgos de la guerra en la mayoría de los casos, de la premeditada agresión en otros (bombardeos del Museo del Prado y del Palacio de Liria), y también de la incuria y de la falta de capacidad para conservarlo, de que hubo evidentes ejemplos en colecciones particulares y en conventos, de los que fueron salvadas obras capitales para la historia del arte.

El patrimonio español se vió acrecido con el inventario y catalogación de una gran parte de la riqueza en posesión de particulares. De ese modo fueron catalogados más de 20,000 cuadros, 12,000 esculturas y piezas de cerámica, cerca de 1.000,000 de libros y manuscritos; fueron recogidos 40 archivos parroquiales (de los 25 que había en Madrid se salvaron 22).

No hemos de detallar la inmensa labor realizada por la República en ese sentido, pero sí queremos señalar que en 1939, al terminar la guerra, se entregó en Ginebra, a los que se habían adueñado ilícitamente, con la ayuda extranjera, del territorio nacional, toda la parte más considerable del tesoro que bajo cuidado y la vigilancia de los mejores expertos siguió una forzosa peregrinación impuesta por la barbarie, hasta encontrar asilo en la Sociedad de Naciones.

El Gobierno republicano devolvió, para su entrega al suelo español, más de 2,000 tapices, 142 cajas conteniendo objetos de arte y escultura de Madrid y la región centro, entre ellas las 9 que contenían el valiosísimo "Tesoro del Delfín", otras con el tesoro de la Catedral de Cuenca, la Biblia de San Luis, el disco de Teodosio, la famosa Santa Anita esmaltada de Toledo, 16 cajas de libros de la Biblioteca del Escorial, entre los que destacaban los manuscritos árabes y los autógrafos de la vida de Santa Teresa, 54 cajas de los Archivos de la Corona de Aragón y 23 del Museo Episcopal de Vich.

Entregó además 1,300 cuadros del Museo del Prado, de la Academia de San Fernando, del Monasterio y de la Casita del Príncipe del Escorial, del Palacio Nacional, del pueblo de Illescas, de las colecciones de Alba, Fernán Núñez, etc., parte de los cuales sirvieron para organizar una exposición en Ginebra.

Al inaugurarse esa exposición, el escritor Eugenio d'Ors, con sereno cinismo, que sirvió para velar la verdad, dijo que *la Providencia* había ayudado al General Franco *a salvar aquellos tesoros*. No quiso decir que esa Providencia había elegido como instrumentos de esa salvación a los soldados del Ejército Republicano y a los intelectuales españoles. Más tarde, el Director del Museo del Prado, Alvarez de Sotomayor, en el prólogo del volumen editado en Basilea por "Ediciones Holmes" y equivocadamente titulado "Las obras maestras del Museo del Prado", ya que en él figuran muchas de las colecciones citadas antes, reconoció con palabras cuidadosamente buscadas para velar también la verdad, el hecho para nosotros españoles afortunado de *conservarse íntegro* nuestro tesoro, por estar constituído por obras de difícil emigración. Curioso, sin embargo, que Sotomayor, al hacer justicia a la República Española sin nombrarla, como d'Ors, dijese eso precisamente de todo el enorme tesoro que se había salvado gracias a la *emigración* que la barbarie impuso, y que la República cuidó con exquisita solicitud, porque había luchado para salvar el cuerpo y el alma de España.

Pues bien; esas colecciones, que pueden decirse iniciadas por los Reyes Católicos, continuadas especialmente por Carlos V y Felipe II y enriquecidas considerablemente por Felipe IV, fueron diezmados en el transcurso de la historia por donaciones, incendios, la depradación napoleónica, y más tarde por las ventas hechas por particulares y por las órdenes religiosas; ejemplos el Van der Goes de Monforte y todos los retratos de los aristócratas españoles que hoy aparecen en museos extranjeros.

El Gobierno de la República, repetimos, cuidó y acrecentó ese tesoro, rescató obras inéditas y devolvió al Estado joyas como el Códex n.19 de Gonzalo de Berceo, que robado a la Academia de la Historia en el año 1929, apareció en una colección particular.

La Unión de Intelectuales Españoles expresa ahora en forma sucinta ante ese organismo esos datos, movido de la natural alarma al conocer por la Radio de España y por algunas noticias de prensa, hasta la fecha no rectificadas o desmentidas, la desvergonzada tentativa que ciertos grupos religiosos, deseando ayudar al dictador Franco, una vez falladas recientes esperanzas de arreglos económicos, que parecen encontrar ambiente favorable en centros artísticos y bancarios de los Estados Unidos, de ofrecer como garantía de la más desvergonzada y delictuosa hipoteca, las obras de arte de España.

Caso de ser cierta, la Unión de Intelectuales Españoles denuncia ante ese organismo esa proyectada operación, como tentativa de un delito tan abyecto como lo sería hipotecar el suelo de España.

Espera esta Unión que el mundo civilizado, que al comenzar la guerra de España mostró una prematura e injustificada alarma acerca de la capacidad de la República Española para salvar con su dignidad, la riqueza artística de España, se apresure hoy a condenar y denunciar ese delito contra la patria y contra lo que para cada país constituye una obligación internacional, como depositario de una parte de la cultura del mundo."

COMISION REPUBLICANA ESPAÑOLA PARA LA DEFENSA DE LA PAZ

IDENTIFICADOS CON EL ESPIRITU del Congreso de Partidarios de la Paz, recientemente celebrado en París, hemos constituído la "Comisión Republicana Española de México para la Defensa de la Paz", adherida al Comité mundial que en dicho Congreso fué elegido.

Esta Comisión, formada al constituirse por las personas cuyos nombres autorizan la presente nota, está abierta a cuantos republicanos españoles deseen contribuir a los fines para los que ha sido creada. Mucho nos satisfaría, asimismo, que el hecho de su formación pudiera servir de estímulo para otros sectores de la emigración antifranquista. Llamamos a nuestros compatriotas, muy especialmente a los de sentimientos republicanos, a que presten su adhesión y el calor de su ayuda moral y material al movimiento que esta Comisión se propone servir.

Si la causa del aseguramiento de la paz es una de las más nobles a que el hombre pueda consagrarse, la lucha de los pueblos por la paz, que ha tenido en el Congreso de París su grandiososa consagración, envuelve para nosotros un requerimiento doblemente imperativo, ya que esa lucha se halla inseparablemente unida a la de la liberación de España, supremo objetivo de nuestros afanes. Las fuerzas de los pueblos organizadas en esa lucha son la más firme garantía de solidaridad y ayuda, jamás desmentidas, hacia la causa de la República española. Del mismo modo que las fuerzas instigadoras de la guerra, contra las que esta lucha va enderezada, constituyen hoy el último intento de apuntalamiento del régimen de Franco.

La voz de la España republicana y la apelación de ayuda a la lucha de nuestro heroico pueblo han tenido poderosa resonancia en el Congreso de Partidarios de la Paz. Resplandeció en él la clara conciencia de que la paz y la democracia no serán una realidad afianzada mientras perdure, alentado y utilizado por las fuerzas de la reacción internacional y de la guerra, ese gran peligro que es para el mundo el régimen franquista.

El magno Congreso de Partidarios de la Paz, aceptando por unanimidad la moción de las delegaciones españolas, ha denunciado vigorosamente "la vergonzosa pasividad de los gobiernos que, llamándose democráticos, prorrogan interesadamente la vida del régimen fascista español" y "las actividades de esos gobiernos, consentidas, cuando no sugeridas y estimuladas por ellos", para reforzar las finanzas franquistas y el ejército y toda la máquina de represión de Franco, legitimándolo, abierta o solapadamente, como posible e importante factor en la maquinación de la guerra contra los pueblos.

Luchar por la paz y la convivencia democrática entre las naciones es, hoy, luchar contra Franco y por la democracia, la libertad y la independencia para nuestra querida España.

La resolución inquebrantable de servir a esta lucha, unida al convencimiento de que la conjunción en esta suprema mira de los esfuerzos de todos los españoles republicanos y amantes de su patria, por encima de cualquier clase de diferencias, impulsará poderosamente la liberación de España, la acción decisiva de su pueblo y la de las fuerzas de la democracia internacional, obligadas y dispuestas a secundarla, es lo que nos ha movido a reunirnos en torno a este empeño y lo que nos autoriza a buscar para él la asistencia de nuestros compatriotas.

México, D. F., 3 de Junio de 1949.

José Giral, Presidente; Manuel Márquez, Honorato de Castro, Vicepresidentes; Wenceslao Roces, Secretario; Félix Templado, Bernardo Pizarro, J. Folc y Folc, Rafael Guerra, Adolfo Vázquez Humasqué, Juan Rejano, Amelia Martín, Luis Martín Gromaz, Miguel Rengel, Max Aub, Claudina García, José Muni, Arturo Mori, Miguel Ciurana, Francisco Labarga y Enrique Lerma, Vocales.

Precio: $ 2.00